

Gabriele Amorth

Narraciones de un exorcista



SAN PABLO

Gabriele Amorth

Narraciones de un exorcista

Colección
TEOLOGICA

CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO
Ernesto Bravo

CONTRA SATANAS
Emmanuel Milingo, 3a. ed.

EL DIABLO
Corrado Balducci, 4a. ed.

LA POSESION DIABOLICA
Corrado Balducci, 2a. ed.

MIL AÑOS DE PENSAMIENTO CRISTIANO
Franco Pierini

NARRACIONES DE UN EXORCISTA
Gabriele Amorth, 2a. ed.



PRESENTACION

Muy gustoso hago algunas observaciones a fin de preparar para la lectura del libro del P. Gabriele Amorth, mi valioso colaborador en el ministerio de exorcista desde hace varios años. Algunos episodios los hemos vivido juntos, así como juntos hemos compartido las preocupaciones, los trabajos, las esperanzas, ayudando a muchas personas que sufren y que han recurrido a nosotros.

Veo con gusto la publicación de estas páginas también porque en estos últimos decenios, aunque se haya escrito mucho en todos los campos de la teología y de la moral católica, el tema de los exorcismos ha sido prácticamente olvidado. Quizás esta escasez de estudios y de interés sea la razón de que aún hoy la única parte del Ritual que no haya sido puesta al día en conformidad con las disposiciones post-conciliares sea precisamente la que tiene que ver con los exorcismos.

Y, sin embargo, es grande la importancia del ministerio de "arrojar los demonios", según muestran los evangelios, la actuación de los apóstoles y la historia de la Iglesia.

Cuando san Pedro fue llevado por inspiración sobrenatural a casa del centurión Cornelio para anunciar la fe cristiana al primer grupito de gentiles, él, para demostrar que realmente Dios había estado con Jesús, subrayó de una manera muy especial el poder que Jesús había manifestado en la liberación de obsesos del demonio (Cf. Hch 10, 1-38). El Evangelio nos habla con frecuencia en narraciones concretas, del poder extraordinario que Jesús demostró en este campo. Si, al enviar al Hijo unigénito al mundo, el Padre había tenido la intención de poner fin al tenebroso reinado de Satanás

Segunda edición

Título original:
Un essorcista racconta

© Edizioni Dehoniane
Via Casale S. Pio V, 20-00165 - Italia

Traducción:
José Guillermo Ramírez

© SAN PABLO 1996
Carrera 46 No. 22A-90
FAX: 2444383 - 2684288
Barrio QUINTAPAREDES

Distribución: Departamento de Ventas
Calle 18 No. 69-67
Tels.: 4113976 - 4114011
FAX: 4114000 - A.A. 080152
Urbanización Industrial MONTEVIDEO

SANTAFE DE BOGOTA, D.C.
COLOMBIA

sobre los hombres, ¿qué forma más elocuente habría podido adoptar nuestro Señor para demostrarlo?

Los libros santos nos aseguran que Satanás expresa su poder sobre el mundo también bajo la forma de obsesiones físicas. Entre los poderes propios que Jesús quiso transmitir a los apóstoles y a sus sucesores, puso repetidamente en evidencia el de expulsar los demonios (Cf. Mt 10, 8; Mc 3, 15; Lc 9, 1).

Pero si Dios permite que algunos experimenten vejaciones diabólicas, también ha dejado al alcance poderosas ayudas de diverso género. Dotó a la Iglesia con poderes sacramentales muy eficaces para esta necesidad. Pero también, contra esta nefanda actividad de Satanás, Dios eligió como antídoto permanente a la Santísima Virgen María, por aquella enemistad que El estableció desde el principio entre los dos adversarios (sobre este asunto véase: Cándido Amantini, *Il Mistero di Maria*, Ed. Dehoniane, Napoli. N.d.R.).

La mayoría de los escritores contemporáneos, sin excluir a los teólogos católicos, aunque no niegan la existencia de Satanás y de los demás ángeles rebeldes, son propensos a disminuir la entidad de la influencia de aquéllos sobre los asuntos humanos. Tratándose de influencia en el campo físico, la no creencia se considera un deber y una muestra de sabiduría. La cultura contemporánea en su conjunto considera una ilusión propia de épocas primitivas el atribuir a agentes que no sean de orden natural la causa de fenómenos que acontecen a nuestro alrededor.

Es evidente que la acción del maligno se facilita enormemente por esta toma de posición, especialmente en cuanto que ella es compartida precisamente por aquellos que, por su ministerio, tendrían la tarea y el poder de impedirles su maléfica actividad. Pero basándose en la Sagrada Escritura, en la teología y en la experiencia diaria se pensaría también hoy en los poseídos del demonio como en una legión de infelices a favor de los cuales bien poco puede hacer la ciencia, aunque no lo confiese abiertamente. Diagnosticar prudentemente una demonopatía —así podría denominarse toda influencia diabólica maligna— es posible, en la mayoría de los casos, para quien sepa tener en cuenta la sintomatología propia sobre cómo se manifiesta de ordinario la acción demoníaca.

Un mal de origen demoníaco, aunque tenue, se muestra refractario en forma extraña a todo fármaco común; mientras que males gravísimos juzgados inclusive de mortales, se atenúan misteriosamente hasta desaparecer del todo, después de auxilios de orden puramente religioso. Además, las víctimas de un espíritu maligno se ven como perseguidas por una continua mala suerte: su vida es una sucesión de desventuras.

Muchos estudiosos se dedican hoy a la investigación de los fenómenos que tienen lugar en los sujetos demonopáticos, reconocen francamente que la objetividad de tales fenómenos es fuera de lo normal y por eso los han catalogado científicamente como paranormales. Nosotros no negamos los progresos de la ciencia; pero va contra la realidad, por nosotros de continuo experimentada, el hacerse la ilusión de que la ciencia todo lo puede explicar y pretenda reducir todo mal a las solas causas naturales.

Muy pocos son los estudiosos que piensan seriamente en la posibilidad de intromisión de potencias extrañas, inteligentes e incorpóreas, como causa de ciertos fenómenos. Es escaso igualmente el número de médicos que, enfrentados a casos de enfermedades con sintomatologías desconcertantes y con resultados clínicamente inexplicables, piensen serenamente en la eventualidad de habérselas con pacientes de este otro tipo. Muchos de entre ellos recurren en tales casos a Freud como al propio jefofante. Pero con esto frecuentemente ponen a estos desventurados en condiciones todavía peores; mientras que su acción, en colaboración con la de un sacerdote exorcista, podría resultar aun en tales casos altamente benéfica.

El libro del P. Amorth, con brevedad, claridad, pone al lector directamente en contacto con la actividad del exorcista. Aunque la obra sigue un hilo lógico de desarrollo, no se detiene en premisas teóricas (existencia del demonio, posibilidad de la posesión física, etc.), ni tiene conclusiones doctrinales. Prefiere que sean los hechos los que hablen, poniendo al lector frente a aquello que un exorcista ve y realiza. Conozco cuánto aprecia el autor a los hombres de Iglesia, depositarios privilegiados del poder conferido por Cristo, de expulsar a los demonios en su nombre. Por eso confío en que este libro pueda hacer mucho bien y sirva de estímulo para otros estudios en la misma dirección.

P. Cándido Amantini

INTRODUCCION

Cuando el cardenal Hugo Poletti, vicario del Papa en la diócesis de Roma, me dio de improviso la facultad de exorcista, no pensaba a cuán inmenso mundo abría mi conocimiento y qué cantidad de personas acudirían a mi ministerio. Además el cargo que se me encomendó inicialmente fue como ayudante del P. Cándido Amantini, pasionista bien conocido por su experiencia de exorcista, que hacía acudir a la Scala Santa a necesitados de toda Italia y con frecuencia del extranjero. Esta fue para mí una gracia verdaderamente grande. Uno no llega a ser exorcista solo, sino con grandes dificultades y al precio de inevitables errores a costa de los fieles. Creo que el P. Cándido sea el único exorcista del mundo que cuente con 36 años de experiencia de tiempo completo. No podía tener un mejor maestro. Le agradezco la infinita paciencia con que me guió en este ministerio totalmente nuevo para mí.

También hice otro descubrimiento. Que en Italia eran muy pocos los exorcistas, y los muy preparados eran poquísimos. Peor aún es la situación en otras naciones; por eso tuve que bendecir a personas procedentes de Francia, Austria, Alemania, Suiza, España, Inglaterra, donde —según los solicitantes— no habían podido encontrar a un exorcista. ¿Descuido de los obispos y de los sacerdotes? ¿Auténtica incredulidad sobre la necesidad y la eficacia de este ministerio? En todo caso me sentía enviado a desarrollar un apostolado entre personas muy sufriendas y no comprendidas por nadie: ni por los familiares, ni por los médicos, ni por los sacerdotes.

Hoy la pastoral en este sector está totalmente olvidada en el mundo católico. No era así en el pasado y debo reconocer que no es así en ninguna

confesión de la reforma protestante, en donde los exorcismos se hacen con frecuencia y con fruto. Toda catedral debería tener su exorcista, como tiene su penitenciario; y tanto más numerosos deberían ser los exorcistas, cuanto más grande es la necesidad: en las parroquias más grandes, en los santuarios.

Al contrario, además de la escasez del número, los exorcistas son mal vistos, combatidos, sufren buscando hospitalidad para ejercer su ministerio. Se sabe que los endemoniados a veces gritan. Esto basta para que un superior religioso o un párroco no quiera exorcistas en sus comunidades: el vivir tranquilo, evitando todo gruñido, vale más que la caridad de curar a los poseídos. También el suscrito ha tenido que hacer su calvario, aunque mucho menos que otros exorcistas, más meritorios y más buscados. Es una reflexión que dirijo sobre todo a los obispos, que en nuestros tiempos tienen quizás escasa sensibilidad sobre este problema al no haber ejercido nunca este ministerio. Se trata, en cambio, de un ministerio confiado a ellos en exclusividad: sólo ellos pueden ejercerlo o nombrar exorcistas.

¿Cómo nació este libro? Del deseo de poner a disposición de cuantos están interesados en este tema el fruto de mucha experiencia, más del P. Cándido que mía. Mi intención es ofrecer un servicio en primer lugar a los exorcistas y a todos los sacerdotes. En efecto, como todo médico general debe estar en capacidad de indicar a sus pacientes cuál es el especialista a que deben eventualmente recurrir (un otorrino, un ortopedista, un neurólogo...), así todo sacerdote debe tener un mínimo de conocimientos para darse cuenta si una persona necesita dirigirse o no a un exorcista.

Añado un motivo más por el cual varios sacerdotes me han alentado a escribir este libro. El Ritual, entre las normas para los exorcistas, les recomienda estudiar “muchos documentos útiles de autores probados”. Pero cuando se buscan libros serios sobre este tema, se encuentra muy poco. Señalo tres. El libro *El Diablo* (Ed. San Pablo 1988) de monseñor Balducci, es útil para la parte teórica, pero no para la práctica, de la cual carece y contiene errores; el autor es un demonólogo, no un exorcista. El libro de un exorcista, P. Lateo La Grua, *La preghiera di liberazione* (Ed. Herbita, Palermo, 1985), es un volumen escrito para los Grupos de Renovación, con la finalidad de guiar sus oraciones de liberación. Merece mención también el libro de Renzo Allegri, *Cronista all'inferno* (Ed. Mondadori 1990); no es un estudio sistemático, sino una colección de entrevistas dirigidas con extrema seriedad, que narran los casos límite, los más impresionantes, que podrán ser verdaderos, pero que no se refieren a la casuística ordinaria que debe afrontar un exorcista.

En conclusión, me he esforzado en estas páginas por llenar una laguna y presentar el tema desde todos los aspectos, aunque con la brevedad que me he propuesto para poder llegar a un mayor número de lectores. Pretendo

realizar ulteriores profundizaciones en otros libros y espero que otros escriban con competencia y sensibilidad religiosa, de modo que el tema sea tratado con la misma riqueza que en los siglos pasados existía en el campo católico y que ahora se encuentra solamente en el campo protestante.

De una vez digo también que no me detengo a demostrar ciertas verdades que supongo adquiridas y que en otros libros ya han sido tratadas suficientemente: la existencia de los demonios, la posibilidad de las posesiones diabólicas, en el poder que Cristo dio de expulsar los demonios por parte de quienes creyeran el mensaje del Evangelio. Son verdades reveladas, claramente contenidas en la Biblia, profundizadas por la teología, constantemente enseñadas por el Magisterio de la Iglesia. He preferido ir más allá y detenerme en lo que es menos conocido, en las consecuencias prácticas que pueden ser útiles para los exorcistas y para cuantos desean estar informados sobre esta materia. Se me perdonará alguna repetición sobre conceptos fundamentales.

Que la Virgen Inmaculada, enemiga de Satanás desde el primer anuncio de la salvación (Gn 3, 15) hasta el cumplimiento de la misma (Ap 12) y unida al Hijo en la lucha para arrojarlo y para pisarle la cabeza, bendiga este trabajo, fruto de una actividad extenuante, que realizo confiado en la protección de su manto maternal.

Agrego unas observaciones a esta edición ampliada. No preveía que la difusión del libro sería tan grande y tan rápida como para hacer necesarias sucesivas ediciones en tan poco tiempo. Es una confirmación, me parece, no sólo del interés del tema, sino también del hecho de que actualmente no existe un libro entre los católicos que trate de los exorcismos de forma completa aunque sea brevemente. Y esto no solamente en Italia, sino en todo el mundo católico. Es un dato significativo y penoso, que denuncia un inexplicable desinterés o, quizás, una auténtica incredulidad.

Agradezco los numerosos elogios recibidos, las expresiones de aprobación, especialmente de parte de otros exorcistas. La más grata ha sido la de mi “maestro”, el P. Cándido Amantini, que ha reconocido mi libro como fiel a sus enseñanzas. No me han llegado críticas como para tener que hacer modificaciones; por eso en esta nueva edición he añadido sólo ampliaciones que he estimado significativas para completar más el tema tratado; pero no he hecho correcciones. Espero que las personas o las categorías sobre las cuales he debido decir algo, hayan comprendido la recta intención de mis observaciones y no se hayan ofendido. He tratado de prestar un servicio lo más extenso y amplio posible, gracias a la imprenta, así como en mi actividad busco prestar a diario un servicio a cuantos recurren a mi ministerio de exorcista.

De todo esto doy gracias a Dios.

Gabriele Amorth

CENTRALIDAD DE CRISTO

También el demonio es una criatura de Dios. No se puede hablar de él y de los exorcismos sin definir, por lo menos en forma esquemática, algún concepto base sobre el plan de Dios en la creación. No diremos ciertamente nada nuevo, pero quizás abriremos nuevas perspectivas a algún lector.

Con mucha frecuencia nos hemos habituado a pensar en la creación de forma equivocada, dando por descontada esta falsa sucesión de los hechos: se cree que un buen día, Dios creó a los ángeles; los sometió a una prueba, no se sabe cuál, y como resultado de la misma, nació la división entre ángeles y demonios; los ángeles fueron premiados con el paraíso, los demonios castigados con el infierno. Después, se cree que otro buen día, Dios creó el universo, el reino mineral, vegetal y animal, y, finalmente, al hombre. Adán y Eva en el paraíso terrenal pecaron obedeciendo a Satanás y desobedeciendo a Dios. En este punto, para salvar a la humanidad, Dios pensó enviar a su Hijo.

No es ésta la enseñanza de la Biblia ni la de los Padres. Con una concepción semejante el mundo angélico y lo creado parecen extraños al misterio de Cristo. Léase en cambio el prólogo al Evangelio de Juan y léanse los dos himnos cristológicos que abren las Cartas a los efesios y a los colosenses. Cristo es el primogénito de todas las criaturas; todo ha sido hecho por El y para El. No tienen ningún sentido las discusiones teológicas en que se pregunta si Cristo habría venido sin el pecado de Adán. Es El el centro de lo creado, el que

recapitula en sí mismo todas las criaturas: las celestes (ángeles) y las terrestres (hombres). En cambio es verdadero afirmar que, dada la culpa de nuestros progenitores, la venida de Cristo asumió un papel particular: vino como salvador. Y el centro de su acción está contenido en el misterio pascual: por medio de la sangre de su Cruz reconcilia con Dios todas las cosas, en los cielos (ángeles) y sobre la tierra (hombres).

De este enfoque cristocéntrico depende el papel de cada criatura. No podemos omitir una reflexión respecto a María Virgen. Si la criatura primogénita es el Verbo encarnado, no podía faltar en el pensamiento divino, antes de toda otra criatura, la figura de aquella en quien se habría de realizar tal encarnación. De allí su relación única con la Santísima Trinidad, hasta el punto de ser llamada, ya en el siglo segundo, “Cuarto elemento de la Tétrada divina”. A quien quiera profundizar en este aspecto lo remitimos a los dos volúmenes de Emanuele Testa, *Maria, terra vergine* (Jerusalén, 1986).

Presentamos una segunda reflexión sobre el influjo de Cristo sobre los ángeles y sobre los demonios. Sobre los ángeles: algunos teólogos piensan que sólo en virtud del misterio de la Cruz los ángeles fueron admitidos a la visión beatífica de Dios. Muchos Padres escriben afirmaciones interesantes. Por ejemplo, leemos en san Atanasio que aun los ángeles deben su salvación a la sangre de Cristo. Respecto a los demonios, las afirmaciones contenidas en los Evangelios son muchas: Cristo con su Cruz ha derrumbado el reino de Satanás y ha instaurado el Reino de Dios. Así, los endemoniados de Gerasa exclaman: “¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt 8, 29). Es una clara referencia al poder de Satanás que es derrotado por Cristo progresivamente; por eso dura todavía y perdurará hasta cuando se haya cumplido la salvación, *porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos* (Ap 12, 10). Para profundizar estos conceptos y el papel de María, enemiga de Satanás desde el primer anuncio de la salvación, nos remitimos al bello libro del P. Cándido Amantini, *Il mistero di Maria* (Ed. Dehoniane, Nápoles, 1971).

A la luz de la centralidad de Cristo se ve el plan de Dios que creó buenas todas las cosas “por El y para El”. Y se ve la obra de Satanás, el enemigo, el tentador, el acusador, por cuya sugestión entró en la creación, el mal, el dolor, el pecado, la muerte. Y se manifiesta la restauración del plan divino realizada por Cristo con su sangre.

También aparece claro el poder del demonio: Jesús lo llama “príncipe de este mundo” (Jn 14, 30); san Pablo lo señala como

“dios de este mundo” (2Co 4, 4); Juan afirma que “todo el mundo yace en poder del maligno” (1Jn 5, 19), entendiendo por *mundo* lo que se opone a Dios. Satanás era el más esplendoroso de los ángeles; llegó a ser el peor de los demonios y su jefe. Porque también los demonios están vinculados entre sí por una estrechísima jerarquía y conservan el grado que tenían cuando eran ángeles: principados, tronos, dominaciones... Es una jerarquía de esclavitud, no de amor como existe entre los ángeles, cuya cabeza es Miguel.

Y se manifiesta con claridad la obra de Cristo que demolió el reino de Satanás e instauró el Reino de Dios. Por eso tienen una especialísima importancia los episodios en que Jesús libera a los endemoniados: cuando Pedro resume ante Cornelio la obra de Cristo, no cita otros milagros, sino sólo el hecho de haber sanado “a todos los oprimidos por el diablo” (Hch 10, 38). Comprendemos ahora por qué el primer poder que Jesús da a los apóstoles es el de arrojar a los demonios (Mt 10, 1); lo mismo vale para los creyentes: ‘Éstas son las señales que acompañarán a los que crean: ‘en mi nombre expulsarán demonios...’” (Mc 16, 17). Así Jesús cura y restablece el plan divino arruinado por la rebelión de una parte de los ángeles y por el pecado de los progenitores.

Porque debe quedar bien claro que el mal, el dolor, la muerte, el infierno (o sea, la condenación eterna en el tormento que no tendrá fin) *no son obra de Dios*. Una precisión sobre el último punto. Un día el P. Cándido estaba expulsando un demonio. Hacia la conclusión del exorcismo se dirigió al espíritu inmundo con ironía: “¡Vete de aquí; el Señor te ha preparado una bella casa, y muy caliente!”. A lo cual el demonio respondió: “Tú no sabes nada. No fue El (Dios) quien hizo el infierno. Fuimos nosotros. El ni siquiera se lo había pensado”. En una situación análoga, mientras yo interrogaba a un demonio para saber si también él había colaborado a crear el infierno, oí que me respondió: “Todos nosotros contribuimos”.

La centralidad de Cristo en el plan de la creación y en la restauración del mismo, acaecida con la redención, es fundamental para captar los designios de Dios y el fin del hombre. Ciertamente a los ángeles y a los hombres les fue dada una naturaleza inteligente y libre. Cuando oigo que me dicen (confundiendo la presciencia divina con la predestinación) que Dios ya sabe quién se salva y quién se condena, por lo cual todo es inútil, acostumbro a responder recordando cuatro verdades contenidas con seguridad en la Biblia, hasta tal punto que han sido definidas dogmáticamente: Dios quiere que

todos se salven; nadie está predestinado al infierno; Jesús murió por todos; a todos les son dadas las gracias necesarias para la salvación.

La centralidad de Cristo nos dice que sólo en su nombre podemos ser salvos. Y sólo en su nombre podemos vencer y liberarnos del enemigo de la salvación, Satanás.

Al final de los exorcismos, cuando se trata de los casos más fuertes, los de total posesión diabólica, suelo recitar el himno cristológico de la Carta a los filipenses (2, 6-11). Cuando llego a las palabras "Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra", me arrodillo yo, se arrodillan los presentes, y siempre, también el endemoniado es forzado a arrodillarse. Es un momento fuerte y sugestivo. Tengo la impresión de que también las legiones angélicas están alrededor de nosotros de rodillas ante el nombre de Jesús.

EL PODER DE SATANAS

Los límites de practicidad que me he fijado en este libro no me permiten profundizar en temas teológicos de sumo interés. Por eso prosigo aludiendo solamente a los temas, como ya lo he hecho en el capítulo anterior. Ciertamente un exorcista como el P. Cándido, acostumbrado durante 36 años a hablar con los demonios, y con una profunda y segura base teológica y escriturística, está muy capacitado para lanzar hipótesis sobre temas acerca de los cuales la teología en el pasado ha preferido decir "no sabemos", como el pecado de los ángeles rebeldes. Sin embargo, todo lo que Dios creó sigue un designio unitario en virtud del cual cada parte influye sobre el todo y cada sombra tiene una repercusión de oscuridad sobre todo el resto. La teología siempre será manca, incomprensible, mientras no se dedique a iluminar todo lo que se refiere al mundo angélico. Una cristología que ignora a Satanás es raquítica y no podrá comprender el alcance de la redención.

En nuestro discurso partimos nuevamente de Cristo, centro del universo. Todo fue hecho por El y para El: en los cielos (ángeles) y sobre la tierra (el mundo sensible con el hombre a la cabeza). Sería bello hablar sólo de Cristo; pero sería contra todas sus enseñanzas y contra su obra. Por eso nunca llegaremos a comprenderlo. La Escritura nos habla del Reino de Dios, pero también del reino de Satanás; nos habla del poder de Dios, único creador y señor del universo; pero nos habla también del poder de las tinieblas; nos habla de hijos de Dios y de hijos del Diablo. Es imposible comprender la obra

redentora de Cristo sin tener en cuenta la obra disgregadora de Satanás.

Satanás era la criatura más perfecta salida de las manos de Dios, dotado de una reconocida autoridad y superioridad sobre los otros ángeles y, creía él, sobre todo cuanto Dios iba creando, que él intentaba comprender, pero que en realidad no comprendía. Todo el plan unitario de la creación estaba orientado a Cristo: hasta la aparición de Jesús en el mundo no podía revelarse en su claridad. De aquí la rebelión de Satanás, por querer seguir siendo el primero absoluto, el centro de la creación, aun en oposición al designio que Dios estaba llevando a cabo. De ahí su esfuerzo por dominar en el mundo (“todo el mundo yace bajo el poder del maligno”, 1Jn 5, 19) y esclavizar al hombre, desde los progenitores, haciéndolo obediente a sí mismo en oposición a las órdenes de Dios. Tuvo éxito con los progenitores, Adán y Eva, y esperaba tenerlo también con todos los demás hombres, con la ayuda de “un tercio de los ángeles” que, según el Apocalipsis, lo siguió en su rebelión contra Dios.

Dios no reniega nunca de sus criaturas. Por eso aun Satanás y los ángeles rebeldes, en su distanciamiento de Dios, siguen conservando su poder, su rango (tronos, dominaciones, principados, potestades...), aunque los usan mal. No exagera san Agustín cuando afirma que si a Satanás Dios se lo permitiera, “ninguno de nosotros quedaría con vida”. Al no poder matarnos, busca hacernos sus seguidores en contra de Dios, de la misma manera que él se opuso a Dios.

Ahora, veamos la obra del Salvador. Jesús vino “para deshacer las obras del diablo” (1Jn 3, 8), para liberar al hombre de la esclavitud de Satanás e instaurar el Reino de Dios después de haber destruido el reino de Satanás. Pero entre la primera venida de Cristo y la parusía (la segunda venida triunfal de Cristo como juez), el demonio trata de arrastrar hacia su bando la mayor cantidad posible de personas; es una lucha que conduce desesperadamente, sabiéndose ya perdido y “sabiendo que le queda poco tiempo” (Ap 12, 12). Por eso Pablo nos dice con toda claridad que “nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal (los demonios) que están en las alturas” (Ef 6, 12).

Aclaro también que la Escritura nos habla siempre de ángeles y demonios (aquí en particular me refiero a Satanás), como seres espirituales, pero personales, dotados de inteligencia, voluntad, libertad, iniciativa. Y erran completamente los teólogos modernos que

identifican a Satanás con la idea abstracta del mal: ésta es una auténtica herejía, es decir, es una abierta contradicción con la Biblia, la Patrística, el Magisterio de la Iglesia. Se trata de verdades nunca impugnadas en el pasado, por lo cual no han sido definidas dogmáticamente, salvo en el IV Concilio de Letrán: “El diablo (es decir, Satanás) y los demás demonios, por naturaleza fueron creados buenos por Dios; pero ellos se hicieron malos por su culpa”. Quien suprime a Satanás, también suprime el pecado y ya no comprende lo obrado por Cristo.

Quede igualmente claro: Jesús venció a Satanás mediante su sacrificio; pero ya antes, mediante su enseñanza: “Si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Lc 11, 20). Jesús es el más fuerte que *ató* a Satanás (Mc 3, 27), lo ha despojado, ha saqueado su reino que *está para acabarse* (Mc 3, 26). Jesús responde a aquellos que van a prevenirlo sobre la voluntad de Herodes de matarlo: “Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y el tercer día soy consumado” (Lc 13, 32). Jesús da a los apóstoles el poder de expulsar los demonios; luego extiende este poder a los setenta y dos discípulos, y finalmente lo da a todos aquellos que han de creer en él.

El libro de los Hechos nos atestigua cómo los apóstoles siguieron expulsando demonios después de la venida del Espíritu Santo; y así continuaron los cristianos. Ya los más antiguos Padres de la Iglesia como Justino e Ireneo, nos exponen con claridad el pensamiento cristiano sobre el demonio y sobre el poder de expulsarlo, seguidos por los demás Padres, de los cuales cito en particular a Tertuliano y Orígenes. Bastan estos cuatro autores para avergonzar a tantos teólogos modernos que prácticamente o no creen en el demonio o de hecho no dicen nada de él.

El Vaticano II ha recordado con eficacia la constante enseñanza de la Iglesia: “A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, iniciada en los orígenes del mundo” (GS 37). “El hombre, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último” (GS 13). “Pero Dios envió a su Hijo al mundo a fin de arrancar por Él a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás” (AG 3). ¿Cómo harán para

comprender la obra de Cristo aquellos que niegan la existencia y la activísima obra del demonio? ¿Cómo hacen para comprender el valor de la muerte redentora de Cristo? A partir de los textos de la Escritura, el Vaticano II afirma: “Cristo con su Muerte y Resurrección nos libró del poder de Satanás” (SC 6); “Jesús crucificado y resucitado rompió el poder de Satanás” (GS 2).

Derrocado por Cristo, Satanás combate contra los seguidores de El; la lucha contra “los espíritus malignos continúa y durará, como dice el Señor, hasta el último día” (GS 37). En este tiempo todo hombre es puesto en estado de lucha, y la vida en la tierra es una prueba de fidelidad a Dios. Por eso, “los fieles deben esforzarse por estar firmes contra los embates del demonio y hacerles frente en el día malo... Antes de reinar con Cristo glorioso, terminado el único plazo de nuestra vida terrena (¡no existe otra prueba!), todos deberemos comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta cada uno de lo que hizo en su vida mortal, bueno o malo; y al final del mundo se levantarán: los que han hecho el bien para la resurrección de vida; y quienes han hecho el mal, para la resurrección de condena” (Cf. LG 48).

Aunque esta lucha contra Satanás corresponde a todos los hombres de todos los tiempos, no hay duda de que en ciertas épocas de la historia el poder de Satanás se siente con más fuerza, por lo menos en lo que concierne a lo comunitario y los pecados de masa. Por ejemplo, mis estudios sobre la decadencia del imperio romano me hicieron poner de relieve el decaimiento moral de aquella época. Fiel e inspirado testimonio de ello es la Carta de Pablo a los romanos. Ahora nos encontramos en el mismo nivel, también debido al mal uso de los medios de comunicación de masas (en sí mismos buenos), además al materialismo y el consumismo, que han envenenado el mundo occidental. Creo que una profecía sobre este especial ataque demoníaco fue recibida por León XIII después de una visión que presentamos como apéndice del capítulo.

¿De qué manera el demonio se opone a Dios y al Salvador? Que-riendo para sí el culto debido al Señor y remedando las instituciones cristianas. Por eso es anticristo y anti-iglesia. Contra la Encarnación del Verbo que redimió al hombre haciéndose hombre, Satanás se vale de la idolatría del sexo, que degrada el cuerpo humano haciéndolo instrumento de pecado. Además, remedando el culto divino, tiene sus iglesias, su culto, sus consagrados (a menudo con pactos de sangre), sus adoradores, los seguidores de sus promesas. Así como

Cristo dio particulares poderes a sus apóstoles y a sus sucesores, ordenados al bien de las almas y de los cuerpos, también Satanás da poderes especiales a sus secuaces, ordenados a la ruina de las almas y a las enfermedades de los cuerpos. Reflexionaremos acerca de estos poderes cuando hablemos de los maleficios.

Una alusión más sobre una materia que merecería un profundo tratado: así como es erróneo negar la existencia de Satanás, es igualmente erróneo, según la opinión más común, afirmar la existencia de otras fuerzas o entidades espirituales ignoradas por la Biblia e inventadas por los espiritistas, por los cultivadores de las ciencias exóticas u ocultas, por los seguidores de la reencarnación o por los sostenedores de las así llamadas “almas vagantes”. No existen espíritus buenos fuera de los ángeles; tampoco existen espíritus malos fuera de los demonios. Las almas de los difuntos van derecho al paraíso, o al infierno, o al purgatorio, como fue definido por dos concilios (Lyon y Florencia). Los difuntos que se presentan en las sesiones espiritistas, o las almas de difuntos presentes en seres vivos para atormentarlos, no son más que demonios. Las rarísimas excepciones, permitidas por Dios, son excepciones que confirman la regla. Aunque reconocemos que en este campo no se ha dicho la última palabra; es un terreno todavía con problemáticas abiertas. El mismo P. La Grua habla de varias experiencias vividas por él con almas de muertos en poder del demonio y ha avanzado algunas hipótesis de explicación. Repito: es un terreno todavía por estudiar a fondo; me propongo hacerlo en otra oportunidad.

Algunos se maravillan de la posibilidad que tienen los demonios de tentar al hombre o inclusive de poseer su cuerpo (nunca el alma, a no ser que el hombre se la entregue libremente), a través de la posesión o de la vejación. Haremos bien en recordar lo que dice el Apocalipsis (12, 7 ss.): “Y se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con la Serpiente. También la Serpiente y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Fue arrojada la gran Serpiente, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás... Fue arrojada a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con ella... Cuando la Serpiente vio que había sido arrojada a la tierra, persiguió a la Mujer que había dado a luz al Hijo varón (es clarísimo que se trata de la Santísima Virgen; pero los esfuerzos de la Serpiente fueron vanos); entonces se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”.

Entre los muchos discursos de Juan Pablo II sobre Satanás, presento un trozo de lo que dijo el 24 de mayo de 1987 en su visita al santuario de san Miguel Arcángel: “Esta lucha contra el demonio, que caracteriza al Arcángel san Miguel, es actual también hoy, porque el demonio está siempre vivo y operante en el mundo. En efecto, el mal que existe en él, el desorden que se presenta en la sociedad, la incoherencia del hombre, la ruptura interior de que es víctima, no son solamente las consecuencias del pecado original, sino también efecto de la acción infestadora y tenebrosa de Satanás”.

La última frase es una clara referencia a la condena de Dios a la Serpiente, como se nos narra en el Génesis (3, 15): “Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar”. ¿Está ya el demonio en el infierno? ¿Cuándo tuvo lugar la lucha entre los ángeles y los demonios? Son interrogantes a los cuales no puede responderse sin tener en cuenta por lo menos dos factores: que estar en el infierno o no es más cuestión de estado que de lugar. Angeles y demonios son espíritus puros; para ellos la palabra “lugar” tiene diverso sentido que para nosotros. Lo mismo vale en cuanto a la dimensión del tiempo: para los espíritus es diversa que para nosotros.

El Apocalipsis nos dice que los demonios fueron precipitados en la tierra; su condenación definitiva no ha tenido lugar todavía, aunque es irreversible la opción hecha, que ha distinguido a los ángeles de los demonios. Por tanto conservan todavía un poder permitido por Dios aunque es “por breve tiempo”. Por esto apostrofan a Jesús: “¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt 8, 29). El juez único es Cristo, que asociará a sí al Cuerpo Místico. Así se entiende la expresión de Pablo: “¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los ángeles?” (1Co 6, 3). Por este poder que todavía conservan es por lo que los endemoniados de Gerasa, dirigiéndose a Cristo, “le suplicaban que no les mandara irse al abismo..., sino que les permitiera entrar en los puercos” (Lc 8, 31-32). Cuando un demonio sale de una persona y es precipitado en el infierno, es para él como una muerte definitiva. Por eso se opone a ello todo lo que puede. Pero deberá pagar los sufrimientos que causa a las personas con un aumento de pena eterna. San Pedro es muy claro cuando afirma que el juicio definitivo sobre los demonios no ha sido pronunciado todavía, y escribe: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del Tártaro, los entregó para ser custodiados hasta el juicio” (2P 2, 4). También los ángeles tendrán un aumento de gloria por el bien que nos hacen; por eso es muy útil invocarlos.

¿Cuáles son los disturbios que el demonio puede causar a los hombres mientras viven? No es fácil encontrar escritos sobre el tema, quizá por falta de un lenguaje común en el que todos estén de acuerdo. Me esfuerzo ahora por especificar el sentido de las palabras que utilizo aquí y en el resto del libro.

Hay una *acción ordinaria* del demonio, que se dirige a todos los hombres: la de tentarlos para el mal. También Jesús aceptó nuestra condición humana dejándose tentar por Satanás. No nos ocuparemos ahora de esta nefasta acción diabólica, no porque no sea importante, sino porque nuestro objetivo es iluminar la *acción extraordinaria* de Satanás, la que Dios le permite sólo en determinados casos.

Esta segunda acción puede clasificarse de cinco formas diversas:

1- *Los sufrimientos físicos causados por Satanás externamente*. Se trata de aquellos fenómenos que leemos en muchas vidas de santos. Sabemos cómo san Pablo de la Cruz, el santo cura de Ars, el P. Pío y muchos otros santos, fueron golpeados, flagelados, aporreados, apaleados por demonios. Es una forma sobre la que no me detengo porque en estos casos nunca ha habido un influjo interno del demonio en las personas golpeadas y nunca hubo necesidad de exorcismos. A lo sumo intervinó la oración de personas que estaban al corriente de lo que sucedía. Prefiero detenerme en las otras cuatro formas, que interesan directamente a los exorcistas.

2- *La posesión diabólica*. Es el tormento más grave y tiene lugar cuando el demonio se posesiona de un cuerpo (no de un alma) para hacerlo actuar o hablar como él quiere, sin que la víctima pueda resistirse, y por tanto, sin que sea responsable moralmente de esto. Esta forma es también la que se presta a fenómenos más espectaculares, como los puestos en escena en la película “El exorcista”, o como los signos más vistosos indicados en el Ritual: hablar lenguas nuevas, mostrar una fuerza excepcional, revelar cosas ocultas. Tenemos un claro ejemplo evangélico en el endemoniado de Gerasa. Pero ha de quedar bien claro que existe toda una gama de posesiones diabólicas, con grandes diferencias en su gravedad y en sus síntomas. Sería un grave error quedarse en un único modelo. Entre los muchos, he exorcizado a dos personas afectadas de posesión total; durante el exorcismo permanecían perfectamente mudas e inmóviles. Podría citar varios ejemplos con fenomenologías muy diversas.

3- *La vejación diabólica*, es decir disturbios y enfermedades, muy graves o poco graves, que llegan a la posesión, a la pérdida del conocimiento, a realizar acciones o pronunciar palabras de las cuales no

se es responsable. Algunos ejemplos bíblicos. Job no tenía la posesión diabólica, sino que fue gravemente golpeado en los hijos, en los bienes, en la salud. La mujer encorvada y el sordomudo, sanados por Jesús, no tenían una posesión diabólica total, sino la presencia de un demonio que provocaba en ellos tales disturbios físicos. San Pablo ciertamente no estaba endemoniado, pero tenía una vejación diabólica consistente en una perturbación maléfica. “Y para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea”(2Co 12, 7); por tanto, no hay duda de que el origen de este mal era maléfico.

Las posesiones son bastante raras aún hoy; pero nosotros, los exorcistas, encontramos gran cantidad de personas golpeadas por el demonio en la salud, en los bienes, en el trabajo, en los afectos... Quede bien claro que diagnosticar la causa maléfica de estos males (es decir, acertar en si se trata de una causa maléfica o no) y curarlos, no es de hecho más sencillo que diagnosticar y curar las posesiones auténticas; podrá ser diversa la gravedad, pero no la dificultad para captarlas y el tiempo requerido para la curación.

4- *La obsesión diabólica.* Se trata de asaltos repentinos, a veces continuos, de pensamientos obsesivos, a veces quizás racionalmente absurdos, pero tales, que la víctima no puede liberarse de ellos. Por esto la persona golpeada vive en continuo estado de postración, de desesperación, de tentaciones de suicidio. Casi siempre las obsesiones influyen también en los sueños. Se me dirá que éstos son estados morbosos, de competencia de la psiquiatría. También para todos los demás fenómenos pueden existir explicaciones psiquiátricas, parapsicológicas o similares. Pero hay casos que se salen enteramente de la sintomatología aceptada por estas ciencias y que revelan, en cambio, síntomas de una segura causa o presencia maléfica. Son diferencias que se aprenden con el estudio y con la práctica.

5- Existen finalmente *las infestaciones diabólicas*: sobre casas, objetos, animales. No me alargo ahora sobre este aspecto, que consideraremos a lo largo del libro. Básteme fijar el sentido que doy al término *infestación*; prefiero no referirlo a las personas, a quienes más bien refiero los términos: posesión, vejación, obsesión.

¿Cómo defendernos de todos estos posibles males? Digamos ante todo que, aunque la juzguemos una norma insuficiente, en rigor los exorcismos son necesarios, según el Ritual, sólo para la posesión diabólica en sentido estricto. En realidad, los exorcistas nos ocupamos de todos los casos en que se percibe una influencia maléfica. Pero para los demás casos que no sean la posesión, deberían

bastar los medios comunes de la gracia: la oración, los sacramentos, la limosna, la vida cristiana, el perdón de las ofensas, el recurso constante al Señor, a la Santísima Virgen, a los santos, a los ángeles. Sobre este último punto es sobre el que deseamos detenernos.

Con gusto cerramos este capítulo sobre el demonio, adversario de Cristo, hablando de los ángeles: son nuestros grandes aliados; les debemos tanto, que es un error que hablemos de ellos tan poco. Cada uno de nosotros tiene su ángel custodio, amigo fidelísimo durante las 24 horas del día, desde la concepción hasta la muerte. Nos protege incesantemente en el alma y en el cuerpo; y nosotros, la mayoría de las veces, ni siquiera pensamos en esto. Sabemos que también las naciones tienen su ángel particular, y probablemente también cada comunidad, incluso cada familia, aunque de esto no tenemos certeza. Pero sabemos que los ángeles son numerosísimos y están deseosos de hacernos el bien, mucho más de lo que los demonios buscan hacernos daño.

La Escritura nos habla con frecuencia de los ángeles por las diversas misiones que el Señor les confía. Conocemos el nombre del príncipe de los ángeles, san Miguel: también entre los ángeles hay una jerarquía basada en el amor y regida por aquel influjo divino “en cuya voluntad está nuestra paz”, como diría Dante. Conocemos también los nombres de otros dos arcángeles: Gabriel y Rafael. Un apócrifo añade un cuarto nombre: Uriel. Precisamente de la Escritura sacamos la subdivisión de los ángeles en nueve coros: dominaciones, potestades, tronos, principados, virtudes, ángeles, arcángeles, querubines, serafines. El creyente sabe que vive en la presencia de la Santísima Trinidad, o mejor, que la tiene dentro de sí, sabe que está asistido continuamente por una madre que es la misma Madre de Dios; sabe que puede contar siempre con la ayuda de los ángeles y de los santos. ¿Cómo puede sentirse solo, o abandonado, u oprimido por el mal? Para el creyente hay espacio para el dolor porque es el camino de la cruz el que nos salva; pero no hay espacio para la tristeza. Y siempre está listo para dar testimonio a quien lo interroga sobre la esperanza que lo anima (Cf. 1P 3, 15).

Pero es claro que aun el creyente debe ser fiel a Dios, debe temer el pecado. Este es el remedio sobre el que se funda nuestra fuerza, tanto que san Juan no duda en afirmar: “Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios lo guarda y el Maligno no llega a tocarlo” (1Jn 5, 18). Si nuestra debilidad nos lleva alguna vez a caer, debemos de inmediato levantarnos nuevamente con aquel gran medio que la misericordia divina nos ha concedido: el arrepentimiento y la confesión.

APENDICE

La visión diabólica de León XIII

Muchos de nosotros recordamos cómo antes de la reforma litúrgica debida al Concilio Vaticano II, el celebrante y los fieles se ponían de rodillas al final de la misa para recitar una oración a la Virgen y otra a san Miguel arcángel. Traemos el texto de esta última porque es una bella oración que puede ser recitada por todos con fruto:

“San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro auxilio contra las maldades e insidias del demonio. ¡Te suplicamos que el Señor te lo ordene! Y tú, príncipe de las milicias celestiales, con el poder recibido de Dios, arroja en el infierno a Satanás y a todos los demás espíritus malignos que merodean por el mundo para la perdición de las almas”.

¿Cómo nació esta oración? Transcribo lo que publicó la revista *Ephemerides Liturgicae* en 1955, pp. 58-59.

El P. Domenico Pechenino escribe: “No recuerdo el año exacto. Una mañana el gran pontífice León XIII había celebrado la misa y estaba asistiendo a otra, de acción de gracias, como de costumbre. En determinado momento lo vieron girar enérgicamente la cabeza, y luego fijar la vista intensamente en algo por encima de la cabeza del celebrante. Miraba fijamente sin mover los párpados, con una expresión de terror y de admiración, cambiando de color y expresión. Algo extraño, grande, le estaba sucediendo”.

“Finalmente, como volviendo en sí, dando un ligero pero enérgico manotazo, se levanta. Lo vieron dirigirse a su estudio privado. Los familiares lo siguieron con premura y ansiedad. Le dijeron en voz baja: *Santo Padre, ¿no se siente bien? ¿Necesita algo?* Respondió: *Nada, nada*. Después de una media hora llamó al secretario de la Congregación de ritos, y, le entregó un oficio, le ordenó imprimirlo y enviarlo a todos los obispos del mundo. ¿Qué contenía? La oración que recitamos con el pueblo al final de la misa, con la súplica a María y la ardiente invocación al príncipe de las milicias celestiales, implorando a Dios que arroje a Satanás en el infierno”.

En aquel escrito se ordenaba también recitar estas oraciones de rodillas. Todo lo dicho arriba, que había sido publicado también en el diario *La Settimana del Clero*, el 30 de marzo de 1947, no cita las fuentes de donde se tomó la noticia. Pero resulta insólito el modo como se ordenó recitar esta oración que se envió a los obispos en 1886. En confirmación de lo escrito por el P. Pechenino tenemos el autorizado testimonio del cardenal Nasalli Rocca, quien, en su *Carta pastoral para la Cuaresma*, emanada en Bolonia en 1946, escribe: “León XIII escribió él mismo aquella oración. La frase (los demonios) *que merodean por el mundo para perdición de las almas* tiene una explicación histórica, que muchas veces nos refirió su secretario particular, monseñor Rinaldo Angeli. León tuvo realmente la visión de los espíritus infernales que se arremolinaban sobre la ciudad eterna (Roma); y de aquella experiencia vino la oración que ordenó recitar en toda la Iglesia. Esta oración la recitaba él con voz vibrante y potente: la oímos muchas veces en la basílica vaticana. No sólo esto, sino que escribió de su propia mano un exorcismo especial contenido en el Ritual romano (edición 1954, tít. XII, c. III, p. 863ss.). Estos exorcismos los recomendaba él a los obispos y a los sacerdotes para que los recitaran con frecuencia en sus diócesis y parroquias. El los recitaba con mucha frecuencia durante todo el día”.

Es igualmente interesante tener en cuenta otro hecho que enriquece aún más el valor de aquellas preces que se recitaban después de cada misa. Pío XI quiso que al recitar estas oraciones se tuviera una particular intención por Rusia (alocución del 30 de junio de 1930). En esa alocución, después de haber recordado las oraciones por Rusia a que había invitado también a todos los fieles con ocasión de la fiesta del Patriarca san José (19 de marzo de 1930), y después de haber recordado la persecución religiosa en Rusia, concluye así:

“Y para que todos puedan sin cansancio e incomodidad continuar en esta santa cruzada, establecemos que las preces que nuestro

antecesor de feliz memoria, León XIII ordenó que sacerdotes y fieles recitaran después de la misa, se digan por esta particular intención, a saber, por Rusia. De lo cual los obispos y el clero secular y regular cuiden de mantener informados a su pueblo y a cuantos estén presentes en el santo sacrificio, y no dejen de estárselo recordando con frecuencia” (“*Civiltà Cattolica*”, 1930, Vol. III).

Como se ve, la tremenda presencia de Satanás ha sido tenida en cuenta con mucha claridad por parte de los Pontífices; y la intención añadida por Pío XI tocaba el centro de las falsas doctrinas diseminadas en nuestro siglo y que siguen envenenando la vida de los pueblos, y de los teólogos mismos. Si las disposiciones de Pío XI no han sido observadas, es por culpa de aquellos a quienes se habían confiado; ciertamente se integraban bien con los acontecimientos carismáticos que el Señor había dado a la humanidad a través de las apariciones de Fátima, aunque fueron independientes de ellas: Fátima era todavía desconocida en el mundo.

Los dones de Satanás

También Satanás da poderes a sus devotos. A veces, como auténtico mentiroso que es él, los destinatarios de tales poderes no comprenden de inmediato la proveniencia de los mismos, o no quieren comprenderla, demasiado contentos con estos dones gratuitos. Así puede suceder que una persona tenga un don de previsión; otros con sólo ponerse delante de una hoja de papel en blanco con una pluma en la mano, escriben espontáneamente páginas y páginas de mensajes; otros tienen la sensación de que pueden duplicarse y que una parte de su ser puede penetrar en casas y en lugares incluso lejanos; es muy común que algunos sientan “una voz” que a veces puede sugerir oraciones y a veces otras cosas.

Podría continuar la lista. ¿Cuál es la fuente de estos dones particulares? ¿Son carismas del Espíritu Santo? ¿Son regalos de proveniencia diabólica? ¿Se trata simplemente de fenómenos metapsíquicos? Es preciso un estudio o un discernimiento hecho por personas competentes para establecer la verdad. Cuando san Pablo estaba en Tiatira, era seguido continuamente por una esclava que tenía el don de adivinar y con este don producía mucho dinero a sus patronos. Pero era un don de origen diabólico, que desapareció súbitamente después de que san Pablo expulsó el espíritu maligno (Hch 16, 16-18).

A título de ejemplo presentamos algunos trozos de un testimonio firmado por "Erasmus de Bari" y publicado en "*Rinnovamento dello Spirito Santo*", septiembre de 1987. Las observaciones entre paréntesis son nuestras.

"Hace unos años, tuve la experiencia del juego del vaso, sin saber que se trataba de una forma de espiritismo. Los mensajes tenían un lenguaje de *paz y fraternidad* (nótese cómo el demonio sabe enmascararse bajo apariencias de bien). Después de algún tiempo fui investido de extrañas facultades precisamente en Lourdes, mientras cumplía mi misión (también esta circunstancia es digna de tenerse en cuenta: no existen lugares, por más sagrados que sean, donde el demonio no pueda introducirse)".

"Tenía yo las mismas facultades que en parapsicología se definen como extrasensoriales, a saber: clarividencia, lectura del pensamiento, diagnosis clínicas, lectura del corazón y de la vida de las personas tanto vivas como difuntas, y otros poderes. Algunos meses más tarde me vino una facultad más: la de anular el dolor físico con la imposición de las manos, aliviando o eliminando el estado de sufrimiento: ¿Era quizás la llamada pranoterapia?"

"Con todos estos poderes no me era difícil hablar con la gente; pero después de los encuentros las personas quedaban chocadas con lo que yo decía, y quedaban con una profunda turbación porque yo las condenaba por los pecados cometidos, según lo veía yo en sus estados de ánimo. Pero leyendo la Palabra de Dios, me daba cuenta de que mi vida no había cambiado en nada. Yo seguía siendo fácil para la ira, lento para el perdón, fácil para el resentimiento, susceptible a la ofensa. Yo temía tomar mi cruz, me daba miedo de la incógnita del futuro y de la muerte".

"Después de una larga peregrinación y tormentosos trabajos, Jesús me condujo a la Renovación. Aquí encontré algunos hermanos que oraron sobre mí, y salí de lo que me estaba sucediendo, que no era de origen divino sino fruto del maligno. Puedo atestiguar que vi el poder del nombre de Jesús. Reconocí y confesé mis pecados del pasado, me arrepentí, renuncié a toda práctica oculta. Estos poderes cesaron y fui perdonado por Dios; y por esto le doy gracias".

No olvidemos que también la Biblia nos da ejemplos de hechos extraordinarios, idénticos, realizados por Dios y por el demonio. Algunos prodigios que Moisés realiza por orden de Dios delante del Faraón, son realizados también por los magos de la corte. He aquí por qué el hecho en sí mismo, tomado aisladamente, no es suficiente

para manifestarnos la causa cuando se trata de fenómenos de este tipo.

Además, con frecuencia las personas afectadas por disturbios maléficos tienen "sensibilidades" particulares: captan súbitamente si una persona tiene negatividad, prevén eventos futuros, a veces tienen una fuerte tendencia a querer imponer las manos a personas psíquicamente frágiles. Otras veces tienen la impresión de poder influir en los acontecimientos del prójimo, augurando males con una malicia que sienten en sí mismos casi con prepotencia. He visto que hay que oponerse y vencer todas estas tendencias para poder llegar a la curación.

LOS EXORCISMOS

“Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios...” (Mc 16, 17): este poder que Jesús dio a todos los creyentes conserva su plena validez. Es un poder general, basado en la fe y en la oración. Puede ser ejercido por cada uno o por la comunidad. Siempre es posible y no requiere ninguna autorización. Pero precisemos el lenguaje: en este caso se trata de *oraciones de liberación*, no de exorcismos.

La Iglesia, para dar mayor eficacia a este poder dado por Cristo y para salvaguardar a los fieles de embusteros y magos, instituyó un sacramental especial, el exorcismo, que puede ser administrado exclusivamente por obispos o por sacerdotes (por tanto, *nunca por laicos*) que han recibido del obispo una licencia específica expresa. Así lo establece el Derecho Canónico (Can. 1172) que nos recuerda también cómo los sacramentales se apoyan en la fuerza de impetración de la Iglesia, a diferencia de las oraciones privadas (Can. 1166), y cómo éstos deben ser administrados observando cuidadosamente los ritos y las fórmulas aprobadas por la Iglesia (Can. 1167).

Por consiguiente sólo al sacerdote autorizado, además del obispo exorcizante (¡ojalá los hubiera!) corresponde el nombre de exorcista. Muchos sacerdotes y laicos, se llaman exorcistas sin serlo. Y muchos dicen que hacen exorcismos cuando simplemente hacen oraciones de liberación, si no es pura y simple magia... *Exorcismo es sólo el sacramental instituido por la Iglesia*. Me parecen equívocas y desviadas

otras denominaciones: por ejemplo, hablar de exorcismos solemnes y exorcismos simples para distinguir el exorcismo auténtico de las otras formas de oración. Me parece erróneo llamar exorcismo privado o exorcismo común a una oración que de hecho no es un exorcismo, es decir, que no es el sacramental específico, sino sólo una oración de liberación, y así debe llamarse.

El exorcista debe atenerse a las oraciones del Ritual. Pero hay una diferencia respecto a los demás sacramentales. El exorcismo puede durar pocos minutos como puede alargarse por varias horas. Por eso no es necesario recitar todas las oraciones del Ritual, y sí se pueden añadir muchas otras, como lo sugiere el mismo Ritual.

El objetivo del exorcismo es doble. Se propone liberar a los obsesos; este aspecto es ilustrado en todos los libros sobre el tema. Pero, antes, tiene una finalidad de diagnóstico; este objetivo con demasiada frecuencia es ignorado. Es verdad que el exorcista, antes de proceder, interroga a la persona misma o a los familiares para darse cuenta de si existen o no las condiciones para administrar el exorcismo. Pero también es cierto que *sólo mediante el exorcismo* podemos darnos cuenta con certeza de si existe o no intervención diabólica. Todos los fenómenos que se presentan, por más extraños o aparentemente inexplicables que parezcan, en realidad pueden encontrar una explicación natural. Ni siquiera la acumulación de fenómenos psiquiátricos y parapsicológicos es un criterio suficiente para el diagnóstico. Sólo por medio del exorcismo se tiene la certeza de encontrarse frente a una intervención diabólica o no.

En este punto es necesario adentrarnos un poco en un tema que, lamentablemente, ni siquiera es mencionado en el Ritual y es desconocido por todos los que han escrito sobre este tema.

Hemos afirmado que el exorcismo tiene, ante todo, un efecto de diagnóstico, es decir, de aclarar la presencia o no de una causa maléfica de los disturbios o una presencia maléfica en la persona. En orden de tiempo este objetivo es el primero que se logra y el que se intenta; en orden de importancia el fin específico de los exorcismos es el de liberar de las presencias maléficas o de los disturbios maléficos. Pero es muy importante tener presente esta sucesión lógica (primero el diagnóstico, luego la curación), para valorar rectamente *los signos* en que debe basarse el exorcista. Y decimos, de una vez, que revisten mucha importancia: los signos *antes* del exorcismo, los signos *durante* el exorcismo, los signos *después* del exorcismo, el desarrollo de los signos *en el curso* de los diversos exorcismos.

Nos parece que, indirectamente el Ritual tenga un poco en cuenta esta sucesión desde el momento en que dedica una norma (n. 3) a poner en guardia al exorcista para que no crea fácilmente en una presencia demoníaca; pero luego dedica varias normas para poner en guardia al mismo exorcista sobre los diversos trucos que el demonio pone en obra para esconder su presencia. A los exorcistas nos parece justo e importante estar atentos a no dejarse engañar por enfermos psíquicos, obstinados, quienes, en resumidas cuentas, no tienen ninguna presencia demoníaca y ninguna necesidad de exorcismo. Pero señalemos también el peligro opuesto, que hoy es mucho más frecuente y, por tanto, más temible: el peligro de no saber reconocer la presencia maléfica y, por tanto, de omitir el exorcismo cuando realmente se necesita. Y estoy de acuerdo con todos los exorcistas con quienes me he comunicado, en reconocer que nunca ha sido perjudicial un exorcismo innecesario (la primera vez y en los casos inciertos, todos hacemos exorcismos muy breves, pronunciados en voz baja, que pueden confundirse con simples bendiciones). Por este motivo nunca hemos tenido motivos de arrepentimiento. En cambio, hemos debido arrepentirnos de no haber sabido reconocer la presencia del demonio y de haber omitido el exorcismo en casos en que la presencia del demonio apareció claramente más tarde, con signos evidentes y cuando ya tal presencia estaba mucho más arraigada.

Por eso insisto en la importancia y el valor de los signos: bastan pocos, y aun inseguros, para que se pueda proceder al exorcismo. Si durante el exorcismo se advierten ya otros signos, lógicamente se extenderá cuanto se juzgue necesario, aunque el primer exorcismo sea administrado con relativa brevedad. Es posible que durante el exorcismo no se manifieste ningún signo, pero que luego el paciente refiera haber tenido efectos (en general son efectos benéficos) de clara importancia. Entonces se toma la decisión de repetir el exorcismo; y si los efectos continúan, sucede siempre que tarde o temprano se manifiesten signos también durante el exorcismo. Es muy útil observar el desarrollo de los signos, siguiendo la sucesión de los diversos exorcismos. A veces tales signos van disminuyendo progresivamente: es una señal de que se está en vía de curación. Otras veces los signos van en aumento y con una variedad del todo imprevisible: quiere decir que está aflorando enteramente el mal que antes estaba oculto, y solamente comienza a retroceder cuando ha aflorado del todo.

Por lo dicho se entenderá cuán necio es esperar para hacer el exorcismo a que haya signos seguros de posesión; y es, además, fruto de total inexperiencia el esperar antes de los exorcismos a aquel tipo de signos que la mayoría de las veces se manifiesta solamente durante los exorcismos o después de los mismos, o después de toda una serie de exorcismos. He tenido casos en que han sido necesarios años de exorcismos para que el mal se manifestara con toda su gravedad. Es inútil querer reducir la casuística en este campo a modelos estándar. Quien tiene más experiencia conoce con seguridad las formas más diversas de manifestaciones demoníacas. Por ejemplo: me ha sucedido, y a todos los exorcistas que he interpelado también, un hecho significativo. Los tres signos señalados por el Ritual como síntomas de posesión: *hablar lenguas desconocidas, poseer una fuerza sobrehumana, conocer cosas ocultas*, siempre se han manifestado *durante* los exorcismos y nunca antes. Habría sido de tonos pretender que se verificaran aquellos signos antes para poder proceder a los exorcismos.

Además, no siempre se llega a un diagnóstico cierto. Puede haber casos frente a los cuales uno se quede perplejo. También porque, y son los casos más difíciles, a veces se encuentra uno frente a sujetos que tienen simultáneamente males psíquicos e influencias maléficas. En estos casos es muy útil que el exorcista sea ayudado por un psiquiatra. Muchas veces el P. Cándido llamó al profesor Mariani, director de una conocida clínica romana de enfermedades mentales, a asistir a sus exorcismos. Y otras veces fue el profesor Mariani quien invitó al P. Cándido en la clínica por él dirigida, para estudiar y eventualmente ayudar en determinados casos de sus pacientes.

Me hacen reír ciertos sabiondos teólogos modernos que afirman como una gran novedad el hecho de que ciertas enfermedades mentales pueden confundirse con la posesión diabólica. Y también ciertos psiquiatras o parapsicólogos creen haber descubierto el agua tibia con tales afirmaciones. Si fueran un poco más instruidos, sabrían que los primeros expertos en poner en guardia contra este posible error han sido las autoridades eclesíásticas. Desde 1583, en los decretos del Sínodo de Reims, la Iglesia llamó la atención sobre este posible equívoco, afirmando que algunas formas de sospechosa posesión diabólica podían ser simplemente enfermedades mentales. Pero entonces la psiquiatría ni siquiera había nacido y los teólogos le creían al Evangelio.

Además del diagnóstico, el exorcismo tiene finalidad curativa, de liberar al paciente. Y aquí comienza un camino que a menudo es

difícil y largo. Es necesaria la colaboración de los individuos, y éstos muchas veces están impedidos para hacerlo: deben orar mucho y no logran hacerlo; deben acercarse con frecuencia a los sacramentos y muchas veces no lo hacen; también para ir al exorcista a recibir el sacramental deben a veces superar impedimentos que parecen insuperables. Por eso necesitan ser ayudados mucho, pero en la mayoría de los casos, por el contrario, no son comprendidos por nadie.

¿Cuánto tiempo se necesita para liberar a un afectado por el demonio? Esta es una pregunta que nadie sabe responder. Quien libera es el Señor, y él actúa con entera libertad, aunque ciertamente tiene en cuenta las oraciones, especialmente las dirigidas por la intercesión de la Iglesia. En general, podemos decir que el tiempo requerido depende de la fuerza inicial de la posesión diabólica y del tiempo transcurrido entre ésta y el exorcismo. Me ha sucedido el caso de una niña de 14 años, afectada unos días antes, que parecía furiosa: pateaba, mordía, arañaba. Bastó un cuarto de hora de exorcismo para liberarla completamente; en un primer momento estaba tirada en tierra como muerta, tanto que me hizo recordar el episodio evangélico en que Jesús liberó a aquel joven a quien los apóstoles no habían logrado liberar. Después de pocos minutos se repuso y corría por el patio jugando con un hermanito suyo.

Pero los casos así son rarísimos y tienen lugar cuando la intervención maléfica es muy leve. La mayoría de las veces el exorcista tiene que vérselas con situaciones pesadas. Porque hoy ya nadie piensa en el exorcista. Presento un caso típico. Un niño manifiesta signos extraños; los padres no le prestan atención, no le dan importancia, pensando que al crecer todo se normalizará. También porque los síntomas inicialmente son leves. Después, al agravarse los fenómenos, los padres comienzan a ir a los médicos: ensayan uno después de otro, siempre sin resultados. Vino a verme una muchacha de 17 años que ya había visitado las principales clínicas de Europa. Por consejo de un amigo o sabelotodo, le había nacido la sospecha de que no se trataba de un mal debido a causas naturales, y recurrió a un mago. Desde este momento el daño inicial se decuplicó. Sólo casualmente, después de quién sabe qué sugerencia (casi nunca debido a sacerdotes...), recurrió al exorcista. Pero muchos años habían pasado, y el mal se había arraigado. Precisamente el primer exorcismo habla de “desarraigar y poner en fuga” al demonio. En este estado, se requieren muchos exorcismos, frecuentemente durante años, y no siempre se llega a la liberación.

Pero repito: los tiempos son de Dios. Ayuda mucho la fe del exorcista y la fe del exorcizado; ayudan las oraciones del interesado, de su familia, de otros (hermanas de clausura, comunidades parroquiales, grupos de oración, en especial aquellos grupos que hacen oraciones de liberación); ayuda muchísimo el uso de los sacramentales apropiados, usados oportunamente para los fines indicados por las oraciones de bendición: agua exorcizada o por lo menos bendita, óleo exorcizado, sal exorcizada. Para exorcizar el agua, óleo, sal, no se necesita un exorcista, sino que basta cualquier sacerdote. Pero es preciso buscar uno que crea en esto y que sepa que en el Ritual existen estas bendiciones específicas. Los sacerdotes que saben estas cosas son bichos raros; la mayoría no los conocen y se ríen en la cara de quien las pide. Volveremos a hablar de estos sacramentales.

Es de mucha importancia la frecuencia de los sacramentos y una conducta de vida conforme con el Evangelio. Se toca con la mano el poder del rosario, y en general, del recurso a María Virgen; muy poderosa es la intercesión de los ángeles y de los santos; utilísimas las peregrinaciones a los santuarios, que con frecuencia son los lugares escogidos por Dios para la liberación preparada por los exorcismos. Dios nos ha dado sobreabundancia de medios de gracia: depende de nosotros el hacer uso de ellos. Cuando los evangelios narran las tentaciones de Cristo debidas a Satanás, nos dicen cómo Jesús rebatía al demonio con una frase de la Biblia. La Palabra de Dios es de gran eficacia; y es de gran eficacia la oración de alabanza, tanto la espontánea como, en especial, la oración bíblica: los salmos y los cánticos de alabanza a Dios.

Con todo esto, la eficacia de los exorcismos impone al exorcista mucha humildad, porque lo hace experimentar su nada: quien actúa es Dios. Y somete, tanto al exorcista como al exorcizado, a duras pruebas de desaliento: los frutos sensibles son a menudo lentos y fatigosos. En compensación se tocan con la mano grandes frutos espirituales que ayudan en parte a comprender por qué el Señor permite estas dolorosísimas pruebas. Se avanza en la oscuridad de la fe, pero conscientes de caminar hacia la luz verdadera.

Añado la importancia protectora de las imágenes sagradas, tanto sobre la persona, como en los lugares: sobre la puerta de la casa, en las alcobas, en el comedor o en el lugar en que más comúnmente se reúne la familia. La imagen sagrada recuerda no la idea pagana de un talismán, sino el concepto de imitación de la figura representada

y de la protección que se invoca. Hoy con frecuencia me sucede que entro en casas en donde sobre la puerta de entrada campea un bello cuerno rojo y al recorrer los cuartos, encuentro muy poquitas imágenes religiosas. Es un grave error. Recordemos el ejemplo de san Bernardino de Siena, quien, en conclusión y como recuerdo de sus misiones populares, convencía a las familias de que pusieran sobre la puerta de la casa un medallón con la sigla del nombre de Jesús (JHS, es decir: *Jesus hominum salvator*, Jesús, salvador de los hombres).

He experimentado muchas veces la eficacia de las medallitas que cuelgan al cuello con fe. Si habláramos solamente de la medalla milagrosa, difundida por el mundo en muchos millones de ejemplares, después de las apariciones de la Virgen a santa Catalina Labouré (que tuvieron lugar en París en 1830), y si habláramos de las gracias prodigiosas obtenidas por aquella simple medallita, no acabaríamos nunca. Varios libros tratan expresamente de ella.

Uno de los episodios más conocidos de posesión diabólica reportado en varios libros por la documentación históricamente exacta que nos han transmitido los hechos, es el relativo a los dos hermanos Burner, de Illfurt (Alsacia), que fueron liberados con una serie de exorcismos en 1869. Pues bien, un día, entre los muchos y graves vejámenes del demonio, se debía dañar el carruaje que transportaba al exorcista acompañado de un obispo y una religiosa. Pero el demonio no pudo llevar a cabo su propósito, porque en el momento de partir, le fue dada al cochero una medalla de san Benito como protección, y el cochero la había guardado devotamente en su bolsillo.

LOS AFLIGIDOS POR EL MALIGNO

Una pregunta que se me hace frecuentemente es si son muchos los afligidos por el maligno. Aquí me parece que se puede citar la opinión del jesuita francés Tonquédec, conocido exorcista: “Hay un grandísimo número de desdichados que, aunque no presentan signos de posesión diabólica, recurren al ministerio del exorcista para ser liberados de sus padecimientos: enfermedades rebeldes, adversidades, desgracias de todo género. Los endemoniados son muy raros, pero estos desdichados son una legión”.

Es una observación ciertamente válida si se considera la gran diferencia entre los verdaderos afectados y los que piden una palabra segura al exorcista, para sobreponerse a sus desventuras... Pero hoy es necesario tener en cuenta muchos factores nuevos que no existían cuando escribía el P. Tonquédec. Y por estos factores sostengo y tengo experiencia directa de que el número de los afectados ha aumentado grandemente.

Un primer factor es la situación del mundo consumista de Occidente, en donde el sentido materialista y hedonista de la vida ha hecho perder la fe a muchos. Creo que, sobre todo en Italia, una buena parte de culpa la tienen el comunismo y el socialismo, que con las doctrinas marxistas han dominado en estos años la cultura, la educación, los espectáculos. En Roma se calcula que a la misa dominical asiste a lo sumo el 1.8% de los habitantes. Es un hecho matemático: donde decae la religión, crece la superstición. De ahí la difusión, especialmente entre los jóvenes, de las prácticas del espiritismo,

magia, ocultismo. Se añaden además el yoga, el zen, la meditación trascendental: todas estas prácticas están fundadas en la reencarnación, en la disolución de la persona humana en la divinidad, o en doctrinas inaceptables para un cristiano. Y no hay que ir a la India para ponerse en la escuela de un gurú: se los encuentra en la puerta de la casa; a menudo con estos métodos de apariencias inocuas, se llega a estados de alucinación o de esquizofrenia. Añádase a esto la difusión de las sectas como mancha de aceite, muchas de ellas con un claro sello satánico.

La magia y el espiritismo se enseñan en varios canales de televisión. Se encuentran libros sobre esto hasta en los kioscos donde se venden las revistas. El material para la magia se difunde por el sistema de ventas por correspondencia. También hay varias series de diarios y espectáculos de horror, donde al sexo y a la violencia se añade un sentido de perfidia satánica. También la difusión de cierto tipo de música de masas que agarra al público hasta la obsesión. Me refiero sobre todo al rock satánico. Se hace intérprete de esto Piero Mantero en su folleto *Satana e lo stratagemma della coda* (Ed. Segno, Udine 1988). Hablando en algunas escuelas superiores, he comprobado de cerca la gran incidencia que tienen sobre los jóvenes estos vehículos de Satanás; es increíble cuánto se han difundido en las escuelas superiores e inferiores las diversas formas de espiritismo y de magia. Se trata ya de un mal generalizado hasta en los pequeños centros.

Tampoco puedo callar la manera como demasiados hombres de Iglesia se desinteresan totalmente de estos problemas, y dejan a los fieles expuestos y sin defensa. Opino que ha sido un error quitar casi del todo los exorcismos del rito del Bautismo (e inclusive pienso que Pablo VI fue de este mismo parecer); juzgo un error el haber suprimido, sin sustitución, la oración que se recitaba al final de cada misa. Sobre todo juzgo una carencia imperdonable, de la que culpo a los obispos, el haber dejado que se extinguiera toda la pastoral exorcista: cada diócesis debería tener por lo menos a un exorcista en la catedral; debería haber uno en las iglesias más visitadas y en los santuarios. Hoy el exorcista es visto como un ser raro, casi imposible de hallar; en cambio, su actividad tiene un valor pastoral indispensable, que apoya a la pastoral del predicador, del confesor, de quien administra los demás sacramentos.

La jerarquía católica debe recitar fuertemente el *mea culpa*. Conozco a muchos obispos italianos; no conozco a ninguno que haya

hecho exorcismos, que haya asistido a exorcismos, que sienta adecuadamente este problema. No dudo en repetir lo que publiqué en otro lugar: si un obispo a quien se le pide seriamente (no la petición de un desequilibrado), no provee personalmente o por medio de un sacerdote delegado, comete pecado mortal de omisión. De esta manera nos encontramos en la situación de haber *perdido la escuela*: antiguamente, el exorcista práctico instruía al neo-exorcista. Pero volveré sobre el tema.

Ha tenido que venir el cine para despertar de nuevo el interés sobre el tema. Radio Vaticana entrevistó el 2/2/1975 al guionista de la película "El exorcista", William Friedkin, y al teólogo jesuita Thomas Bemigan, quien actuó como consultor durante las tomas. El guionista afirmó que quiso narrar un hecho aprovechando la trama de una novela que, a su vez, narraba un episodio acaecido verdaderamente en 1949. El guionista prefirió no pronunciarse sobre si era o no una verdadera posesión diabólica y dijo que se trataba de un problema para los teólogos y no para él.

El padre jesuita, a la pregunta de si había sido una de las acostumbradas películas de terror o algo distinto, optó resueltamente por la segunda hipótesis. Basándose en el enorme impacto que tuvo la película sobre un público de todo el mundo, afirmó que, aparte de ciertos detalles espectaculares, la película trataba con mucha seriedad el problema del mal. Y volvió a despertar el interés por los exorcismos que se había perdido.

¿Cómo se puede caer en disturbios extraordinarios del demonio, prescindiendo de los disturbios ordinarios, o sea de las tentaciones que nos atacan a todos? Se puede caer culpable o inculpablemente, según los casos. Podemos resumir los motivos en cuatro causas: por permisión de Dios; porque se es víctima de un maleficio; por un grave estado de pecado y endurecimiento en él; por el contacto asiduo con lugares o personas maléficas.

1- *Por permisión de Dios*. Quede bien claro que nada sucede sin el permiso de Dios. Y quede igualmente claro que Dios no quiere nunca el mal, pero lo permite cuando nosotros somos quienes lo queremos (pues nos hizo libres) y sabe sacar el bien inclusive del mal. El primer caso que consideramos tiene la característica de no intervenir ninguna culpabilidad humana, sino de tratarse sólo de la intervención diabólica. Así como Dios permite habitualmente la acción ordinaria de Satanás (las tentaciones), dándonos todas las gracias para resistir y sacando de ellas un bien para nosotros si

somos fuertes, también Dios puede permitir a veces la acción extraordinaria de Satanás (posesión o disturbios maléficis), para hacer que el hombre ejerza la humildad, la paciencia, la mortificación.

Podemos, por tanto, recordar dos casos que ya habíamos tomado en consideración: cuando se da una acción externa del demonio que causa sufrimientos físicos (como los golpes y las flagelaciones sufridos por el santo cura de Ars o el P. Pío); o cuando es permitida una verdadera infestación, como dijimos respecto a Job y a san Pablo.

La vida de muchos santos nos presenta ejemplos de este tipo. Entre los santos de nuestra época, cito dos beatificados por Juan Pablo II: don Calabria y sor María de Jesús Crucificado (la primera árabe beatificada). En ambos casos, sin que hubiera ninguna causa humana (ni culpa de las personas afectadas, ni maleficios hechos por otros), ha habido períodos de verdadera y propia posesión diabólica, en que los dos beatos dijeron e hicieron cosas contrarias a su salud, sin tener ninguna responsabilidad porque era el demonio quien actuaba sirviéndose de los miembros de ellos.

2- *Cuando se sufre un maleficio.* Tampoco en este caso hay culpa de parte de quien es víctima de este mal; pero hay un concurso humano, o sea, hay culpa humana de parte de quien hace o de quien ordena a un mago el maleficio. Hablaremos de esto más ampliamente en un capítulo aparte. Aquí me limito a decir que el *maleficio es hacer daño a otros mediante la intervención del demonio*. Puede ser llevado a cabo de muchos modos: ligadura, mal de ojo, maldición... Pero digamos de una vez que el modo más usado es el de la hechicería; y afirmo además que el hechizo es la causa más frecuente que encontramos en aquellos que son afectados por la posesión o por otros disturbios maléficis. No puedo entender cómo pueden justificarse aquellos eclesiásticos que dicen no creer en las hechicerías; y menos aún puedo explicarme cómo pueden defender a sus fieles si llegan afectados por estos males.

Alguien se maravilla de que Dios pueda permitir estas cosas. Dios nos ha creado libres y nunca reniega de sus criaturas ni siquiera de las más perversas; pues al final pedirá cuentas y da a cada uno lo que se ha merecido, porque cada uno será juzgado según sus obras. Entretanto podemos usar bien de nuestra libertad y tendremos mérito de ello; o usar mal y entonces tendremos culpa. Podemos ayudar a los demás y podemos hacerles daño con muchísimas formas de atropello. Para citar una de las más graves: puedo pagar a un asesino a

suelo para que mate a una persona; Dios no está obligado a impedirlo. Así puedo pagar a un mago, a un hechicero para que haga un maleficio contra una persona; tampoco en este caso está Dios obligado a impedirlo, aunque de hecho muchas veces lo impida. Por ejemplo, quien vive en gracia de Dios, quien ora más intensamente, está mucho más salvaguardado que quien no es practicante, o peor aún, que quien vive habitualmente en estado de pecado.

Finalmente añadamos algo que repetiremos a su tiempo: el campo de las hechicerías y de los demás maleficios es el paraíso de los embaucadores. Los casos verdaderos son una pequeñísima proporción en relación con las falsedades que reinan en este sector. Este campo, además de prestarse con gran facilidad para los embustes, se presta también muchísimo para las sugerencias, las extravagancias de las mentes débiles. Por eso es importante que el exorcista esté en guardia, pero que también lo estén todas las personas de buen juicio.

3- Ahora llegamos a dos causas que, lamentablemente, en los tiempos que vivimos van en aumento, por lo cual está creciendo el número de las personas golpeadas por el demonio. En la raíz, *la primera causa* o la causa básica es *siempre la falta de fe*. Mientras más falta la fe, más aumenta la superstición; es un hecho, por así decirlo, matemático. Pero pasemos a la *segunda causa: un grave estado de pecado y de endurecimiento en el mismo*. Creo que el Evangelio nos presenta un ejemplo emblemático en la figura de Judas. Era ladrón; quién sabe cuántos esfuerzos hizo Jesús por amonestarle y corregirlo, y recibió sólo rechazo y endurecimiento en el vicio. Hasta que llegó al colmo: “¿Qué me queréis dar y os lo entregaré? Y pactaron treinta monedas de plata” (Mt 26, 15). Y así leemos aquella frase tremenda, durante la última cena: “Y entonces ... entró en él Satanás” (Jn 13, 27). No hay duda de que se trata de una auténtica posesión diabólica.

En el estado actual de desintegración de las familias, he tenido casos en que las personas afectadas vivían estados matrimoniales desordenados, con el agravante de otras culpas; me llegaron mujeres que muchas veces habían cometido el delito del aborto, además de otras faltas; he tenido casos de personas que, además de perversiones sexuales aberrantes, cometían faltas de violencia; y he tenido varios casos de homosexuales que se drogaban y caían en otros problemas relacionados con la droga. En todos estos casos, me parece casi inútil decirlo, el camino de la curación comienza por una sincera conversión.

4- *Visita a lugares o personas maléficis.* Con esta expresión he querido referirme a la práctica o asistencia a sesiones espiritistas, de magia, a cultos satánicos o sectas satánicas (que tienen su culmen en las misas negras), a prácticas de ocultismo... Visitar a magos, hechiceros; ciertos cartomantes. Todas éstas son formas que exponen al peligro de incurrir en un maleficio. Tanto más cuando se quiere contraer un vínculo con Satanás: existe la consagración a Satanás, el pacto de sangre con Satanás, la participación en escuelas satánicas y el nombramiento de sacerdote de Satán... Lamentablemente, de unos quince años para acá se trata de formas que van en aumento, diríase que es una explosión.

En cuanto al recurso a magos y similares, presento un caso muy común. Uno tiene un mal rebelde a todo tratamiento, o ve que todas las cosas que emprende le salen mal; piensa que tiene algún maleficio que lo bloquea. Visita a un cartomante o a un mago y éste le dice: "Usted tiene una hechicería". Hasta aquí el gasto es poco y el daño no existe. Pero a menudo sigue: "Si quiere que se la quite, vale un millón", o quizás más. En los muchos casos que he conocido, la cifra máxima ha sido de 35 mil dólares aproximadamente. Si la propuesta es aceptada, el mago o el cartomante pide alguna cosa de uso personal: una foto, una prenda íntima, un mechón de cabellos, un pelo, o un fragmento de uña. En este momento el mal está hecho. ¿Qué hace el mago con los objetos pedidos? Está claro: hace magia negra.

Aquí debo hacer otra aclaración: muchos no nos creen porque saben que ciertas damitas "siempre están en la iglesia"; o porque ven el estudio de los magos tapizados de crucifijos, de estampas de la Virgen, de santicos, de retratos del P. Pío. Además les dicen: "Yo sólo hago magia blanca; si me pidieran magia negra me negaría". En el uso corriente, por magia blanca se entiende el quitar las hechicerías; la magia negra es el producirlas. Pero en realidad, como no se cansa de repetir el P. Cándido, no existe magia blanca y magia negra: sólo existe la magia negra. Porque toda forma de magia es recurrir al demonio. De este modo el afectado, si antes tenía un pequeño disturbio maléfico (pero tal vez no tenía nada de este tipo) vuelve a casa con un verdadero y propio maleficio. Con frecuencia los exorcistas tenemos que esforzarnos mucho más para quitar la obra nefasta de los magos que para curar el disturbio inicial.

Y agregó que muchas veces, hoy como en el pasado, la posesión diabólica puede confundirse con enfermedades psíquicas. Tengo en gran estima a los psiquiatras que tienen la competencia profesional

y el sentido de los límites de su ciencia y saben honestamente reconocer cuando un paciente presenta sintomatología que no encaja dentro del cuadro de las enfermedades científicamente reconocidas. El profesor Simón Morabito, psiquiatra en Bérgamo, afirma tener las pruebas que muchos individuos, considerados enfermos psíquicos, estaban en realidad poseídos por Satanás, y logró curarlos con la ayuda de algunos exorcistas (ver "Gente" 1990, n. 5, pp. 106-112). Conozco otros casos análogos, pero deseo detenerme solamente en uno en particular.

El 24 de abril de 1988 Juan Pablo II beatificó al carmelita español P. Francisco Palau. Es una figura muy interesante para nuestro caso, porque en los últimos años de su vida se dedicó a los endemoniados. Había conseguido un hospicio en donde acogía a los afectados por enfermedades mentales. Los exorcizaba a todos: los que eran endemoniados, se curaban; los que eran enfermos quedaban como estaban. Fue muy atacado, naturalmente, por el clero. Entonces fue a Roma dos veces; en 1886 para hablar de estos asuntos con Pío IX; en 1870 para obtener que el Concilio Vaticano I restableciera en la Iglesia el exorcistado como ministerio permanente. Sabemos que este Concilio fue interrumpido; pero la necesidad de restaurar este servicio pastoral sigue siendo urgente.

Es un hecho el que siga existiendo la dificultad para distinguir entre un endemoniado y un enfermo psíquico. Pero un exorcista experto es capaz de captarlo más que un psiquiatra; porque el exorcista tiene presentes las diversas posibilidades y sabe percibir los elementos distintivos; el psiquiatra la mayoría de las veces no cree en la posesión diabólica y por lo mismo ni siquiera tiene en cuenta tal posibilidad. Hace años el P. Cándido estaba exorcizando a un joven que, según el psiquiatra que lo había tratado, padecía epilepsia. Invitado a asistir a un exorcismo, el médico aceptó. Cuando el P. Cándido puso la mano sobre la cabeza del joven, éste cayó en tierra presa de convulsiones. "¿Ve, padre? Evidentemente se trata de epilepsia", se apresuró a decir el médico. El P. Cándido se inclinó y nuevamente puso la mano sobre la cabeza del joven. Este se levantó de inmediato y permaneció de pie, recto e inmóvil. "¿Hacen esto los epilépticos?", preguntó el P. Cándido. "No, nunca", repuso el psiquiatra, evidentemente perplejo ante aquel comportamiento.

No hace falta decir que los exorcismos continuaron hasta la curación del joven, quien por años había sido atragantado de medicinas y tratamientos que solamente le habían hecho daño. Y precisamente aquí tocamos un punto delicado: en los casos difíciles, el diagnóstico

requiere un estudio interdisciplinar, como lo diremos en las propuestas finales. Porque los que pagan los errores son siempre los enfermos, y ellos mismos en no pocos casos han sido arruinados con tratamientos médicos errados.

Aprecio mucho a los científicos que, aunque no creyentes, reconocen los límites de su ciencia. El profesor Emilio Servadio, psiquiatra, psicoanalista y parapsicólogo de fama internacional, ofreció unas interesantes declaraciones a la Radio Vaticana el 2/2/1975: “La ciencia debe detenerse frente a aquello que sus instrumentos no pueden comprobar y explicar. No se pueden indicar exactamente estos límites: no se trata de fenómenos físicos. Pero creo que todo científico consciente sabe que sus instrumentos llegan hasta un cierto límite y no pueden avanzar más.

Respecto a la posesión demoníaca solamente puedo hablar en primera persona, no en nombre de la ciencia. Me parece que en ciertos casos la malignidad, la destructividad de los fenómenos tiene un aspecto tan especial, que en verdad no se puede ya confundir este tipo de fenómenos con los que el científico, por ejemplo, el parapsicólogo o el psiquiatra pueden comprobar en los casos tipo poltergeist u otros. Para valerme de un ejemplo, sería como comparar a un niño malo con un sádico criminal. Existe una diferencia que no se puede medir con el metro, pero que se percibe claramente. En estos casos creo que un hombre de ciencia debe admitir la presencia de fuerzas que ya no son gobernables por la ciencia y que la ciencia como tal no está llamada a definir”.

APENDICE

¿Miedo al diablo? Responde santa Teresa de Jesús

*C*ontra los injustificados temores al demonio, traemos una página de santa Teresa de Avila, tomada de su Vida, capítulo 25, 19-22. Es una página alentadora, con tal de que no seamos nosotros quienes abramos al demonio la puerta...

“¡Si este señor es tan poderoso como lo sé y lo veo; si los demonios no son sino sus esclavos como la fe no me permite dudarlos, ¿qué mal me pueden hacer si yo soy la esclava de aqueste Rey y Señor? Más bien, ¿Por qué no sentirme tan fuerte como para hacer frente al infierno entero? Tomaba en las manos una cruz y me parecía que Dios me daba el valor. En muy poco tiempo me vi tan transformada que no hubiera temido entrar en lucha con todos y les gritaba: “Venid ahora, que, siendo yo la esclava del Señor, quiero ver qué me podéis hacer!”.

Y parecía que me tuvieron realmente miedo, porque ya quedé tranquila. De allí en adelante ya no me turbaron más aquellas angustias, ni tuve miedo a los demonios, tanto que cuando ellos se me aparecían, como lo diré adelante, no sólo no sentía temor de ellos, sino que tenía la impresión de que eran ellos los que me temían. El soberano Patrón de todas las cosas me dio sobre ellos un tal imperio, que hoy ya no les tengo más miedo que a las moscas. Son tan cobardes, que al verse despreciados, se pierden de rabia. No atacan de frente sino a aquellos a quienes ven arredrarse fácilmente,

o cuando el Señor lo permite para que sus luchas y persecuciones redunden en mayor provecho para sus siervos.

Plazca a su Majestad que temamos sólo a aquello que hay que temer, persuadiéndonos de que puede venir mayor daño de un solo pecado venial que no de todo el infierno; lo cual es muy cierto.

¿Sabéis cuándo nos producen espanto los demonios? Cuando nos angustiamos por las ansias de honores, por los placeres y por las riquezas del mundo. Entonces nosotros, amando y buscando aquello que deberíamos aborrecer, ponemos en sus manos las armas con que podríamos defendernos y los inducimos a combatirnos con inmenso perjuicio nuestro. Da lástima pensarlo, porque bastaría aferrarnos a la cruz y despreciar todas las cosas por amor de Dios, ya que el demonio huye de estas prácticas más que nosotros de la peste. Amigo de la mentira y mentira él mismo, el demonio nunca está de acuerdo con quien camina en la verdad. Pero si ve que el intelecto está ofuscado, hace cuanto puede por cegararlo del todo; y si se da cuenta de que uno es tan ciego que pone su propio contento en las cosas del mundo, que son fútiles y vanas como los juegos de los niños, se convence de que se las ha con un niño y lo trata como tal y se divierte en asaltarlo una y muchas veces.

Plazca a Dios que yo no sea de éstos, sino que, guiada por la gracia, yo tenga por reposo lo que es reposo, por honor lo que es honor, por placer lo que es placer, y no lo contrario. Entonces agarraré por los cuernos a todos los demonios, que huirán espantados. No entiendo el miedo de quien grita: “¡Demonio! ¡demonio!”; cuando podría gritar: “¡Dios! ¡Dios!”, y llenar de espanto el infierno. “¿Acaso no sabemos que los demonios no pueden ni siquiera moverse sin el consentimiento de Dios? ¿Entonces qué son esos vanos temores? Por lo que a mí toca, le tengo más miedo a aquel que tiene tanto miedo al demonio, que no al demonio mismo; porque éste no me puede hacer nada, mientras que aquéllos, especialmente si son confesores, ponen al alma en desasosiego. Por su causa he pasado varios años en trabajos tan graves, que todavía me maravillo de haber logrado soportarlos. Bendito sea el Señor que me ha prestado su valiosa ayuda”.

EL PUNTO DE PARTIDA

Un día me llamó por teléfono un obispo para recomendarme que exorcizara a cierta persona. Como primera respuesta le dije que él mismo proveyera a nombrar un exorcista. Me contestó que no lograba encontrar a un sacerdote que aceptara este servicio. Lamentablemente esta dificultad es general. A menudo los sacerdotes no creen en estas cosas; pero si el obispo les ofrece el encargo de ser exorcistas, les parece sentir encima de ellos a los mil diablos, y se niegan. Muchas veces he escrito que le molesta mucho más al demonio que la gente se confiese, es decir, arrojar de las almas al demonio mismo, que el que haya exorcismos, que es arrojarlo de los cuerpos. Y mucho más le da rabia al demonio si se predica, porque la fe nace de la Palabra de Dios. Por eso un sacerdote que tiene el valor de predicar y confesar no debería tener ningún temor al ejercicio del exorcismo.

León Bloy escribió palabras muy duras contra los sacerdotes que se niegan a realizar exorcismos. Las tomo de “*El Diablo*” de Balducci, Ed. San Pablo, p. 233: “Los sacerdotes no utilizan casi nunca su poder de exorcistas porque les falta fe y, en últimas, tienen miedo de disgustar al demonio”. También esto es verdadero; muchos temen represalias y olvidan que el demonio hace ya todo el mal que el Señor le permite; ¡con él no existen pactos de no agresión! Y continúa el autor: “Si los sacerdotes han perdido la fe hasta el punto de no creer ya en su poder de exorcistas y de no hacer uso del mismo, es una terrible desgracia, una atroz prevaricación, en consecuencia de lo cual quedan irreparablemente abandonadas a los peores enemigos las pretendidas histéricas de que están abarrotados los hospitales”.

Palabras fuertes pero verdaderas. Es una traición directa al mandato de Cristo.

Vuelvo a la llamada del obispo. Le dije con franqueza que, si no encontraba sacerdotes, estaba obligado a proveer él personalmente. Oí que me respondía con cándida ingenuidad: “¿Yo? No sabría por dónde empezar”. Lo rebatí con la frase que me dijo el P. Cándido cuando me tocó comenzar a mí mismo: “*Comience leyendo las instrucciones del Ritual y recite sobre el solicitante las preces prescritas*”.

Este es el punto de partida. El Ritual de los exorcismos comienza presentando 21 normas que debe observar el exorcista; no importa que estas normas hayan sido escritas en 1614; son directrices llenas de sabiduría que podrán completarse ulteriormente, pero que todavía tienen plena vigencia. Después de haber puesto en guardia al exorcista para que no crea fácilmente en la presencia del demonio en la persona que se presenta, proporciona una serie de normas prácticas, ya para reconocer si se trata de un caso de verdadera posesión, ya respecto al comportamiento que debe observar el exorcista.

Pero el desconcierto del obispo (“no sabría por dónde empezar”) es justificado. No se improvisan exorcistas. Asignar tal encargo a un sacerdote, es algo así como poner en manos de una persona un tratado de cirugía y luego pretender que vaya a realizar cirugías. Tantas cosas, demasiadas cosas, no se leen en los textos, sino que se aprenden solamente con la práctica. Por esto pensé en poner por escrito mis experiencias, dirigidas por la gran experiencia del P. Cándido, con la certeza de que lograré muy poco: una cosa es leer, otra es ver. Pero escribo también cosas que no se encuentran en ningún otro libro.

En realidad el punto de partida es otro. Cuando se presenta, o es presentada por familiares o amigos una persona para ser exorcizada, se comienza con un interrogatorio cuyo objetivo es darse cuenta si hay motivos razonables para proceder al exorcismo, única forma de conseguir un diagnóstico, o si tales motivos no existen. *Por esto se comienza estudiando los síntomas que la persona o los familiares denuncian, y sus posibles causas.*

Se comienza con los males físicos. Los dos puntos más frecuentemente afectados son la cabeza y el estómago, en caso de influencias maléficas. Además de los males de la cabeza, agudos y refractarios a los calmantes, puede haber, especialmente en los jóvenes, un súbito bloqueo frente al estudio: muchachos inteligentes que nun-

ca habían tenido dificultades en la escuela, de repente ya no logran estudiar y la memoria se les reduce a cero. El Ritual presenta, como signos sospechosos, las manifestaciones más vistosas: hablar corrientemente lenguas desconocidas o comprenderlas cuando son habladas por otros; conocer cosas lejanas y ocultas; demostrar una fuerza muscular sobrehumana. Como ya dije, he encontrado fenómenos de este tipo sólo durante las bendiciones (siempre llamo así a los exorcismos), no antes. A menudo son denunciados comportamientos extraños o violentos. Un síntoma típico es la aversión a lo sagrado: personas que de repente dejan de orar, cuando antes lo hacían; que no vuelven a pisar una iglesia, con sentimientos de rabia; que frecuentemente blasfeman y actúan con violencia contra las imágenes sagradas. Casi siempre aparecen simultáneamente comportamientos asociales y rabiosos contra los familiares o los lugares que frecuentan. También se presentan cosas extrañas de diverso tipo.

Es inútil decir que cuando uno se adentra en el exorcismo ya ha hecho todos los exámenes y los tratamientos médicos posibles. Las excepciones son rarísimas. Por eso el exorcista no tiene dificultad para obtener el parecer del médico, los tratamientos hechos, los resultados obtenidos.

El otro punto atacado con frecuencia es la boca del estómago, exactamente debajo del esternón. También allí pueden sentirse dolores punzantes y rebeldes a los tratamientos. Una característica típica de causas maléficas se da cuando el mal suele trasladarse a todo el estómago, a los intestinos, a los riñones, a los ovarios... sin que los médicos comprendan sus causas y sin que se logre mejoría con los remedios.

Hemos afirmado que uno de los criterios para reconocer la posesión diabólica es que las medicinas resultan ineficaces, no así las bendiciones. Exorcicé a Marcos, afectado por una fuerte posesión. Había estado largo tiempo hospitalizado y atormentado con tratamientos psiquiátricos, en especial electrochoques, sin que tuviera la más mínima reacción. Cuando le ordenaron el tratamiento del sueño, le suministraron para una semana somníferos que habrían dormido a un elefante; él no durmió nunca, ni de día ni de noche. Caminaba por la clínica con los ojos inyectados, como un idiota. Finalmente se presentó al exorcista y de inmediato comenzaron los resultados positivos.

También la fuerza extraordinaria puede ser un signo de posesión diabólica. Un loco en el manicomio puede ser dominado con la

camisa de fuerza. Un endemoniado no; rompe todo, inclusive cadenas de hierro, como cuenta el Evangelio del endemoniado de Gerasa. El P. Cándido me contó el caso de una muchacha flaca y aparentemente débil; durante los exorcismos era dominada a duras penas por cuatro hombres. Rompió todas las ataduras, incluso las fuertes correas de cuero con que intentaron atarla. Una vez, después de haber sido atada con gruesos lazos a una litera de hierro, destrozó en parte los hierros y en parte los dobló en ángulo recto.

Muchas veces, el paciente (o también los demás, si es afectada una familia) siente rumores extraños, pasos en el corredor, puertas que se abren y se cierran, objetos que desaparecen y después aparecen en los lugares más inesperados, golpes en las paredes o en los muebles. Siempre pregunto tratando de averiguar las causas, desde cuándo comenzaron los trastornos, si pueden relacionarse con un hecho concreto, si el interesado ha frecuentado sesiones espiritistas, si ha ido a ver cartomantes o magos y, en caso positivo, cómo sucedieron las cosas.

Es posible que, por sugerencia de algún conocedor, hayan sido abiertas las almohadas o el colchón del interesado, y se hayan encontrado los objetos más extraños: hilos coloreados, mechones de cabellos, trenzas, astillas de madera o de hierro, coronas o cintas atadas en forma estrechísima, muñecos, figuras de animales, grumos de sangre, piedras...; son frutos seguros de hechicerías.

Si los resultados del interrogatorio son tales que hagan sospechar la intervención de una causa maléfica, se procede al exorcismo.

Presento algunos casos; naturalmente en todos los episodios que reporto modifico los nombres y algún otro elemento que pudiera facilitar el reconocimiento de las personas. Vino a verme la señora Marta, para algunas bendiciones, acompañada de su esposo. Venían de lejos y con no poco sacrificio. Desde muchos años atrás Marta estaba en manos de neurólogos sin ningún éxito. Después de algunas preguntas, vi que podía proceder al exorcismo, aunque ya había sido exorcizada por otros pero sin fruto. Al comienzo cayó en tierra y parecía privada del conocimiento. Mientras yo hacía las oraciones introductorias, cada momento se lamentaba: "¡Quiero un verdadero exorcismo, no estas cosas!". Al comienzo del primer exorcismo, que comienza con las palabras "*Exorcizo te*", se calmó satisfecha; estas palabras indudablemente le habían quedado grabadas de los exorcismos precedentes. Luego comenzó a lamentarse de que yo le estaba haciendo daño a los ojos. Actitudes todas que no se dan en los

posesos. Cuando volvió las siguientes veces, no sabía decirme si mi exorcismo le había producido algún efecto o no. Para mayor seguridad, antes de licenciarla definitivamente, la acompañé una vez a visitar al P. Cándido: después de haberle puesto la mano en la cabeza, me dijo de inmediato que allí no entraba el demonio. Era un caso para psiquiatras, no para exorcistas.

Pierluigi, de 14 años, parecía demasiado grande y fornido para su edad. No podía estudiar, era la desesperación de sus maestros y compañeros, con ninguno de los cuales lograba estar de acuerdo; pero no era violento. Tenía una peculiaridad: cuando se sentaba en tierra con las piernas cruzadas (el decía que estaba "haciendo el indio"), ninguna fuerza lograba levantarlo, como si se hubiera vuelto de plomo. Después de varios tratamientos médicos sin resultados, fue llevado al P. Cándido, el cual comenzó a exorcizarlo y encontró una verdadera posesión. Otra peculiaridad suya: no era peleador, pero con él la gente se ponía nerviosa, gritaba, no dominaba sus propios nervios. Un día se había sentado con las piernas cruzadas en el descanso de las escaleras en el tercer piso. Los demás inquilinos subían y bajaban por las escaleras, le decían que se quitara de allí, pero él no se movía. En un determinado momento todos los inquilinos del edificio se encontraban en las gradas en los diversos pasillos, y gritaban y vociferaban contra Pierluigi. Alguien llamó a la policía; los padres del muchacho llamaron al P. Cándido, quien llegó casi al mismo tiempo que la policía y se había puesto a charlar con el muchacho para convencerlo de que entrara en casa. Pero los policías (tres jóvenes fuertes) le dijeron: "Aléjese, reverendo; éstas son cosas para nosotros". Cuando intentaron mover a Pierluigi, no lo pudieron mover un milímetro. Confusos y bañados en sudor, no sabían qué hacer. Entonces el P. Cándido les dijo: "Hagan entrar a cada uno en su apartamento"; y al instante hubo completo silencio. Luego añadió: "Ustedes bajen un tramo de las escaleras y estén atentos". Le obedecieron. Finalmente dijo a Pierluigi: "Tú eres bien hábil: sin decir una sola palabra has tenido en vilo a todos. Ahora, entra conmigo a casa". Lo tomó de la mano y él se levantó y lo siguió muy contento a donde lo esperaban sus padres. Con los exorcismos Pierluigi tuvo una buena mejoría, pero no la total liberación.

Uno de los casos más difíciles que recuerdo es el de un hombre, por un tiempo muy conocido, que por muchos años fue bendecido por el P. Cándido. También yo fui a bendecirlo a su casa, de donde no podía moverse. Le hice el exorcismo; no dijo nada (tenía un demonio mudo) y no noté la más mínima reacción. Cuando me fui,

tuvo una violenta reacción. Siempre sucedía así. Era anciano y fue totalmente liberado apenas a tiempo para terminar serenamente sus últimas semanas de vida.

Una madre estaba angustiada por las extrañezas que notaba en su hijito: en ciertos momentos resultaba con rabieta de loco, blasfemaba y luego, cuando se calmaba, no recordaba nada de este comportamiento suyo. No oraba y nunca habría aceptado recibir la bendición de un sacerdote. Un día, mientras estaba en el trabajo, y ya que como de costumbre había salido vestido con su overol de mecánico, la madre bendijo su ropa con la oración apropiada del Ritual. Al regresar del trabajo, el hijo se quitó el overol de mecánico y se puso su ropa sin sospechar nada. A los pocos segundos se quitó furioso la ropa casi rompiéndola y se puso nuevamente la ropa de trabajo sin decir nada; no fue posible que volviera a utilizar la ropa bendecida, que desde entonces distinguió muy bien de la demás de su guardarropa que no había sido bendecida. Este hecho demostraba de sobra la necesidad de exorcizar a aquel jovencito.

Dos jóvenes hermanos recurrieron a mis bendiciones, angustiados por los malestares de salud y por extraños ruidos en casa, que los molestaban sobre todo a determinadas horas de la noche. Al bendecirlos noté leves negatividades y les di los consejos oportunos acerca de la frecuencia de los sacramentos, la oración intensa, el uso de los tres sacramentales (agua, aceite, sal exorcizados), y los invité a regresar. Del interrogatorio resultó que estos inconvenientes habían comenzado desde cuando sus padres habían decidido tomar a su cargo al abuelo, que había quedado solo. Era un hombre que blasfemaba continuamente, imprecaba y maldecía a todo y a todos. El llorado P. Tomaselli decía que quizás basta un blasfemador en casa para arruinar a toda una familia con presencias diabólicas. Este caso era una prueba de ello.

Un mismo demonio puede estar presente en varias personas. La niña se llamaba Pina; el demonio había anunciado que a la noche siguiente se iría. El P. Cándido, aunque sabía que en estos casos casi siempre mienten los demonios, se hizo ayudar por otros exorcistas y solicitó la presencia de un médico. A veces, para tener bien sujeta a la endemoniada, la recostaban en un largo tablón; ella se retorció y cada rato se caía al suelo; pero en el último momento de la caída, se levantaba como si una mano la sostuviera; por esto nunca se hizo daño. Después de haber trabajado en vano toda la tarde y media noche, los exorcistas decidieron desistir. A la mañana siguiente, el P. Cándido estaba exorcizando a un muchachito de unos seis o siete

años. Y el diablo que estaba dentro de aquel niño comenzó a cantar al padre: “Esta noche ustedes trabajaron mucho, pero no pudieron nada. Nos hemos burlado. ¡Yo también estaba allí!”.

Al exorcizar a una niña, el P. Cándido le preguntó al demonio cómo se llamaba. “Zabulón”, respondió. Terminado el exorcismo mandó a la niña a orar delante del sagrario. Le llegó el turro a otra niña también poseída, y también a este demonio le preguntó el nombre el P. Cándido. “Zabulón”, fue la respuesta. “¿Eres el mismo que estaba en la otra? Quiero una señal. Te mando en nombre de Dios, que vuelvas a la que vino primero”. La niña emitió una especie de alarido y luego, de golpe, susurró y quedó en calma. Entretanto los circunstantes oyeron que la otra niña, la que estaba orando, continuaba el mismo alarido. Entonces el P. Cándido le ordenó: “Vuelve acá de nuevo”. De inmediato la niña presente prosiguió su alarido mientras la anterior continuaba en oración. En episodios como éste la posesión es evidente.

Como es evidente en ciertas respuestas acertadas, en especial de niños. A un niño de 11 años el P. Cándido quiso hacerle preguntas difíciles cuando se reveló en él la presencia del demonio. Lo interrogó: “Sobre la tierra hay grandes sabios, altísimas inteligencias que niegan la existencia de Dios y la existencia de ustedes. ¿Tú qué dices de esto?”. El niño repuso de inmediato: “¡Vaya inteligencias altísimas! ¡Son altísimas ignorancias!”. Y el P. Cándido continuó, con la intención de referirse a los demonios: “Hay otros que niegan a Dios conscientemente con su voluntad. Para ti ¿qué son?”. El pequeño obseso se paró con furor: “¡Cuidado! Recuerda que nosotros quisimos reivindicar nuestra libertad frente a El. Le dijimos no, para siempre”. El exorcista le replicó: “Explícamelo y dime qué sentido tiene reivindicar la propia libertad frente a Dios cuando separado de El tú no eres nada, como yo. Es como si en el número 10 el *cero* quisiera emanciparse del *uno*. ¿Qué llegarías a ser? ¿Qué habrás realizado? Yo te mando en nombre de Dios: dime, ¿qué has realizado de positivo? Vamos, habla”. Aquel, lleno de rabia y terror, se contorsionaba, echaba espumarajos, lloraba en un modo terrible, inconcebible en un niño de 11 años y decía: “¡No me hagas este proceso! ¡No me hagas este proceso!”.

Muchos se preguntan si es posible llegar a tener la seguridad de hablar con el demonio. En casos como éste, no queda duda. Otro episodio.

Un día el P. Cándido exorcizaba a una muchacha de 17 años, campesina, acostumbrada a hablar en su dialecto, por lo cual sabía

mal el italiano. Estaban presentes otros dos sacerdotes que, cuando emergió la presencia de Satanás, no dejaban de hacerle preguntas. El P. Cándido, mientras seguía recitando las fórmulas en latín, le mezcló las palabras en griego: “¡Calla, basta!”. Súbitamente la muchacha se volvió hacia él: “¿Por qué me mandas callar? ¡Díselo más bien a estos dos que siguen preguntándome!”.

El P. Cándido le ha preguntado muchas veces al demonio en personas de cualquier edad; pero prefiere hacerles la pregunta a los niños, porque es más evidente que dan respuestas que no están al alcance de su edad; en esos casos es más cierta la presencia del demonio. Un día preguntó a una niña de 13 años: “Dos enemigos que durante la vida se han odiado a muerte y terminan ambos en el infierno, ¿qué relación tienen entre ellos habiendo de estar los dos juntos por toda la eternidad?”. Esta fue la respuesta: “¡Qué tonto eres! Allí cada uno vive replegado en sí mismo y desgarrado por sus remordimientos. No existe ninguna relación con nadie; cada cual se encuentra en la soledad más absoluta, llorando desesperadamente el mal que ha hecho. Es como un cementerio”.

LAS PRIMERAS “BENDICIONES”

Es útil usar un lenguaje eufemista con este tipo de pacientes. Siempre llamo a los exorcismos *bendiciones*; las presencias del maligno, una vez comprobadas, las llamo *negatividades*. Y es una ventaja que las oraciones sean en latín. Todo esto porque no se deben utilizar lenguajes alarmistas que podrían ser contraproducentes al causar sugerencias engañosas. Hay algunos que andan con la manía de que tienen un demonio; se puede estar casi seguros de que no tienen nada. Para su mente confusa, el hecho de recibir un exorcismo puede convertirse en una prueba segura de que tienen un demonio; y nadie se lo sacará de la cabeza. Cuando no conozco todavía bien a las personas insisto en decir que doy una bendición, aunque estoy de hecho realizando un exorcismo; muchas veces doy simplemente la bendición del Ritual de los enfermos.

El sacramental completo comprende extensas oraciones de introducción seguidas de tres exorcismos en sentido estricto: son diversos, complementarios, y siguen una sucesión lógica hacia la liberación. No me importa la época en que fueron establecidos (¿1614?); de hecho son fruto de una experiencia directa muy prolongada. Quienes los escribieron los experimentaron muy bien, sopesando la repercusión que cada frase tenía sobre personas endemoniadas. Existe una pequeña laguna a la cual el P. Cándido puso remedio inmediato; y con él también yo. Por ejemplo, falta una invocación mariana. En cada uno de los tres exorcismos la hemos añadido sirviéndonos de las palabras usadas en el exorcismo de León XIII. Pero son pequeñeces.

Ya dije que el exorcismo puede durar pocos minutos y varias horas. La primera vez que se exorciza a una persona, aunque desde un principio se haya percibido que presenta negatividades, es mejor ser breves: una oración introductoria y uno de los tres exorcismos; en general escojo el primero, que da también la oportunidad de la sagrada unción. El Ritual no habla de ella, como tampoco habla de muchas otras cosas que diremos; pero la experiencia nos ha enseñado (inspirándonos en la unción que se hace en el rito del Bautismo) que es muy eficaz el uso del óleo de los catecúmenos con las palabras: “*Sit nominis tui signo famulus tuus munitus*”. El demonio trata de ocultarse, de no ser descubierto para no ser expulsado. Por esto puede suceder que las primeras veces manifieste poco o nada su presencia. Pero luego la fuerza de los exorcismos lo obliga a salir al descubierto. Y hay varios modos de provocarlo; entre ellos, la unción.

El Ritual no precisa la posición que debe tomar el exorcista: hay quien se pone de pie, quien sentado, quien a la derecha, quien a la izquierda del obseso, o detrás. El Ritual precisa solamente que, desde las palabras: *Ecce crucem Domini* se coloque una punta de la estola sobre el cuello del paciente y que el sacerdote mantenga la mano derecha sobre la cabeza del mismo. Nosotros hemos visto que el demonio es muy sensible en los cinco sentidos (“por allí entro”, me dijo un día) y sobre todo en los ojos. Entonces nos hemos acostumbrado, el P. Cándido y sus alumnos, a tener ligeramente dos dedos sobre los ojos y alzar los párpados en determinados momentos de las oraciones. Casi siempre sucede que en los casos de presencia maléfica, los ojos se ponen enteramente blancos; apenas se ve de qué lado están las pupilas: si arriba o abajo; y a veces se requiere la ayuda de la otra mano.

La posición de las pupilas es significativa para saber la especie de demonios y el tipo de perturbación. En los muchos interrogatorios, siempre los demonios se han clasificado según una doble distribución, inspirada en el capítulo 9 del Apocalipsis: si las pupilas están arriba, se trata de *escorpiones*, si están abajo se trata de *serpientes*. Los escorpiones tienen como jefe a Lucifer (nombre quizás extrabíblico pero con raíces en la tradición); las serpientes tienen como jefe a Satanás, que también gobierna a Lucifer (pero podría ser un mismo demonio) y a todos los demonios. Hago notar que la palabra “diablo” en la Biblia no tiene un sentido genérico, como demonio, sino que indica siempre y solamente a Satanás; otro nombre de Satanás es Beelzebul. Para muchos, también Lucifer es sinónimo de

Satanás; no me detengo a profundizar en esta cuestión; según mi experiencia se trata de dos demonios diferentes.

Los demonios son muy reacios a hablar; hay que forzarlos y hablan solamente en los casos más graves, los de auténtica posesión. A veces son espontáneamente muy conversadores: es un truco para distraer al exorcista de la necesaria concentración y también para no responder a las preguntas útiles cuando son interrogados. En el interrogatorio es muy importante atenerse a las reglas del Ritual: no hacer preguntas inútiles o de curiosidad, sino preguntar el nombre, si están otros demonios y cuántos, cuándo y cómo entró el maligno en aquel cuerpo y cuándo saldrá. Si la presencia del demonio se debe a un maleficio, se interroga sobre la forma en que fue hecho el maleficio. Si la persona ha comido o bebido cosas maléficas, debe vomitarlas; si hay alguna hechicería escondida, hay que hacerle decir dónde se encuentra para quemarla con las debidas precauciones.

Durante el curso de los exorcismos, si hay una presencia maléfica, ésta surge poco a poco, o, en algunos casos con explosiones sorprendidas. El exorcista irá conociendo cada vez más la fuerza y la gravedad del mal: si se trata de *posesión*, de *vejación*, o de *obsesión*; si es mal de poca monta o si está fuertemente arraigado. Es difícil encontrar textos que den claras explicaciones sobre este terreno. Yo uso este criterio: (nótese que este es el momento en que el demonio está más obligado a salir al descubierto, cuando es presionado por la fuerza del exorcismo mismo; él puede asaltar a la persona también en otros momentos, pero generalmente en forma menos grave) si una persona durante los exorcismos entra completamente en *trance*, si habla, es el demonio quien habla por su boca, y si se desmaya, es que el demonio se está sirviendo de sus miembros, y al final del exorcismo el individuo no recordará nada de lo que sucedió, entonces se trata de *posesión diabólica*; es decir, la persona tiene un demonio dentro, que actúa por los miembros de esa persona. Pero si una persona, durante los exorcismos, aun teniendo alguna reacción que revele el asalto demoníaco, no pierde del todo el conocimiento y al final recuerda aunque sea vagamente lo que oyó o hizo, entonces es *vejación diabólica*: no hay un diablo establecido dentro del cuerpo de la persona; sino que es un diablo que de vez en cuando lo asalta y le provoca disturbios físicos y psíquicos. Pero no siempre es así.

No me detengo aquí a hablar de la tercera forma (además de la posesión y de la infestación), que es la *obsesión diabólica*: pensamientos obsesivos invencibles, que atormentan sobre todo de

noche, pero a veces en forma permanente. Nótese que en todos los casos la curación es la misma: oración, sacramentos, ayuno, vida cristiana, caridad, exorcismos.

Me detengo sobre todo a considerar algunos disturbios de carácter general, que pueden indicar una causa maléfica, aunque no siempre se trate de este mal: no son suficientes para un diagnóstico pero pueden ayudar a formularlo.

Las negatividades, es decir, los demonios, tienden a atacar al hombre en *cinco aspectos*, de modo más o menos grave, según la gravedad de la causa: la salud, los afectos, los negocios, el gusto de vivir, el deseo de morir.

En la salud. El maligno tiene el poder de causar males físicos y psíquicos. Ya he mencionado los dos males más comunes, de la cabeza y del estómago. En general estos males son males estables. Otros males son pasajeros, inclusive a menudo duran solamente lo que dura el exorcismo. Se trata de inflamaciones, heridas, moretones... El Ritual sugiere hacer sobre ellos el signo de la cruz y rociarlos con agua bendita. Muchas veces he visto la eficacia del solo hecho de imponerles encima la estola y apretar con la mano. Varias veces me ha sucedido el caso de mujeres que han venido a verme afligidas porque estaban a punto de ser operadas de tumores en los ovarios: así se deducía de los dolores y de la ecografía. Después de la bendición cesaban los dolores y en una nueva ecografía ya no aparecían los tumores y ya no se hablaba de operación. El P. Cándido ha vivido una rica casuística de graves males desaparecidos con sus bendiciones; incluso tumores cerebrales de los que los médicos estaban seguros. Naturalmente, estas cosas pueden sucederles solamente a aquellas personas que tienen negatividades y sobre quienes existen sospechas de que el mal depende del maligno.

En los afectos. El maligno puede producir nerviosismos insuprimibles, especialmente hacia las personas por quienes se es más amado. Así rompe matrimonios, trunca noviazgos; suscita litigios con vergüenza y escándalos en familias en donde en realidad todos se llevan bien; y siempre por motivos fútiles. Trunca las amistades; produce en la persona afectada la impresión de no ser querida en ningún lugar, de estar cansada, de que debe aislarse de todos. Incomprensión, no amor, vacío afectivo total, imposibilidad de casarse. Este es también un caso muy común: cada vez que se comienza una relación de amistad que podría desembocar en amor, o inclusive ya hecha una declaración abierta, de repente todo se esfuma sin motivo.

En los negocios. Imposibilidad de encontrar trabajo, inclusive estando con la casi certeza de un empleo; los motivos no se pueden encontrar o son absurdos. O también personas que encuentran el trabajo pero luego, por motivos fútiles lo dejan; difícilmente encuentran otro trabajo, y luego, o no se presentan, o también lo dejan, con una ligereza que a los familiares les parece inconsciencia o anormalidad. He visto familias muy solventes que han caído en la más profunda miseria por motivos humanamente inexplicables. A veces han sido grandes industriales a quienes de repente por motivos extraños todo se les ha comenzado a derrumbar; otras veces grandes empresarios han comenzado repentinamente a cometer errores enormes, hasta llevarlos a quedarse con un montón de deudas; otras veces comerciantes que tenían negocios muy prósperos, de pronto han comenzado a ver que nadie entraba en sus locales. En resumen, se trata de la imposibilidad de encontrar cualquier trabajo, del paso de la normalidad económica a la miseria, de un intenso trabajo a la desocupación. Y siempre sin motivos razonables.

En el gusto de vivir. Es lógico que los males físicos, el aislamiento afectivo, la quiebra económica lleven a un pesimismo por el cual la vida es vista solamente en lo negativo. Llega una especie de incapacidad para el optimismo o al menos para la esperanza; la vida toda aparece negra, sin posibilidad de salidas, insoportable.

En el deseo de morir. Es el punto final que se ha prefijado el maligno: hacer llegar a la desesperación y al suicidio. Y debo decir de una vez que cuando uno se pone bajo la protección de la Iglesia, así sea con una sola bendición, este quinto punto queda excluido. Parece revivir todo lo que el Señor permitió al demonio para con Job: “¡Ahí lo tienes en tus manos! Pero respeta su vida” (Jb 2, 6). Podría contar una serie de episodios en los que, con intervenciones que tienen algo de milagroso, el Señor ha salvado a ciertas personas del suicidio.

Muchos cuando yo exponía estos cinco puntos, los tenían todos, aunque con diverso grado de gravedad. Debo repetir que estos males pueden ser consecuencia de una presencia maléfica, pero pueden tener otras causas: no son suficientes ellos solos para concluir que una persona está poseída o infestada por el maligno.

Sobre el quinto punto, deseo de morir e intentos de suicidio, al ser el aspecto más grave, quisiera presentar por lo menos dos ejemplos. Me ha sucedido el caso de una enfermera profesional que, en fase de crisis aguda, no pudiendo más, hizo un razonamiento ente-

ramente ilógico. Debía hacer una transfusión de sangre. Pensó: “Inyecta otro grupo sanguíneo, el enfermo se muere, yo soy arrestada y así me refugio en la prisión”. Hizo cuanto se había propuesto bien segura de haber usado para la transfusión otro grupo sanguíneo. Se fue a su aposento a esperar que llegaran a arrestarla. Pero pasaban las horas en vano. La transfusión había tenido pleno éxito (no se sabe cómo) y la enfermera pensó sólo en arrepentirse de su estupidez.

Giancarlo, un joven de 25 años, parecía lleno de salud y de vivacidad. Pero tenía un “inquilino” que lo atormentaba atrozmente. Los exorcismos le daban un poco de alivio, pero demasiado poco. Una noche decidió ponerle fin, como ya lo había intentado otras veces. Caminó a lo largo de los rieles de una importante línea ferroviaria, llegó a una amplia curva y allí se quedó sobre los rieles de uno de los dos binarios. Con la sola ayuda de un saco de dormir, resistió en aquella incómoda posición unas cuatro o cinco horas. Pasaron varios trenes en ambas direcciones; pero todos por el otro binario. Y ningún maquinista o ferroviario se dio cuenta de su presencia. Este es el hecho; para mí es imposible darle una explicación natural.

Le pregunté al P. Cándido si en su tan larga experiencia había tenido casos mortales en personas a quienes bendecía. Ha tenido uno solo y me lo contó. Una muchacha de Roma, reducida a graves condiciones por una posesión total del maligno, había comenzado a visitarlo para ser exorcizada. Ya comenzaba a tener alguna mejoría, aunque le era muy duro combatir las tentaciones de suicidio. Su madre fue un día a ver al P. Cándido; era una mujer que creía que su hija era una obsesa y le dirigía continuos reproches. Ante las explicaciones del P. Cándido se mostró convencida, pero en realidad no era así. Un día mientras la hija confiaba a la madre sus continuas tentaciones de suicidarse, esta madre indigna le hizo una de las acostumbradas escenas: “Eres una obsesa, no eres buena para nada, no eres capaz ni siquiera de matarte. ¡Inténtalo!”, y diciendo esto abrió la ventana. La hija se lanzó y murió en el acto. Este es el único caso de suicidio que le ha sucedido al P. Cándido por parte de una persona a quien estaba bendiciendo. Pero aquí es más que evidente la culpa de la madre, que ya tenía otras culpas por la condición en que se encontraba su hija.

Ya aludimos a la duración de los exorcismos y a lo imprevisible del tiempo que se necesita para llegar a la liberación. Es muy importante la colaboración activa del sujeto; pero, a veces, a pesar de ésta, se llega solamente a mejorías, no a la curación. Un día el P.

Cándido estaba exorcizando a un jovencito alto y robusto, de los que hacen sudar al exorcista porque exigen también un gran esfuerzo físico. Parece a veces darse una auténtica lucha. Desde el comienzo aquel joven había dicho al padre: “No sé si convenga que usted me exorcice hoy; tengo la impresión de que le haré daño”. En efecto fue una verdadera lucha entre los dos, con éxito incierto sobre quién haya prevalecido. De pronto el joven se desmayó poco después, también el P. Cándido cayó sobre el joven. Me decía sonriendo: “Si alguien hubiera entrado en aquel momento, no habría comprendido quién era el exorcista y quién el obseso”. Luego el padre se repuso y continuó el exorcismo hasta el final. Después de no muchos días, el P. Pío le mandó decir: “No pierda tiempo y fuerzas con ese joven. Todo es trabajo perdido”. Con su intuición que venía de lo alto, el P. Pío había comprendido que en aquel caso no se lograría nada. Los hechos confirmaron sus palabras.

Quiero añadir una observación: *la posesión diabólica no es un mal contagioso ni para los familiares, ni para quien asiste, ni para los lugares en donde se llevan a cabo los exorcismos*. Es importante decirlo claro porque a menudo los exorcistas encontramos mucha dificultad para hallar lugares en donde poder administrar este sacramental. Y muchos rechazos dependen precisamente del temor de que el local quede “infestado”. Es necesario que por lo menos los sacerdotes sepan que la presencia de los obsesos y los exorcismos hechos a ellos no dejan ninguna consecuencia ni en los lugares ni en las personas que los habitan. Más bien debemos temer el pecado; un pecador endurecido, un blasfemador, puede perjudicar a su familia, los lugares de trabajo, los lugares que frecuenta.

Presento algunos casos que escojo no entre los hechos más ruidosos que me han sucedido, sino entre los típicos, más comunes. Una muchacha de 16 años, Ana María, estaba angustiada porque de un tiempo atrás no lograba tener éxito en los estudios (anteriormente no había tenido dificultad) y oía en casa ruidos extraños. Vino a verme acompañada de sus padres y de su hermana. La bendije, notando un pequeño signo de negatividad. Luego bendije a la madre, que acusaba alguna perturbación. Cuando le puse las manos sobre la cabeza, ella dio un gran alarido y cayó por tierra desde la silla en que estaba sentada. Hice salir a las dos hermanas y continué el exorcismo, asistido por su esposo; noté una negatividad mucho más fuerte que en la hija. Para Ana María bastaron tres bendiciones: era precisamente un caso débil y remediado enseguida. Para la madre se necesitaron algunos meses, a un ritmo de una bendición por semana,

y curó enteramente, mucho antes de lo que yo había previsto por las reacciones a la primera bendición.

Juana, una señora de unos 30 años, madre de tres hijos, fue enviada a verme por su confesor. Acusaba males de cabeza, de estómago y desvanecimientos. Para los médicos estaba enteramente sana. Poco a poco fue aflorando el mal, o sea la presencia de tres demonios, cada uno de los cuales había entrado en ella a consecuencia de hechicerías, en tres momentos diferentes de su vida. La hechicería más fuerte le había sido hecha por una muchacha que, antes del matrimonio de Juana, aspiraba a casarse con el prometido de Juana. Era una familia de intensa oración y así los exorcismos se facilitaron; dos demonios salieron bastante pronto, pero el tercero fue más duro. Se necesitaron casi tres años de bendiciones al ritmo de una por semana.

Con cita previa vino a verme Marcela, una muchacha rubia de 19 años, con aire desembarazado. Sufría por los males de estómago punzantes y por un comportamiento que no lograba dominar ni en casa ni en el trabajo: daba respuestas ofensivas, acres, sin poder refrenarse. Para los médicos no tenía nada. Cuando le puse las manos sobre los párpados, al comienzo de la bendición, mostró los ojos enteramente blancos, con las pupilas apenas perceptibles hacia abajo, y estalló en una risa irónica. Apenas tuve tiempo para pensar que allí estaba Satanás, cuando oí que me decía: “Yo soy Satanás”, con una nueva risotada. Poco a poco Marcela intensificó su vida de oración, se hizo constante en la comunión y en el rosario diario, en la confesión semanal (¡la confesión es más fuerte que un exorcismo!). Tuvo una progresiva mejoría, salvo algún paso atrás cuando disminuía el ritmo de oración, y se curó sólo después de dos años.

José, de 28 años, me visitó acompañado de su madre y su hermana. Vi de inmediato que había venido solamente por agradecer a sus seres queridos. Se sentía un fuerte olor a humo; se drogaba, distribuía droga, blasfemaba. Era inútil hablar de oración y de sacramentos. Traté de disponerlo buenamente, para que aceptara con buena voluntad mi bendición. Esta fue brevísima: el demonio se manifestó de inmediato en forma violenta y suspendí inmediatamente. Cuando le dije a José lo que tenía, me respondió: “Lo sabía ya y estoy contento así; con el demonio estoy bien”.

No lo he visto más.

Sor Angela, aunque joven, cuando vino a verme ya estaba reducida a condiciones lastimosas; casi no alcanzaba a hablar, mucho

menos a orar. Sufría en todo el cuerpo, no había parte en ella que no mostrara sufrimiento. Le atronaban en la cabeza continuas blasfemias y a menudo oía rumores extraños que también oían las otras hermanas. El comienzo de todos los males fue la maldición (y quizás la hechicería) de un sacerdote indigno; sor Angela ofrecía todos sus sufrimientos por el bien de su congregación. Después de muchas bendiciones, de las cuales sacó algún provecho, fue trasladada a otra ciudad. Espero que haya encontrado otro exorcista para continuar la obra de liberación.

De entre los casos tremendos de hechicerías sobre toda una familia, describo uno. El padre, comerciante muy bien establecido, se vio de improviso sin pedidos, por motivos inexplicables. Tenía los almacenes llenos de mercancías; pero ningún cliente aparecía. Una vez, había logrado vender cierta cantidad, pero el camión encargado de retirar la mercancía se dañó repetidamente sin llegar al destino, por lo cual se desbarató el contrato. Otra vez, con gran dificultad había logrado combinar una venta, llegó el camión, pero nadie pudo abrir la cerradura del almacén; también aquí fracasó el negocio. Una hija casada, en ese mismo tiempo, fue abandonada por el esposo; la otra hija, la víspera de la boda, cuando ya estaba la casa completamente arreglada, fue dejada por el novio sin decir por qué. Además, aparecieron disturbios de salud y ruidos en la casa, como casi siempre sucede en estos casos. Parecía no saber por dónde comenzar. También aquí, además de las recomendaciones de costumbre sobre la oración, la frecuencia de los sacramentos, una vida cristiana vivida coherentemente, comencé a bendecir a todos los miembros de la familia. Después exorcicé y celebré la Eucaristía en la habitación y en los lugares de trabajo del padre. Los resultados comenzaron a ser evidentes después de un año y han continuado con constancia, aunque lentamente. ¡Ciertamente son duras pruebas de fe y de perseverancia!

Antonia, una muchacha de veinte años, se me presentó acompañada de su padre, que era pastelero. En esos mismos días la hija había tomado un cariz de vidente: oía voces extrañas, no lograba ni dormir ni trabajar; el padre había comenzado a sufrir dolores de estómago que no lograban calmar médicos ni medicinas. Cuando bendije a la hija, vi que se trataba de una ligera negatividad; le dije que se la podía sacar con pocas bendiciones, salvo sorpresas. Pero cuando bendije al padre, éste entró completamente en trance, aunque permaneció mudo y no hizo nada raro. Cuando volvió en sí, me cuenta de que no recordaba nada. Entonces le recomendé a la hija

que no le dijera al padre lo que le había sucedido, para no asustarlo, pero que volvieran ambos. En casa, la hija no pudo aguantarse y le contó todo; el padre se asustó de haber entrado en trance y se fue... a un mago. Sé por la persona que me los había enviado, que están mal los dos, pero no han vuelto a verme. Me ha sucedido otras veces, que algunas personas, desalentadas por la lentitud de la curación, se han dirigido a magos, con pésimas consecuencias. Dios los creó libres; también son libres de arruinarse.

COMO SE COMPORTA EL DEMONIO

Digámoslo de una vez, como línea general, que el demonio hace de todo para no ser descubierto; que es muy avaro de palabras, que busca todos los medios para desalentar al paciente y al exorcista. Para mayor claridad distinguimos este comportamiento en cuatro fases: antes de ser descubierto, durante los exorcismos, cuando está cerca la salida, después de la liberación. Advertimos también que no existen nunca dos casos iguales. El comportamiento del maligno es muy variado e imprevisible. Lo que escribimos se refiere solamente a ciertos aspectos del comportamiento que más frecuentemente se han presentado.

1- *Antes de ser descubierto.* El demonio causa disturbios físicos y psíquicos por los cuales la persona afectada es tratada por médicos sin que nadie sospeche el verdadero origen del mal. A veces los médicos curan los disturbios después de largo tiempo, probando varios medicamentos que resultan siempre inapropiados; por eso es común el hecho de que el paciente cambie varias veces de médico, acusándolo de no entender su mal. Más difícil es la curación de los males psíquicos; muchas veces los especialistas no encuentran nada (esto sucede con frecuencia inclusive para los males físicos) y la persona pasa a los ojos de los familiares como una obsesa. Una de las cruces más pesadas de estos “enfermos” es la de que ni se les comprende ni se les cree. Casi siempre sucede que antes o después, tocadas en vano las puertas de la medicina oficial, estas personas busquen curanderos, o peor, magos, quiromantes, hechiceras. Y así los males aumentan.

Normalmente quien recurre al exorcista (por sugerencia de algún amigo; rarísimas veces por sugerencia de sacerdotes), ya ha ido a visitar varios médicos y les ha cogido plena desconfianza, y la mayoría de las veces ya ha ido donde magos y similares. La falta de fe o por lo menos el hecho de no ser practicantes, unido a la grande e injustificada carencia eclesiástica en este campo, hacen comprender tal comportamiento. Casi siempre es un verdadero caso fortuito que alguien dé a conocer la existencia de los exorcistas.

Téngase en cuenta que el demonio, aun en los casos de posesión total (en que él actúa o habla sirviéndose de los miembros del afectado) no actúa de continuo, sino que alterna su acción (llamada en general "momento de crisis") con pausas de reposo más o menos largas. Salvo los casos más graves, la persona puede atender a sus compromisos de estudio o de trabajo de manera que parece normal, aunque en realidad sólo él sabe a precio de cuánto esfuerzo.

2- *Durante los exorcismos.* En un principio el demonio hace todo lo posible para no ser descubierto o por lo menos para esconder la gravedad de la posesión, aunque no siempre lo logra. Presionado por la fuerza de los exorcismos, a veces es inducido a manifestarse desde la primera oración; otras veces se necesitan más exorcismos. Recuerdo a un joven que en la primera bendición dio solamente algún signo de sospecha; pensé: "Es un caso fácil; lo saco con esta bendición y alguna más". La segunda vez se puso furioso y desde entonces yo no comenzaba el exorcismo sino con la ayuda de cuatro hombres fuertes que lo sostuvieran.

En otros casos debe madurar la hora de Dios. Recuerdo una persona que había estado con varios exorcistas, inclusive conmigo, sin que se lograra nada particular. Un buen día el demonio se manifestó por lo que era, y desde entonces procedimos regularmente con la frecuencia necesaria para liberar a los posesos. En ciertos casos, ya en la primera o en la segunda bendición, el demonio muestra toda su fuerza, que varía de persona a persona; otras veces esta manifestación es progresiva: algunos afectados al parecer cada vez presentan nuevos males. Da la impresión de que todo el mal que tienen dentro debe aparecer poco a poco para poder ser extirpado.

El demonio reacciona de formas muy diversas a las oraciones y a los mandatos. Muchas veces se esfuerza por parecer indiferente; pero en realidad sufre y sigue sufriendo cada vez más, hasta que se llega a la liberación. Algunos posesos permanecen inmóviles y silenciosos, y reaccionan sólo con los ojos si son provocados. Otros se

desmayan y necesitan ser sostenidos, para que no se hagan mal; otros se lamentan, en especial si se aprieta la estola en las partes que duelen, como indica el Ritual, o también si se hace un signo de la cruz o se rocía con agua bendita. Son pocos los furiosos y éstos deben ser tenidos con firmeza por las personas que ayudan al exorcista, o por sus familiares.

En cuanto a hablar, generalmente los demonios se muestran muy reacios. Justamente el Ritual recomienda no hacer preguntas por curiosidad y preguntar sólo aquello que contribuye a la liberación. Lo primero que hay que preguntar es el nombre; para el demonio, tan ajeno a manifestarse, revelar su nombre es una derrota; y cuando lo ha dicho, también en todos los exorcismos siguientes se muestra siempre reluctante a repetirlo. Después se impone al maligno que diga cuántos demonios están presentes en aquel cuerpo. Pueden ser muchos o pocos, pero siempre hay un jefe, el indicado por el primer nombre. Cuando el demonio tiene un nombre bíblico o dado por la tradición (por ejemplo: *Satanás* o *Beelzebub*, *Lucifer*, *Zabulón*, *Meridiano*, *Asmodeo*...) se trata de "peces gordos", más duros de vencer. Pero la dificultad viene mucho más por la fuerza con que un demonio se ha posesionado de una persona. Cuando hay más demonios, el jefe es siempre el último en salir.

La fuerza de la posesión también proviene de la reacción del demonio a los nombres sagrados. En general tales nombres no son pronunciados por el maligno y no pueden ser pronunciados; son sustituidos por otras expresiones: "El" indica a Dios o Jesús; "Ella", indica a María. Otras veces dicen: "Tu jefe" o "tu señora", para indicar a Jesús o a María. Pero si la posesión es muy fuerte y el demonio es de alto nivel (repetimos que los demonios conservan el nivel jerárquico que tenían cuando eran ángeles, como tronos, principados, dominaciones...), entonces es posible que pronuncien el nombre de Dios y de la Virgen junto con horribles blasfemias.

Muchos creen, quién sabe por qué, que los demonios son charlatanes y que si uno asiste a un exorcismo, el demonio va a decirle en público todos sus pecados. Es una creencia falsa; los demonios son reacios a hablar y cuando son charlatanes dicen cosas insulsas para distraer al exorcista y para rehuir sus preguntas. Puede darse alguna excepción. Un día el P. Cándido había invitado a asistir a sus exorcismos a un sacerdote que se jactaba de no creer en ellos. Aquel sacerdote se hizo presente y se comportaba con un aire casi de desprecio, con los brazos cruzados, sin orar (como deben hacerlo

siempre los presentes) y con una sonrisa irónica. Un buen momento el demonio se dirigió a él: “Tú dices que no crees en mí. Pero crees en las mujeres; en ellas sí que crees; ¡y cómo les crees!”. Aquel pobre hombre muy calladito fue retrocediendo hasta ganar la puerta y se escabulló rápidamente.

Otra vez el demonio reveló los pecados para desalentar al exorcista. Era un joven apuesto a quien el P. Cándido estaba bendiciendo; y dentro de sí tenía un demonio más grande que él. Fue precisamente el demonio quien intentó primero desalentar al exorcista: “¿No ves que pierdes el tiempo con éste? El nunca ora, frecuenta..., hace...”, y siguió una larga serie de pecadotes. Terminado el exorcismo, el P. Cándido intentó convencer a aquel joven, con buenas maneras de que hiciera una confesión general. Pero él no quería saber nada de eso. Fue necesario llevarlo casi a la fuerza al confesionario; y allí se atrevió a decir que no tenía nada de qué acusarse. “¿Pero no has hecho esto tal día?”, le insistió el P. Cándido. Y él, desconcertado, debió confesar su culpa. “¿Y no has hecho esto quizás?”, y el afectado, cada vez más confuso, debió admitir uno por uno todos los pecados que el padre le recordaba, valiéndose de las declaraciones del demonio. Finalmente recibió la absolución. Y aquel joven se fue desconcertado: “¡Ya no entiendo nada! ¡Estos curas lo saben todo!”.

Otras preguntas que sugiere el Ritual se refieren al tiempo que lleva el demonio en posesión de aquel cuerpo, por qué motivo, y cosas similares. Hablaremos a su tiempo del comportamiento que debe tenerse en caso de hechicerías: las preguntas que se deben hacer y cómo actuar. Pero digamos de una vez, que el demonio es el príncipe de la mentira. Muy bien puede acusar a una u otra persona para hacer surgir sospechas o enemistades. Las respuestas del demonio tienen que sopesarse. Me limito a decir que, en general, el interrogatorio del demonio tiene escasa importancia. Por ejemplo muchas veces el demonio, cuando se veía que estaba muy debilitado, respondía a preguntas acerca de la fecha de su salida, y luego no salía en esa fecha. Un exorcista con la experiencia del P. Cándido, que percibe rápidamente con qué tipo de demonio tiene que habérselas y a menudo adivina hasta su nombre, hace muy pocos interrogatorios. A veces, a la pregunta sobre el nombre, oye que le responde: “Ya lo sabes”. Y es verdad.

Con frecuencia los demonios hablan espontáneamente, cuando se trata de posesiones fuertes, para tratar de desalentar o asustar al

exorcista. Varias veces he oído que me dicen frases como estas: “Tú no puedes nada contra mí”; “ésta es mi casa; aquí estoy bien y aquí me quedo”; “estás perdiendo tu tiempo”. O también amenazas: “Te comeré el corazón”; “esta noche no cerrarás los ojos de puro miedo”; “me meteré en tu cama en forma de serpiente”; “te tumbaré de la cama”... Luego, ante mis respuestas, se calla. Por ejemplo cuando le digo: “Estoy cubierto con el manto de María, ¿qué puedes hacerme?”; “tengo por patrono al arcángel Gabriel, lucha con él si puedes”; “tengo a mi ángel de la guarda que vela para que yo no sea tocado, tú no puedes hacer nada”, y cosas semejantes.

Siempre se encuentra algún punto particularmente débil. Ciertos demonios no soportan la cruz hecha con la estola sobre las partes adoloridas; otros no resisten al soplo en la cara; otros se oponen con todas las fuerzas a la aspersion con el agua bendita. También hay frases en las oraciones de exorcismo o en otras oraciones que puede hacer el exorcista, a las cuales el demonio reacciona violentamente o perdiendo las fuerzas. Entonces se recomienda en repetir aquellas frases como sugiere el Ritual. El exorcismo puede ser largo o breve, como el exorcista lo crea más útil, teniendo en cuenta varios factores. Con frecuencia es útil la presencia de un médico, no sólo para el diagnóstico inicial, sino también para aconsejar acerca de la duración del exorcismo. Sobre todo cuando el obseso no está bien (por ejemplo si está enfermo del corazón), o cuando no está bien el exorcista; en estos casos puede el médico aconsejar que se suspenda. En general es el exorcista quien debe captarlo, cuando ve que sería inútil proseguir.

3- *En la proximidad de la salida.* Es un momento delicado y difícil, que puede prolongarse por mucho tiempo. El demonio en parte demuestra haber perdido las fuerzas, en parte trata de lanzar los últimos ataques. A menudo se tiene esta impresión: mientras que en las enfermedades comunes el enfermo mejora progresivamente hasta la curación, aquí sucede lo contrario, es decir, la persona afectada siempre va peor, y a veces cuando ya no puede más, es cuando sucede la curación. No es que siempre sea así, pero éste es el caso más frecuente.

Para el demonio dejar a una persona y volver al infierno donde casi siempre es condenado, significa morir eternamente, perder toda posibilidad de mostrarse activo y de molestar a las personas. Y expresa su estado de desesperación con expresiones que a menudo se repiten durante los exorcismos: “Me muero, me muero”; “ya no

puedo más”; “basta, ¡así me están matando ustedes!”; “ustedes son unos asesinos, unos verdugos; todos los curas son asesinos”, y otras frases por el estilo. El contenido es completamente cambiado respecto a lo que decía durante los primeros exorcismos. Si entonces decía: “Tú no puedes hacer nada contra mí”; ahora dice: “Tú me matas; tú me has vencido”. Si antes decía que nunca saldría porque allí estaba bien, ahora afirma que está muy mal y quiere irse. Es un hecho que cada exorcismo es como arremeter contra el diablo a leñazos: él sufre mucho, pero también produce dolor y cansancio en la persona en quien se encuentra. Llega a confesar que durante los exorcismos está peor que en el infierno. Un día, mientras el P. Cándido exorcizaba a una persona próxima a la liberación, el demonio dijo abiertamente: “¿Crees que me iría si no estuviera peor aquí?”. Los exorcismos se le habían vuelto realmente insoportables.

Otro aspecto que se ha de tener presente para ayudar a las personas que están en vía de liberación, es que el demonio trata de comunicarles sus mismos sentimientos: al no poder más, comunica un estado de cansancio intolerable; él es un desesperado y trata de comunicar a la persona poseída su misma desesperación; él se siente acabado, con poco tiempo para vivir, incapaz ni siquiera de razonar correctamente, y transmite a la persona la impresión de que todo ha terminado, que su vida está en las últimas y se acentúa en él la convicción de estar muerto. Cuántas veces estas personas piden de corazón al exorcista: “¡Dígame francamente si estoy loco!”. Asimismo al obseso se le hacen cada vez más pesados los exorcismos y, a veces, si no viene acompañado o casi forzado, falta a la cita. He tenido precisamente casos de personas que, ya cerca o bastante cerca de la liberación, han dejado por completo las sesiones de exorcismo. Así como estos “enfermos” a menudo deben ser ayudados a orar, a ir al templo y también a acercarse a los sacramentos, porque solos no lo hacen, así tienen también necesidad de ser ayudados para someterse a los exorcismos, sobre todo en la fase conclusiva; y deben ser alentados continuamente.

Sin duda contribuye a estas dificultades el cansancio físico y un cierto sentimiento de desmoralización cuando se prolonga esta situación, con la impresión de que el mal ya se ha vuelto incurable. El demonio puede causar también males físicos y sobre todo psíquicos, de los cuales debe curarse por vía médica aun después de la curación. Pero es posible el caso de curaciones completas, sin que tenga que buscarse otros medios.

4- *Después de la liberación.* Es muy importante que la persona liberada no disminuya su ritmo de oración, su participación en sacramentos, su compromiso de vida cristiana. Y conviene que de vez en cuando pida de nuevo una bendición. Porque sucede con bastante frecuencia que el demonio vuelva a atacar, es decir, que intente regresar. No se necesita abrirle ninguna puerta. Quizás, más que de convalecencia, podemos hablar de un período de refuerzo que se requiere para asegurar la liberación alcanzada. He tenido un caso de recaída: no fue por negligencia del sujeto, es decir, él había mantenido con intensidad el ritmo de vida espiritual; por eso la segunda liberación fue relativamente fácil. Pero cuando la recaída ha sido favorecida por el hecho de haber abandonado la oración, y peor aún si se ha caído en un estado de pecado habitual, entonces la situación se agrava, como la describe el Evangelio de Mateo 12, 43-45: el demonio vuelve con otros siete espíritus peores que él.

No habrá pasado desapercibido el lector, lo hemos dicho y repetido, el hecho de que el demonio haga todo lo posible por ocultar su presencia. Ya es ésta una observación que ayuda (ciertamente esto no basta) para distinguir la posesión de ciertas formas de enfermedades psíquicas en que el paciente hace todo lo que puede por ser objeto de atención. El comportamiento del demonio es totalmente contrario.

EL TESTIMONIO DE UN AFECTADO

*E*ste capítulo no es mío; se trata de un testimonio escrito con una rara claridad. Aun para el exorcista más experto, es siempre difícil identificar y comprender lo que sienten los obsesos. E inclusive una infestación que pueda parecer de mediana gravedad, oculta sufrimientos que el mismo paciente difícilmente logra describir. Este ha sido el esfuerzo principal de G.G.M.: tratar de expresar lo inexpresable, confiando en ser entendido sobre todo por quien está afectado por un mal análogo.

«Todo comenzó después de los 16 años. Antes yo era un muchacho feliz, desenvuelto y alegre, aunque me perseguía siempre una cierta opresión y a cada momento se me decía: “Nosotros hacemos esto; y ¿tú?”. No entendía yo el porqué, pero en ese tiempo esto no era problema para mí. Vivía en una pequeña ciudad marítima; el mar, el alba y los campos me daban una ayuda notable para estar alejado de la melancolía. Después de los 16 años me trasladé a Roma, dejé la Iglesia y comencé a frecuentar todo lo que en una gran ciudad atrae a un forastero, es decir, todas aquellas situaciones extremas que en los lugares pequeños son prácticamente desconocidas. Muy pronto conocí drogadictos, vagabundos, muchachas fáciles y todo lo demás por el estilo. Sentía cierta prisa de aprender todo este “ruido” que me alejaba enormemente de la paz que tenía antes. Comencé a vivir en esta nueva dimensión artificiosa, saturada, nauseabunda.

Mi padre era muy opresivo, controlaba todos mis movimientos y siempre estaba disgustado conmigo. La suma de estos disgustos y de

todas las humillaciones que me daba me empujó a la calle como un trasto. Me fui de casa y conocí de cerca el hambre, el frío, el sueño y la maldad. Visitaba con frecuencia a mujeres ligeras y amigos pesados. Pronto surgió en mí una pregunta sin respuesta: “¿Por qué vivo? ¿Por qué me encuentro en la calle? ¿Por qué soy así y los demás, en cambio, tienen fuerzas para trabajar y sonreír?”.

En ese tiempo yo tenía una amiga que creía que el mal era más fuerte que el bien; hablaba de hechiceras, magos, y escribía cosas desorbitadas. Yo pensaba que ella era muy inteligente porque estaba más allá de la capacidad de un ser humano al escribir todas esas conjeturas sobre el mundo y la vida. Leí todos sus cuadernos y después la obligué a quemarlos delante de mí porque solamente hablaban del mal y me daba miedo tener esos papeles dando vueltas en la casa. Fui tan odiado por esta muchacha sin comprender el motivo; traté de ayudarle a salir de aquel hueco negro pero no lo logré; se burlaba de mí y del bien que yo le proponía.

Volví a casa con los míos, me enredé con otra muchacha peor que la primera y durante un año estuve triste, sin suerte y sintiéndome perseguido por todas las personas que conocía; me rodeaba una especie de oscuridad; la sonrisa había huido de mí y las lágrimas siempre estaban listas para mojar me el rostro. Estaba desesperado y de nuevo me pregunté: “¿Por qué vivo? ¿Quién soy yo? ¿Qué hace el hombre sobre la tierra?”. Naturalmente, en mi ambiente a nadie le interesaba todo esto y dentro de mí, en un momento de desesperación muy fuerte, grité con un hilo de voz: “¡Dios mío, estoy acabado! Heme ante ti... ¡ayúdame!”. Parece que fui escuchado; después de unos días la muchacha que tenía entró en una iglesia, hizo la comunión y se convirtió en un tiempo récord.

Yo, para no ser menos, hice lo mismo: di con una iglesia en donde llevaban en procesión a Nuestra Señora de Lourdes; me llamaron para ayudar a cargar la imagen y aunque avergonzado, lo hice y después estuve orgulloso de ello. Hice la comunión y quedé impresionado del confesor, que fue muy bueno y comprensivo conmigo.

Salí de allí diciendo: “¡Ahora sí! He llegado al bien”. Y aunque no sabía qué era el bien, sentía que así era. Una semana después, oí hablar de Medjugorje, el lugar donde la Virgen se aparecía desde 1981. Partí de inmediato con aquella muchacha, también movido por un prodigio que no acierto a describir. Volvimos a la Iglesia en forma plena, cambiamos de vida, comenzamos a amar a Dios más que a nosotros mismos, tanto que ella se hizo religiosa y yo pensé en el

sacerdocio. Ya no era capaz de contener mi alegría de tener un motivo para vivir y que la vida no se acaba aquí.

Pero esto solamente era el comienzo; en efecto, había “alguien” que no estaba contento de todo esto. Después de un año volví a Medjugorje y al regresar a Roma comencé a sentir el eco de aquella oscuridad en que vivía mi alma antes de descubrir a Dios. Al cabo de algunas semanas esta sensación que yo atribuía a la opresión de mi padre, a la condición de pobreza en que por varios motivos había vivido y a un tormento que yo creía normal sin entender que para los demás no era así; esta sensación, decía, se me hizo una realidad. Comencé a sufrir como nunca antes; sudaba, tenía fiebre y sentía que me habían abandonado las fuerzas, tanto que ni siquiera podía comer sin ayuda. Tenía la sensación de que sufría por algo distinto del cuerpo; en efecto, éste era como extraño a estos acontecimientos. Sentía una desesperación fortísima y veía, no sé con qué ojos, una oscuridad que obnubilaba no el cuarto donde estaba, no la cama en que desde meses atrás me hallaba, sino el futuro, las posibilidades de vida, la esperanza del mañana. Me sentía herido por un cuchillo invisible y sentía que quien empujaba este cuchillo me odiaba y quería algo más que mi muerte. Es muy difícil explicar con palabras, pero era así como lo he dicho.

Después de estar varios meses como un loco, cuando ya no razonaba, quisieron llevarme a un manicomio; yo ya no entendía lo que decía, porque vivía en otra dimensión: aquella en la cual sufría. La realidad como que estaba separada de mí. Era como si estuviera presente en el tiempo solamente con el cuerpo, pero el alma estuviera en otra parte, en un lugar horrible, donde no penetra la luz y no hay esperanzas.

Así permanecí durante muchos meses, entre la vida y la muerte y no sabía ya qué pensar. Perdí amigos, parientes y la comprensión de mis familiares. Estaba fuera del mundo y ya no me entendían, ni podía pretenderlo, sabiendo lo que tenía dentro, que nunca sabré describir. Casi me olvidé de Dios y aunque me dirigía a él con llantos y lamentos interminables, lo sentía lejano; con una lejanía que no se mide por kilómetros sino por negaciones; es decir, algo decía no a Dios, al bien, a la vida, a mí. Pensé en dirigirme a un hospital porque suponía que la fiebre que tenía desde meses atrás debía forzosamente depender de una causa física, y, quitada aquella, estaría mejor; y luego tendría que hacer alguna cosa.

En Roma, por la sola fiebre, ningún hospital me quería recibir y tuve que irme lejos, a 300 kilómetros, donde estuve 20 días sometido

a exámenes y pruebas de toda clase. Salí sin lograr nada y con una historia clínica que le habría dado envidia a un atleta: yo estaba sano como un pez, pero una apostilla decía que nadie se explicaba la fiebre y la cara hinchada y cadavérica.

Estaba blanco como una hoja de papel. Apenas salí del hospital, donde todos mis males se habían atenuado un poco, entré en una crisis fortísima, vomité muchas veces, sufrí todo lo que un hombre puede sufrir y me encontré en un punto desconocido de la ciudad; cómo había llegado allí, no lo sé; las piernas caminaban solas, los brazos eran independientes de la voluntad y así el resto del cuerpo. Fue una sensación horrible; les mandaba a mis articulaciones y no me obedecían; a nadie le deseo que sienta esto. Como si no fuera suficiente, volvió la oscuridad que, esta vez, se extendió del alma al cuerpo. Veía todo como si fuera de noche, siendo pleno día. El sufrimiento había llegado a las estrellas; comencé a gritar, a retorcerme en el suelo como si tuviera dentro un fuego e invoqué a la Virgen gritando: “Madre, madre, ten piedad. Madre, ¡te suplico! Madre mía, necesito gracia, me muero”. Los dolores no se atenuaron y el sufrimiento era tan exasperado que perdí el sentido de la orientación y, apoyándome en los muros llegué a una cabina telefónica; logré marcar el número apoyando la cabeza sobre los vidrios y el teléfono; me respondió la única persona que conocía y que vino a traerme a Roma. Antes de que llegara percibí, como por una enseñanza externa, que había visto el infierno; no a tocarlo o a vivirlo por dentro, sino sólo a verlo de lejos. Aquella experiencia cambió mi vida mucho más que la conversión de Medjugorje.

Pero todavía no pensaba en realidades ultraterrenas, sino que me explicaba todo con motivos psicológicos: desadaptación, padre opresivo, traumas infantiles, shocks emotivos y otras cosas más, que, como un buen esquema, explicaban muy bien el porqué de lo sucedido. Había estudiado psicología durante cinco años como autodidacta y así había llegado a formular un esquema según el cual era obvio que sufriera. El día de Nuestra Señora del Buen Consejo, y por esto creí al haberla invocado, un religioso me aconsejó que llamara por teléfono a un carismático que actuaba bajo la estricta tutela de un obispo y tenía el don del conocimiento. Este me dijo: “Te hicieron un hechizo mortal para atacar la mente y el corazón, y hace ocho meses comiste una fruta a la que habían hecho un maleficio”. Me eché a reír sin creerle ni una sola palabra; pero luego, reflexionando, sentí que dentro de mí volvía a nacer la esperanza. Olvidé esta sensación y pensé en el fruto descrito y en los ocho

meses anteriores. “Realmente, dije, comí ciertamente esa fruta”, y recordé claramente que no quería comerla por una repulsa instintiva contra la persona que me la ofrecía. Todo coincidía; entonces escuché también el consejo sobre el remedio que me sugirió, es decir, las bendiciones.

Busqué un exorcista y después de las varias risotadas de sacerdotes o de obispos y las humillaciones que me infirieron, a través de las cuales descubrí un aspecto de la Iglesia ensombrecido por sus mismos pastores, llegué al P. Amorth. Recuerdo muy bien aquel día; todavía no sabía qué era una bendición particular: pensaba en una señal de la cruz, como hace el sacerdote después de la misa. Me senté, él me puso la estola alrededor de los hombros y una mano sobre la cabeza; comenzó a orar en latín y yo no entendía nada. Después de un rato sentí un rocío fresco, más bien helado, que me bajaba de la cabeza al resto del cuerpo. Por primera vez después de casi un año me abandonaba la fiebre. No dije nada; él continuó y poco a poco volvió a vivir en mí la esperanza: la luz del día se volvía luz, el canto de los pájaros no se parecía al de los cuervos y los ruidos exteriores ya no eran obsesivos sino que se habían vuelto simples ruidos; porque vivía con taponos en los oídos porque el menor ruido me hacía saltar.

El P. Amorth me dijo que regresara, y al salir sentí unas grandes ganas de sonreír, de cantar, de alegrarme: “Qué bello, dije, se acabó”. Era cierto, enteramente cierto lo que yo había sentido: era la rabia de “alguien” que me odiaba y no una locura mía lo que me hacía tanto mal. “Es cierto, repetía solo en el auto, es verdad todo”. Hoy han pasado tres años y poco a poco, bendición tras bendición, he vuelto a la normalidad y he descubierto que la felicidad viene de Dios y no de nuestras conquistas o de nuestros afanes.

El mal, la llamada mala suerte, la tristeza, la angustia, el temblor de las piernas, la rigidez de los nervios, el agotamiento nervioso, el insomnio, el temor a la esquizofrenia o a la epilepsia (en efecto, tuve algunas caídas) y tantas otras enfermedades de que yo era víctima, desaparecían al son de una simple bendición. Durante tres años he tenido prueba sobre prueba que demuestran, naturalmente sólo a mí, que el demonio existe y actúa mucho más de lo que creemos y que hace cuanto puede para no dejarse descubrir; hasta intenta convencernos de que estamos enfermos de esto o aquello, cuando realmente es él el autor de todo mal y tiembla ante un sacerdote con el aspersorio en la mano.

He querido describir esta experiencia mía para invitar a cuantos la lean a examinar este aspecto de nuestra vida que yo, infortunadamente, he experimentado plenamente. En conclusión, estoy feliz de que Dios haya permitido esta enorme prueba para mí, porque ahora comienzo a gozar de los frutos de tanto sufrimiento. Tengo el ánimo más puro y veo lo que antes no veía. Sobre todo soy menos escéptico y más atento a la realidad que me rodea. Creía que Dios me había abandonado y por el contrario era entonces cuando estaba moldeándome para prepararme a encontrarlo.

Con este escrito quiero también alentar a los que están enfermos como lo estuve yo, a no perder el ánimo porque, aunque parezca evidente, no hay que creer, ni siquiera en la evidencia, que Dios nos abandone. No es así, y los hechos son la mejor prueba de ello. Basta perseverar, aunque sea por años. Debo además hacer una precisión, a saber, que las bendiciones tienen un efecto tanto más intenso cuanto más lo quiere Dios y no dependen de la voluntad del exorcista ni del exorcizado; y que esta intensidad, según mi experiencia, depende mucho más de la voluntad de conversión del sujeto que de las prácticas exorcistas. La confesión y la comunión valen como un gran exorcismo. En las confesiones de manera especial, si se hacen bien, he comprobado la inmediata desaparición de los tormentos mencionados; y en las comuniones, una dulzura nueva que no creía que existiera.

También hace años, antes de todos estos sufrimientos, me confesaba y comulgaba; pero siendo que no sufría, no podía ver, si así puedo decirlo, de qué me inmunizaba. Ahora lo sé, e invito sobre todo a los descuidados, a creer que Dios está realmente presente en la puerta del confesionario y en la hostia, que a menudo tomamos con gran distracción.

Asimismo invito a los escépticos a creer, antes que “alguien” tenga que ayudarles a la fuerza, como me sucedió a mí. Para terminar, me dirijo con una invitación a los pobres, que ninguno lo es más que ellos, los obsesos, a los odiados de Satanás, quien se sirve de los mismos conocidos, para matarlos o para oprimirlos. No pierdan la fe, no rechacen la esperanza, no sometan su voluntad a las sugerencias violentas ni a los fantasmas que el maligno les presenta.

Este es su verdadero objetivo y no el de dar sufrimientos o buscar el mal. El no busca nuestro dolor, sino algo más: nuestra alma derrotada que diga: “Basta, estoy derrotado, soy un juguete en manos del mal; Dios no es capaz de liberarme; Dios olvida a sus hijos si

permite tales sufrimientos; Dios no me ama, el mal es superior a El”. Esta es la verdadera victoria del mal a la cual debemos responder aunque no sintamos ya fe, porque el dolor nos la ofusca. “Nosotros queremos querer la fe”; queremos querer; esta voluntad no puede tocarla el demonio, la voluntad es nuestra; no es ni de Dios ni del diablo, sino solamente nuestra, porque Dios nos la ha dado cuando nos creó; por tanto debemos creer (con san Pablo) que “en el nombre de Jesucristo toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra y en el abismo”.

Esta es nuestra salvación. Si no creemos con firmeza, el mal que se nos ha impuesto, con maleficios o con hechicerías, puede durar años, sin mejoría. Además, para quienes se creen ya enloquecidos y no ven remedio, yo puedo atestiguar que después de muchas bendiciones este mal pasa como si no hubiera existido nunca; por eso no debemos temerlo, sino alabar a Dios por la cruz que nos da. Porque después de la cruz siempre viene la resurrección, como después de la noche viene el día; todo ha sido creado así. Dios no miente y nos ha preferido para acompañar a Jesús en Getsemaní, para hacerle compañía en su dolor y para resucitar con El.

Ofrezco a María Inmaculada este testimonio para que lo haga fructificar para el bien de mis hermanos en el dolor. Respondo con el amor, el perdón, la sonrisa y la bendición a quienes han sido instrumentos del diablo para producirme el martirio que he padecido. Ruego que mi sufrimiento les haga entrever la luz que también yo he recibido gratuitamente de nuestro Dios maravilloso».

G.G.M.

EFFECTOS DEL EXORCISMO

Si la persona tenía negatividades, aunque éstas no manifestaran signos particulares durante el exorcismo, a menudo el sujeto ha recibido sus buenos efectos. Generalmente no se tiene en cuenta el día en que se hizo el exorcismo: pueden darse bienestar o malestares, tontina o somnolencia, aparición de moretones o desaparición de dolores; son cosas sin importancia. En cambio es importante valorar las consecuencias del día siguiente en adelante. A veces uno se siente mal durante un día o dos y luego está mejor por un cierto período; en general siente de inmediato un beneficio, que puede durar pocos o muchos días, según la gravedad del mal. Si uno no ha demostrado ningún signo de negatividad durante la bendición y si no siente ningún efecto después, quiere decir la mayoría de las veces que no hay ninguna negatividad; sus disturbios dependen de otras causas. Pero el exorcista puede invitar a una segunda bendición si tiene motivos para sospechar que el demonio pueda haberse ocultado.

Por tanto es interesante notar lo que suceda en las bendiciones siguientes, sea como comportamiento durante el exorcismo, sea como consecuencias del mismo. Puede suceder que desde la primera vez el influjo maléfico ya haya mostrado toda su fuerza, mucha o poca; se nota entonces una progresiva atenuación de los fenómenos. Otras veces en cambio es como si el disturbio maléfico tratara de esconderse y emergiera solamente poco a poco en toda su extensión; después comienza la fase de regresión. Por ejemplo, recuerdo un joven que en el primer exorcismo presentó sólo algún pequeño signo

de negatividad; al segundo exorcismo comenzó a aullar y a desmayarse. Aunque el caso se presentaba más grave que muchos otros, bastaron pocos meses de exorcismos para llegar a la liberación.

Para el buen resultado es fundamental la colaboración del paciente. Yo suelo decir que el efecto de los exorcismos influye en un 10% sobre el mal; el otro 90% debe ponerlo el interesado. ¿Cómo? Con mucha oración, con la participación en los sacramentos, con una vida conforme a las leyes del Evangelio, con el uso de los sacramentales (hablaremos aparte del agua, del aceite, de la sal exorcizados), pidiendo a otros que oren (es efficacísima la oración de toda la familia, o de comunidades parroquiales o religiosas, de grupos de oración...), solicitando celebrar misas. Muy útiles son las peregrinaciones, las obras de caridad. Pero sobre todo se necesita mucha oración personal, mucha unión con Dios, de modo que la oración llegue a ser habitual. Con frecuencia tengo mucho trabajo con personas más bien alejadas de las prácticas religiosas; he encontrado utilísima una inserción activa en la parroquia o en los grupos de oración, particularmente en los de la Renovación.

Para demostrar la necesidad de la colaboración con frecuencia hago la comparación con la droga; es algo completamente distinto, pero en esto ya todo el mundo tiene práctica. Todos saben que un drogadicto puede curarse pero con dos condiciones: debe ser ayudado (insertándose en una comunidad terapéutica o de otra manera) porque solo no logra nada. Y debe colaborar activamente con su esfuerzo personal; de lo contrario, toda ayuda es inútil. En nuestro caso, la ayuda personal se da con los medios que hemos indicado. Y aunque los frutos directos de los exorcismos, la liberación, son demasiado lentos, en compensación he visto rápidas conversiones: familias enteras empeñadas en una práctica cristiana intensamente vivida, con oración común (frecuentemente el rosario). He visto superar obstáculos para la curación, con una decidida generosidad: a veces el obstáculo era una situación matrimonial irregular; otras veces el impedimento consistía en no lograr perdonar ofensas recibidas o no lograr reconciliarse con personas, la mayoría de las veces parientes cercanos, con quienes se había roto toda relación.

Un gesto particular por su eficacia se relaciona con lo que es uno de los más duros preceptos evangélicos: el perdón a los enemigos. En nuestro caso, los enemigos están representados, la mayoría de las veces, por las personas que han producido el maleficio y que quizás continúan haciéndolo. Un sincero perdón, la oración por ellos, la

celebración de misas por su bien, han sido los medios que han desbloqueado una situación y acelerado la curación.

Entre los efectos del exorcismo debemos también poner la curación de males y de enfermedades que quizás parecían incurables. Puede tratarse de dolores inexplicables en varias partes del cuerpo (sobre todo, lo repito, en la cabeza y en el estómago), como puede tratarse de enfermedades precisas, exactamente diagnosticadas pero no tratadas por los médicos, o consideradas incurables. El demonio tiene este poder de provocar enfermedades. El Evangelio nos habla de una mujer a quien el demonio tenía encorvada desde hacía dieciocho años (¿deformación de la espina dorsal?); fue curada por Jesús expulsando el demonio, como fue curado de la misma manera un sordomudo que lo era por causa maléfica. Otras veces Jesús curó a sordos y mudos que estaban afectados por tales enfermedades, no causadas por presencias maléficas. El Evangelio es muy preciso en distinguir los enfermos de los endemoniados, aunque algunas consecuencias pueden ser idénticas.

¿Cuáles son los enfermos más graves? ¿Los más difíciles de curar? Por la experiencia que tengo son los que han recibido hechicerías de particular gravedad. Por ejemplo, recuerdo algunas personas que habían recibido hechizos en el Brasil (los llaman “macumbas”); he bendecido otras que habían recibido hechizos de brujos africanos. Todos casos durísimos. Igualmente los hechizos sobre familias enteras, para destruirlas; a veces se encuentra uno frente a situaciones tan complejas que no sabe por dónde comenzar. Lentísimas para la curación son también las personas que vienen periódicamente afectadas de nuevos hechizos: el exorcismo es más duro que el hechizo, por lo cual la curación no puede ser bloqueada, pero puede ser retardada inclusive por mucho tiempo.

¿Quiénes son los más afectados? No dudo: los jóvenes. Basta volver a pensar en las causas culpables que hemos mencionado como ocasiones ofrecidas al demonio para intervenir sobre una persona y veremos cómo hoy, a falta de fe y de ideales, los jóvenes son los más expuestos a “experiencias” desastrosas. También los niños están muy expuestos, no por culpa personal, sino por su debilidad. Muchas veces, al exorcizar a personas aun de edad madura, llegamos a descubrir que la presencia demoníaca venía desde la primera infancia, o aun desde el momento del nacimiento o todavía antes, durante la gestación.

Muchas veces me han hecho notar que bendigo más mujeres que hombres. Y esto les sucede a todos los exorcistas. Pero sería un error

pensar que la mujer está más fácilmente expuesta a los asaltos del maligno. Hombres y mujeres lo están igualmente. La realidad es que son mucho más numerosas las mujeres dispuestas a recurrir al exorcista para recibir la bendición. Muchos hombres, aún sabiendo con seguridad que están afectados, no quieren saber nada de acercarse a un sacerdote. Y he tenido más casos de hombres que de mujeres a quienes he exigido cambiar de vida y se han negado. Naturalmente no han vuelto a dejarse ver, aunque eran conscientes del mal. El obstáculo mayor era pasar de un ateísmo práctico a una vida de fe vivida, o de una vida de pecado a una vida de gracia.

No oculto que *la curación de este mal lo que más exige es la intensidad de vida cristiana*. Pero creo que precisamente éste es uno de los motivos por los cuales Dios lo permite. Muchas veces me lo han dicho las mismas personas afectadas: su fe era muy lánguida y la vida de oración casi nula. Si se han acercado a Dios, muchas veces con un intenso apostolado, han reconocido deberlo al mal que las había afectado. Estamos apegados a la tierra y a esta vida mucho más de lo que nos imaginamos; el Señor en cambio mira más allá, mira a nuestro bien eterno.

Por su parte el exorcista al proceder a las bendiciones no se contentará con invitar al paciente a la oración y a todos los demás medios que hemos mencionado, sino que buscará los medios posibles para provocar, debilitar, desalojar al demonio. Ya el Ritual dice que se insista en aquellas expresiones ante las que más reacciona el demonio: cambian de una persona a otra, de una ocasión a otra. Pero es útil recurrir a otras ayudas. Para algunos es insoportable el ser rociados con agua bendita; otros se exasperan con el soplo, que es un medio utilizado desde la época patrística, como refiere Tertuliano; otros no soportan el olor del incienso, por lo cual es útil emplearlo; para otros también es doloroso el sonido del órgano, de la música sacra, del canto gregoriano. Son medios auxiliares cuya eficacia hemos experimentado.

¿Y el demonio cómo se comporta en el desarrollo de los exorcismos? Añado algo más a lo que ya he dicho al respecto. El demonio sufre y hace sufrir. El sufrimiento que siente durante los exorcismos es algo inimaginable. Un día el P. Cándido preguntó al demonio si en el infierno hay fuego y un fuego que quema mucho. El demonio respondió: “Si supieras qué fuego eres tú para mí, no me harías esta pregunta”. Ciertamente no se trata del fuego terrestre, provocado por la combustión de material inflamable. Vemos cómo

el demonio se quema al contacto con las cosas sagradas como crucifijos, reliquias, agua bendita.

También a mí me ha sucedido varias veces que siento que el demonio me dice que sufre más durante las bendiciones que en el infierno. Y cuando le pregunto: “¿Entonces por qué no te vas al infierno?”, responde: “Porque a mí sólo me interesa hacer sufrir a esta persona”. Aquí se ve la perfidia diabólica: el demonio sabe que no obtiene ningún beneficio, sino al contrario, que tiene un aumento de pena eterna en castigo por cada sufrimiento que causa. Sin embargo, aun a costa de recibirlo, no renuncia a hacer el mal por el solo gusto de hacerlo.

Los nombres mismos de los demonios, como para los ángeles, indican la función. Los demonios más importantes tienen nombres bíblicos o dados por la tradición: Satanás o Beelzebub, Lucifer, Asmodeo, Meridiano, Zabulón... Otros nombres indican más directamente el objetivo que se proponen: Destrucción, Perdición, Ruina... O también indican males individuales: Insomnio, Terror, Discordia, Envidia, Celos, Lujuria...

Cuando los demonios salen de un alma, la mayoría de las veces los demonios son destinados al infierno; a veces son atados en el desierto (véase en el libro de Tobías la suerte de Asmodeo, encadenado en el desierto por el arcángel Rafael). Yo siempre los obligo a irse a los pies de la Cruz, para recibir de Jesucristo, único juez, su destino.

AGUA, ACEITE, SAL

Entre los medios de que los exorcistas (y los no exorcistas) se valen extensamente, citamos en primer lugar *el agua exorcizada* (o por lo menos bendita), *el óleo* (de oliva) *exorcizado*, *la sal exorcizada*. Cualquier sacerdote puede recitar las oraciones del Ritual para exorcizar a estos tres elementos. Pues bien, *es muy útil conocer el uso específico de estos tres sacramentales* que, empleados con fe, son de gran ayuda.

El agua bendita tiene ya un gran uso en todos los ritos litúrgicos. Su importancia nos relaciona de inmediato con la aspersion bautismal. En la oración de bendición se pide al Señor para que la aspersion con el agua nos obtenga estos tres beneficios: el perdón de nuestros pecados, la defensa de las insidias del maligno, el don de la protección divina.

La oración de exorcismo sobre el agua produce otros muchos efectos: hace huir todo poder del demonio, hasta desarraigarlo y expulsarlo. También en el lenguaje popular, cuando se quiere decir que dos cosas no pueden ir nunca juntas, se dice que son como el diablo y el agua bendita. La oración prosigue subrayando otros efectos además de la expulsión de los demonios: curación de las enfermedades, aumento de gracia divina, protección de las casas de todo influjo inmundo causado por el pestífero Satanás. Y añade: que sean vencidas las insidias del enemigo infernal y protección contra toda eventual presencia nociva a la incolumidad o a la tranquilidad de sus habitantes, para que disfruten de serenidad y de salud.

Por su parte el óleo exorcizado, empleado con fe, ayuda a poner en fuga el poder de los demonios, sus asaltos, los fantasmas que suscitan. Además ayuda a la salud del alma y del cuerpo; recordemos aquí el antiguo uso de ungir con aceite las heridas y el poder dado por Jesús a los apóstoles de curar a los enfermos con la imposición de las manos ungiéndolos con óleo. El óleo exorcizado tiene también otra propiedad específica: alejar del cuerpo las adversidades. Muy frecuentemente me ha tocado bendecir a personas que han sufrido hechicerías al comer o beber alguna cosa con maleficio. Es fácil comprenderlo por aquel característico mal de estómago que ya hemos descrito, o por el hecho de que estas personas tienen un modo particular de eructar en una forma de sollozo o de estertor, sobre todo en relación con acciones religiosas: cuando van a la iglesia, cuando oran y sobre todo mientras son exorcizados. En estos casos el organismo, para liberarse, debe expeler lo que de maléfico contiene. El óleo exorcizado ayuda mucho a descargar y liberar el cuerpo de estas impurezas. Asimismo beber agua bendita ayuda a este objetivo.

Aquí conviene dar unas explicaciones mayores, aunque quien no tiene experiencia o no ha visto, tendrá dificultad para creer en estas cosas. ¿Qué se expulsa? A veces saliva densa y espumosa; o una especie de papilla blanca y granulosa. Otras veces se trata de los objetos más variados: clavos, pedazos de vidrio, pequeñas muñecas de madera, hilos de cuerda anudados, alambres retorcidos, hilos de algodón de diversos colores, grumos de sangre... A veces estas cosas son expulsadas por las vías naturales; muchas veces vomitando. Nótese que nunca el organismo sufre daño (en cambio obtiene alivio), aunque se trate de vidrios cortantes. El P. Cándido conserva un cestillo con objetos de estos, expulsados por diversas personas. Otras veces la salida queda en el misterio; la persona siente, por ejemplo, un dolor de estómago como si tuviera un clavo en el estómago; después encuentra un clavo en tierra, junto a sí, y desaparece el dolor. La impresión es que todos estos objetos se materializan en el instante en que son expulsados. Afirmaba el P. Cándido en una entrevista: “He visto arrojar piezas de vidrio, de hierro, cabellos, huesos; a veces también pequeños objetos de plástico con la forma de cabeza de gato, o de león, o de serpiente. Seguramente estos extraños objetos tienen una relación con la causa que ha determinado la posesión diabólica”.

También la *sal exorcizada* ayuda a expulsar los demonios y para la salud del alma y del cuerpo. Pero una propiedad suya específica

es la de proteger los lugares contra las influencias o las presencias maléficas. En estos casos he acostumbrado aconsejar que se ponga sal exorcizada en el umbral de la casa y en los cuatro ángulos de la habitación o habitaciones que se crean infestadas.

Este “mundo católico incrédulo” se reirá quizás frente a estas propiedades que afirmamos. Ciertamente los sacramentales actúan tanto más eficazmente cuanto más fe haya; sin ésta serán ineficaces. El Vaticano II, y con las mismas palabras el Derecho Canónico (Can. 1166), los define como “signos sagrados con que, con una especie de imitación de los sacramentos, se significan y obtienen efectos más que todo espirituales, por la impetración de la Iglesia”. Quien los usa con fe, percibe efectos inesperados de los mismos. Sé de muchos males rebeldes a los fármacos, que han desaparecido solamente porque el interesado ha hecho sobre ellos una señal de la cruz con aceite exorcizado.

Para las casas (de esto hablaremos aparte) es eficaz el uso de quemar *incienso bendito*. El incienso siempre ha sido considerado, aun entre los pueblos paganos, un antídoto contra los espíritus malignos, además de ser un elemento de alabanza y adoración a la divinidad. Actualmente, el uso litúrgico del mismo se ha reducido mucho, pero no deja de ser un elemento eficaz de alabanza a Dios y de lucha contra el maligno.

El Ritual contiene también una bendición especial para los *vestidos*. Muchas veces hemos visto su eficacia sobre personas afectadas por presencias maléficas. Otras veces ha sido una *prueba* para darse cuenta si en una persona había o no presencias diabólicas. También es útil saber esto. Muchas veces los exorcistas somos interpelados por personas (padres, novios...) que tienen la duda de si su cónyuge se encuentra afectado por el demonio, pero se trata de un consorte que no cree en estas cosas a menudo privado de toda fe religiosa y por tanto no dispuesto a hacerse bendecir por un sacerdote. ¿Cómo hacer? A veces, después de haber hecho bendecir sus vestidos, se ha visto que, cuando se los ponen, se los quitan de inmediato, no soportando su contacto. Ya hemos dado un ejemplo antes. Otra prueba puede hacerse con el agua bendita. Por ejemplo, una madre que sospecha de un hijo o del esposo, prepara para todos una comida hecha con agua bendita; o la usa en el té o en el café. Puede suceder que la persona afectada lo sienta amargo, incomible aquel alimento, aunque sin darse cuenta del porqué.

Pero nótese que estas pruebas pueden ser indicativos en caso positivo: o sea, si una persona es sensible al hecho de que el agua

sea o no bendita podría ser un síntoma de una presencia maléfica. Pero no se puede decir lo contrario, es decir, no puede afirmarse que si alguien es insensible a este tipo de pruebas, pueda descartarse en él una presencia maléfica. El demonio hace todo lo que puede para no dejarse descubrir.

También durante los exorcismos el demonio busca ocultarse; y el Ritual pone en guardia al exorcista contra las ficciones diabólicas. A veces no responde o da respuestas tontas, no atribuibles a un espíritu inteligente como es el demonio. Otras veces finge haber salido del cuerpo del obseso y haber dejado de producirle cualquier disturbio, esperando así sustraer al individuo de las bendiciones del exorcista. Otras veces pone los más diversos impedimentos para que la persona no sea sometida a los exorcismos: puede tratarse de impedimentos físicos, o más frecuentemente, psicológicos, por los cuales la persona no va a la cita con el exorcista si no tiene algún amigo o vecino que lo fuerce; otras veces finge los signos de una enfermedad, la mayoría de las veces psíquica, para confundir sobre la realidad de su presencia y hacer creer que se trata de un mal natural; a veces el paciente tiene sueños o visiones en que tiene la ilusión de que el Señor, la Virgen o un santo lo ha liberado, y así evita ir a la cita con el exorcista, quizás avisándole de que ya está liberado.

Los sacramentales indicados, además de la ayuda específica de cada uno, sirven también para alejar por lo menos en parte los variados engaños del maligno. En este campo los engaños están a la orden del día, y es preciso orar mucho para obtener la gracia del discernimiento. Señalo, entre los casos más frecuentes: quien cree que tiene visiones, o voces interiores; quien se abandona a un fingido misticismo o se hace pasar por “vidente”. A menudo en estos casos, cuando no se trata de enfermedades psíquicas, hay engaño del demonio.

Cierro este capítulo con un hecho relacionado con el agua bendita. El P. Cándido estaba exorcizando a un endemoniado. El sacristán se le acercó con la calderilla del agua y el aspersionario. De repente el demonio se dirigió a él: “¡Con esa agua lavarás tu hocico!”. Sólo entonces el sacristán recordó que había llenado la calderilla pero había olvidado mandar a bendecir el agua.

EXORCISMOS A LAS CASAS

En la Biblia no encontramos ningún ejemplo de esto, pero la experiencia nos muestra en ciertos casos la necesidad y los frutos. Tampoco el Ritual contempla esta forma de exorcismo. Es verdad que al final del exorcismo de León XIII se habla de bendecir el lugar en que se debe hacer tal oración; pero todo el contenido se orienta a invocar la protección de Dios sobre la Iglesia contra los espíritus malignos, sin ninguna referencia a los lugares.

También digo de una vez, que nunca he encontrado lugares invadidos por espíritus en la forma en que aparecen descritos en algunas novelas o películas, especialmente con relación a antiguos castillos deshabitados. En estos casos es evidente el afán de dar espectáculo, de presentar escenas llamativas pero sin ninguna base de estudios serios. En cambio la realidad nos presenta casos frecuentes de ruidos, a veces como crujidos, otras veces como golpes; a menudo se tiene la sensación de una presencia, de ser mirados, tocados o asediados. Es evidente que en estos casos puede haber mucho de sugestión, ese miedo que les da cuerpo a las sombras.

Pero existen muchos casos más complejos. Puertas que se abren y se cierran a una misma hora; pasos que se oyen en los corredores; objetos que se cambian de lugar o desaparecen, para reaparecer después en los lugares menos pensados, animales que no se ven, pero que se siente que se mueven.

Recuerdo a una familia en que todos, a una hora determinada, sentían que se abría y cerraba la puerta de entrada; después oían un

claro rumor de pasos fuertes (de hombre) que atravesaban el corredor hasta perderse en una alcoba que no se lograba precisar. Un día, estando presente un amigo, se oyó el acostumbrado ruido, tanto que el amigo preguntó quién había entrado; para no asustarlo le respondieron que había entrado un huésped de paso. Sé de insectos, gatos, serpientes que se han materializado; ¡una persona a quien bendigo encontró hasta un sapo vivo en la almohada!

La mayoría de las veces la presencia maléfica en un lugar se manifiesta causando disturbios físicos: insomnio, dolores de cabeza o de estómago, un malestar general que no se siente al ir a otro lugar. En estos casos es fácil un control, pero no siempre es fácil descubrir la causa. Pongamos el caso de una persona que, cada vez que va como huésped a casa de un pariente cercano o de un amigo, advierte estos disturbios: insomnio, malestar, dolor de cabeza..., que pueden durar incluso varios días; pero no siente estos malestares cuando va a otro sitio. En este caso el control es fácil. Pero la causa puede ser muy variada. Puede tratarse de pura sugestión, cuando hay algún motivo que lo haga suponer (por ejemplo, si una nueva nuera va a casa de la suegra que se oponía al matrimonio o que mantenía un amor posesivo hacia su hijo). Pero también pueden existir causas maléficas.

Digamos de paso que es interesante el comportamiento de los animales domésticos frente a estos fenómenos. A menudo sucede que, cuando se tiene la impresión de la presencia de una persona en la propia habitación, el gato o el perro tienen fija la mirada hacia un cierto punto; a veces sucede que huyen corriendo, aterrorizados, como si tal ser misterioso se acercara a ellos. Podría contar muchos hechos interesantes para quien quisiera hacer un estudio a propósito. Básteme decir que, a mi modo de ver, los animales no ven nada en concreto, pero tienen una mayor sensibilidad que el hombre hacia una eventual presencia. Y no niego que también su comportamiento puede ser un elemento de juicio para decidir si es o no el caso de proceder a un exorcismo de la casa.

Lo más importante cuando vienen personas angustiadas por fenómenos de este tipo, es interrogarlas bien y, si se tienen motivos, exorcizarlas. La mayoría de las veces los fenómenos que hemos descrito no dependen de presencias maléficas en las casas, sino de presencias maléficas en las personas. En muchos casos me ha sucedido que no he obtenido ningún éxito con el exorcismo de la casa; en cambio después, al proceder al exorcismo de la persona o per-

sonas, siempre disminuían los fenómenos en la casa, hasta desaparecer del todo.

¿Cómo se procede en el exorcismo de las casas? El P. Cándido y yo utilizamos este método. El Ritual contiene una decena de oraciones en que se pide al Señor que proteja los lugares de las presencias maléficas. Se encuentran en las bendiciones a las casas, a las escuelas, a otros lugares. Recitamos algunas. Después leemos la primera parte del primer exorcismo sobre las personas, adaptándolo a la casa. En seguida bendecimos cada habitación, como se hace en la bendición a las casas. Repetimos el mismo recorrido con el incienso después de haberlo bendecido. Terminamos con otras oraciones. He encontrado eficaz, después del exorcismo de las casas, celebrar en ellas la misa.

Si se trata de disturbios leves, un solo exorcismo es suficiente. Si los disturbios provienen de un maleficio y el maleficio se repite, también hay que repetir el exorcismo hasta volver la casa “impermeable” a los maleficios. En los casos más graves las dificultades son muchas. Por ejemplo, me ha tocado exorcizar apartamentos en donde por largo tiempo se habían tenido sesiones espiritistas o que habían estado habitados por brujos que hacían allí magia negra. Peor aún si se han celebrado cultos satánicos. En algunos casos la gravedad de los disturbios y la dificultad de lograr una total liberación eran tales, que he debido aconsejar un cambio de vivienda.

Se dan diversos casos no graves cuando bastan oraciones para restablecer la calma. Una familia estaba turbada por inexplicables rumores nocturnos; hizo celebrar diez misas, al final de las cuales los rumores se debilitaron mucho. Proveyó a hacer celebrar otras diez misas y al final los rumores desaparecieron del todo. ¿Quizás eran almas del Purgatorio que, por permisión divina, han podido hacerse sentir para pedir sufragios? Es difícil decirlo. Para mí es suficiente señalar el hecho, puesto que me ha sucedido varias veces.

Don Pellegrino Ernetti, el más conocido exorcista del Trivéneto, también muy conocido como estudioso de música y como biblista, tuvo la experiencia de casos muy graves. En una familia, además de abrirse y cerrarse puertas y ventanas, aunque estuvieran bien aseguradas, volaban sillas, bailaban los armarios, sucedían mil cosas raras. Encontró útil para estos casos el uso simultáneo de los tres sacramentales a que los exorcistas recurrimos de continuo. Aconseja mezclar en un recipiente cualquiera (taza, vaso...) agua, aceite y sal exorcizados y derramar todas las noches una cucharadita en el

antepecho de cada ventana y al pie de cada puerta, recitando cada vez el Padrenuestro. El remedio ha resultado decisivo. Después de un cierto tiempo, en aquella familia suspendieron del todo esta costumbre; pasada una semana recomenzaron los inconvenientes, comenzaron nuevamente a arruinar la paz doméstica y cesaron de inmediato cuando se volvió a utilizar el remedio sugerido.

Otra pregunta que se me ha hecho es a propósito de los animales domésticos: ¿Es posible que sean invadidos por el demonio? ¿Qué hay que hacer? El Evangelio nos cuenta de aquella legión de demonios que pidió a Jesús permiso para entrar en dos pjaras de puercos; Jesús lo permitió y todos aquellos animales se precipitaron en el lago de Genezaret, donde se ahogaron. Conozco el caso de un exorcista inexperto que mandó un demonio a invadir el cerdo de una familia campesina: el animal súbitamente se puso furioso y mordió a la dueña. Es inútil decir que lo mataron inmediatamente.

Se trata pues de casos esporádicos, que han conducido a la inmediata muerte del animal. Me contaron de un mago que hacía uso de su gato para llevar a su destino objetos maléficis; en este caso yo diría que el endemoniado era el dueño, no el animal que “absorbe espíritus” y a veces los espíritus maléficis se hacen visibles bajo la forma de gato. Para ciertos magos y cierto tipo de magia es fundamental servirse de un gato. Pero este simpático animal no tiene aquí ninguna culpa.

Afirmamos precisamente que, como posibilidad, también es posible la infestación de animales y es lícito proceder a las bendiciones sobre ellos para obtener su liberación. También decimos que, en todos los casos de infestación (de lugares, objetos, animales), como por lo demás para los otros casos, el exorcista debe conocer los fenómenos debidos a causas paranormales. Es un conocimiento necesario para evitar equívocos, aunque en este libro no tenemos la oportunidad de tratar directamente este asunto.

EL MALEFICIO

Ya nos hemos referido al maleficio como a una causa por la cual la persona puede sin culpa ser afectada por el demonio. Dado que éste es el caso más frecuente, es necesario hablar de él aparte. También procuraré precisar el uso de los términos: no existe una terminología universalmente aceptada, por lo cual cada escritor debe precisar en qué sentido usa las palabras.

Considero *maleficio* un vocablo genérico. Se define comúnmente como “hacer daño a otros a través de la intervención del demonio”. Es una definición exacta, pero que no precisa la forma como es causado el mal. De aquí resultan las confusiones; por eso algunos autores por ejemplo, consideran el maleficio como sinónimo de hechizo o de brujería. En cambio el hechizo y la brujería son, a mi modo de ver, dos modos diversos de realizar un maleficio. Sin pretender ser exhaustivo y basándome sólo en los casos que me han sucedido, traigo a consideración estas formas de maleficio: 1) la magia negra; 2) las maldiciones; 3) el mal de ojo; 4) los hechizos. Son formas diversas pero no de compartimientos cerrados; las interferencias son frecuentes.

1)- *La magia negra, o brujería, o ritos satánicos que tienen su ápice en las misas negras.* Considero conjuntamente estas prácticas por las analogías que presentan; en realidad las he listado en orden de gravedad. Su característica es la de producir el maleficio contra una determinada persona mediante fórmulas mágicas o ritos a veces inclusive muy complejos, con invocaciones dirigidas al demonio,

pero sin hacer uso de objetos particulares. Quien se dedica a estas prácticas se convierte en siervo de Satanás, pero por culpa suya; nosotros aquí los consideramos sólo como medios para realizar maleficios en perjuicio de otros.

Ya la Sagrada Escritura es muy decidida al prohibir estas prácticas, en donde ve un renegar de Dios para entregarse al demonio. “No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros, ni adivino, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yavé tu Dios”(Dt 18, 10-12); “No os dirijáis a los nigromantes, ni consultéis a los adivinos haciéndooos impuros por su causa. Yo Yavé, vuestro Dios” (Lv 19, 31); “El hombre o la mujer en que haya espíritu de nigromante o adivino, morirá sin remedio: los lapidarán. Caerá su sangre sobre ellos”(Lv 20, 26-27). Véase también Lv 19, 26-31. No es menos tierno el Exodo: “A la hechicera no la dejarás con vida”(22, 17). Aun entre otros pueblos la magia era castigada con la muerte. Aunque los términos son traducidos de diversas maneras (y varían según las traducciones), el contenido es clarísimo. Volveremos a hablar de la magia.

2)- *Las maldiciones*. Son augurios de mal, y el origen del mal está en el demonio; cuando se hacen con verdadera perfidia, especialmente si hay algún vínculo de sangre entre el maldiciente y el maldecido, pueden tener efectos tremendos. Los casos más frecuentes y más graves que se me han presentado se daban entre padres o abuelos que maldijeron a los hijos o a los nietos. La maldición resultó muy grave cuando se refería a su existencia y si era hecha en circunstancias particulares, por ejemplo el día del matrimonio. Los padres tienen para con los hijos un vínculo y una autoridad como ninguna otra persona.

Tres ejemplos típicos. Seguí a un joven que había sido maldecido por su padre desde el nacimiento (evidentemente no lo quería) y había continuado sufriendo tales maldiciones en la infancia y en todo el período en que vivió en su casa. Este pobre joven vivió dificultades de todo tipo: males de salud, increíbles dificultades en el trabajo, infortunio en el matrimonio, enfermedades de los hijos... Las bendiciones le han dado una ayuda espiritual, pero no me ha parecido que hayan obtenido más. Un segundo ejemplo. Una joven quería casarse con un estupendo muchacho a quien amaba, pero los padres eran contrarios; al ver inútiles sus esfuerzos, los padres se mostraron

resignados y participaron en la boda. El mismo día del matrimonio el padre llamó aparte a su hija con una excusa; en realidad la maldijo augurándole los peores males para ella, el esposo y los hijos. Y así sucedió, no obstante las intensas plegarias y bendiciones.

Un hecho más. Un día vino a buscarme un profesional; levantando los pantalones me mostró sus piernas horriblemente marcadas por una evidente sucesión de operaciones. Con esta premisa comenzó a contarme los hechos. Su padre era un joven muy inteligente; la madre de éste quería a toda costa que se hiciera sacerdote, pero él no estaba de acuerdo. El desacuerdo llegó hasta el punto de que el joven debió abandonar a su familia; se laureó, llegó a ser un apreciado profesional, se casó, tuvo hijos; y todo esto después de haber roto toda relación con la madre, que por ningún motivo quiso volver a verlo. Cuando un hijito suyo, el profesional que me hablaba, llegó a los ocho años, le tomaron una foto que me mostraron: un bello niño de cautivadora sonrisa, con pantalones cortos, rodillas a la vista, calzados altos, como era la costumbre de la época para los niños. El padre tuvo una infortunada idea. Pensó que la madre se conmoviera frente a la foto del nietecito y que haría las paces con él; por tanto, le envió la foto. La madre le mandó a decir: “Las piernas de ese muchachito estén siempre enfermas y si tú vuelves acá, morirás en el lecho donde naciste”. Todas estas cosas se cumplieron. Es de notar que el padre volvió al lugar sólo después de varios años de haber muerto su madre; pero de repente se sintió mal, fue llevado provisionalmente a la casa natal, donde murió esa misma noche.

3)- *El mal de ojo*. Consiste en un maleficio hecho por una persona por medio de la mirada. No se trata, como algunos creen, del hecho de que ciertas personas traigan mala suerte si te miran de reojo; esto son cuentos. El mal de ojo es un verdadero maleficio, es decir, supone la intención de hacer daño a una determinada persona con la intervención del demonio. Lo especial es que el medio utilizado para llevar a cabo la obra nefasta es la mirada. He tenido pocos casos de estos, y no del todo claros; es decir, era claro el efecto maléfico, pero no lo era en igual grado el artífice del mismo, y que, como medio se haya utilizado la simple mirada. Aprovecho la ocasión para decir que muchas veces no se llega a conocer al autor del maleficio ni tampoco cómo comenzó el mal. Lo importante es que la persona afectada no se ponga a sospechar de éste o aquél, sino que *perdone de corazón y ore por quien le ha hecho el mal*, quienquiera que haya sido.

Sobre el mal de ojo termino diciendo que la cosa en sí es posible, pero que no he tenido casos seguros.

4)- *La hechicería*. Es a menudo el medio más utilizado para realizar maleficios. El nombre viene de hacer, o confeccionar un objeto formado con el material más extraño y variado, que tiene un valor cuasi-simbólico: es un signo sensible de la voluntad de hacer daño y un medio ofrecido a Satanás para que le imprima su fuerza maléfica. Muchas veces se ha dicho que Satanás es remedador de Dios; en este caso podemos tomar la analogía de los sacramentos, que tienen una materia sensible (por ejemplo el agua en el Bautismo) como instrumento de gracia. En la hechicería el material es utilizado con el fin de hacer daño.

Distinguimos dos modos diversos de aplicar la hechicería a la persona designada. Existe un *modo directo*, que consiste en dar de beber o comer a la propia víctima una bebida o un alimento en que está mezclada la hechicería. Esta es preparada con los ingredientes más variados: sangre de menstruación, huesos de muertos, polvos diversos ordinariamente negros (quemados), partes de animales entre las cuales se prefiere el corazón, hierbas particulares... Pero la eficacia maléfica no viene tanto del material usado cuanto de la voluntad de hacer daño con la intervención del demonio; esta voluntad va significada en las fórmulas ocultas pronunciadas mientras se hacen tales mezcolanzas. Casi siempre la persona que es afectada de esta manera, además de las otras molestias, sufre de un característico mal de estómago, que los exorcistas saben distinguir bien, y que se cura solamente después de haber liberado el estómago con mucho vómito o con muchas heces en las que se expelen las cosas más extrañas.

Otro modo, que podemos llamar indirecto (uso el lenguaje de que se sirve el P. La Grua en el libro citado en la introducción), consiste en maleficar objetos pertenecientes a la persona a quien se quiere hacer daño (fotografías, vestidos o cosas pertenecientes a la persona), o en maleficar figuras que la representen: muñecos, figuras, animales, a veces también personas vivas del mismo sexo y edad. Se trata de material de transferencia, que es afectado con los mismos males que se quieren causar a la persona designada. Un ejemplo muy común: a una muñeca, durante este rito satánico, se le clavan alfileres alrededor de la cabeza. Sucede luego que la persona siente fortísimos dolores de cabeza y nos viene a decir: “Es como si mi cabeza estuviera atravesada por alfileres punzantes”. O también le clavan agujas, clavos, cuchillos en las partes del cuerpo que se quieren afectar. Y puntualmente la pobre víctima siente luego los dolores punzantes que la desgarran en esas partes. Los sensitivos (de quienes

hablaremos aparte) suelen decir: “Usted tiene un punzón que lo atraviesa de aquí hasta aquí”, e indican el lugar preciso. Me han sucedido casos en que personas se han liberado de estos males con la salida de largos y extraños punzones, de un material parecido al plástico o a la madera flexible, salido de las partes señaladas. La mayoría de las veces la liberación tiene lugar al expeler el material más variado: hilos de algodón, lápices de colores, cintas, clavos, alambres de hierro retorcidos.

Merecería todo un discurso aparte el hechizo confeccionado bajo la forma de *atadura*. En estos casos el material usado como *transfert* (transferente) recibe ligaduras especiales con cabellos o con tiras de estopa de diversos colores (sobre todo blanco, negro, azul, rojo, según el objetivo deseado). Por ejemplo, para afectar al hijo de una gestante, fue ligada con aguja y crin de caballo, una muñeca desde el cuello hasta el ombligo. El objetivo era que el que iba a nacer, naciera deforme, es decir, que no se desarrollara en la parte del cuerpo comprimida por la ligadura. De hecho el inconveniente se dio, pero menos grave de lo que habían querido provocar. Los ligamentos se refieren sobre todo al desarrollo de las diversas partes del cuerpo, pero, más a menudo aún, al desarrollo mental: unos sufren de impedimentos para el estudio, para el trabajo, para un comportamiento normal, por cuanto han sufrido ligamentos en el cerebro. Y los médicos tratan en vano de identificar y curar el mal.

Apenas menciono otro hecho muy frecuente. A menudo los hechizos se comprueban por objetos extraños que se encuentran en las almohadas o en los colchones. Aquí no acabaría nunca si me pusiera a contar los hechos de que he sido testigo y que nunca habría creído si no los hubiera visto. Se encuentra de todo: cintas de colores y anudadas, mechones de cabellos anudados apretadamente, cuerdas llenas de nudos, lana estrechamente entrelazada por una fuerza sobrehumana en forma de corona o de animales (en especial ratones) o de figuras geométricas; grumos de sangre, pedazos de madera o de hierro, alambres retorcidos, muñecas llenas de señales o de heridas, etc. Otras veces se forman inesperadamente apretadísimas trenzas de cabellos en mujeres o niños. Cosas y hechos que no se explican sin la intervención de una mano invisible.

Otras veces sucede que estos objetos extraños no aparecen a la vista, después de haber abierto colchones o cojines; sino después, si se rocía con agua exorcizada o si se introduce cualquier imagen bendita (sobre todo de un Cristo en la Cruz o de la Virgen), sí aparecen los objetos más extraños.

Completaré el asunto en las páginas siguientes; pero deseo repetir las recomendaciones del P. La Grua en la obra citada. *Aunque cuanto he escrito es fruto de experiencia directa, no hay que creer fácilmente en los maleficios, en especial en los realizados por medio de la hechicería.* Se trata siempre de casos raros. Un examen atento de los hechos hace que aparezcan muchas veces como base de los problemas que se lamentan, causas psíquicas, sugerencias, falsos temores.

Agrego además, que a menudo los maleficios no alcanzan su objetivo por diversos motivos: porque Dios no lo permite; porque la persona afectada está bien protegida por una vida de oración y de unión con Dios; porque muchos hechiceros son inhábiles, cuando no son simples embusteros; porque el demonio mismo, “mentiroso desde el principio” como lo dice el Evangelio, engaña a sus mismos secuaces. Sería un gravísimo error vivir con el temor de llegar a ser víctima de un maleficio. Pero la Biblia nos dice que hay que temer al demonio. Nos manda resistirle, seguros de que él huirá de nosotros (St 4, 7); nos dice que permanezcamos vigilantes contra sus asaltos, manteniéndonos firmes en la fe (1P 5, 9).

Tenemos la gracia de Cristo, que derrotó a Satanás con su Cruz; tenemos la intercesión de María Santísima, enemiga de Satanás desde el principio de la humanidad; tenemos la ayuda de los ángeles y de los santos. Sobre todo tenemos el sello de la Trinidad, que nos ha sido impreso en el Bautismo. Si vivimos en comunión con Dios, el que debe temblar frente a nosotros es el demonio con todo el infierno. A no ser que nosotros mismos le abramos la puerta...

Siendo el maleficio la forma más común de influjo diabólico, añado otro concepto que me ha enseñado la práctica.

Según el objetivo que se fija, el maleficio puede tener varias denominaciones. Puede ser de *división* si está orientado a hacer que dos esposos, dos novios, dos amigos, se separen. Muchas veces me ha sucedido el caso de prometidos que se han separado sin motivo, aunque se querían mucho, y no lograron reconciliarse; uno de sus padres, que era contrario a aquel matrimonio, confesó que había recurrido a un mago para que se separaran. Puede ser de *enamoramamiento*, dirigido a hacer que dos se casen. Tengo presente a una muchacha que se había enamorado del novio de una amiga suya; después de vanos intentos, recurrió a un mago. Los novios se separaron y aquel joven se casó con la muchacha que ordenó el maleficio. Inútil decir que fue un pésimo matrimonio; el esposo no lograba

abandonar a la mujer, pero nunca la había amado y tenía la vaga impresión de haber sido forzado a casarse con ella.

Otros maleficios son para *la enfermedad*, es decir, para que la persona designada esté siempre enferma; otros son para *la destrucción* (los así llamados maleficios de muerte). Basta que la persona afectada se ponga bajo la protección de la Iglesia, es decir, basta que comience a recibir los exorcismos y a orar y a pedir oraciones intensamente para que la muerte no pueda realizarse. He seguido muchos de estos casos; como ya hemos dicho, el Señor ha intervenido milagrosamente, o por lo menos en forma que humanamente no se puede explicar, para salvar la vida de estas personas de peligros mortales o, en particular, de tentativas de suicidio. Casi siempre (preferiría decir: *siempre*, por lo menos en los muchos casos que me han sucedido) a los maleficios de cierta gravedad está ligada la vejación diabólica o directamente la posesión. He aquí por qué es necesario el exorcismo. También son terribles los maleficios hechos para la destrucción de una familia entera, o también sobre toda una familia.

El Ritual ante todo, en el n. 8 de las normas, pone en guardia para que, en caso de maleficio, la persona no sea llevada a magos, brujas u otros que no sean ministros de la Iglesia; y que el interesado no recurra a ninguna forma de superstición o a otros medios ilícitos. Que la amonestación sea necesaria nos lo dice la experiencia. Los magos son muchos mientras que los exorcistas son poquísimos. Y un experto como monseñor Corrado Balducci en sus tres libros aconseja, como remedio al maleficio, el recurso a un mago, aunque se prevea que hará otro maleficio (ver por ejemplo “*El Diablo*”, Ed. San Pablo, p. 326). Es un error imperdonable en un autor tan meritorio en otras partes de sus volúmenes. Hablando de él con el P. Pellegrino Ernetti, hemos estado de acuerdo en condenar la pertinacia con que monseñor Balducci insiste en aconsejar el recurso a los magos. Esperábamos una modificación en la nueva edición de su libro “*Il diavolo*”, y en cambio hemos encontrado una insistencia mayor. Se ve su escasa sensibilidad pastoral, que lo pone decididamente contra la doctrina de la Iglesia y la práctica eclesiástica de todos los tiempos cuando da semejante consejo.

Cuando el Ritual sugiere las preguntas que se deben hacer al demonio, en el n. 20 de las normas, se exhorta al exorcista a preguntar la causa a que se debió la presencia misma del demonio en aquel cuerpo, en particular si depende de un maleficio; en este caso, si la persona fue afectada al comer o beber sustancias maléficas, el exor-

cista debe mandar vomitarlas. Si en cambio está escondido el objeto maléfico fuera del cuerpo, el exorcista debe pedir que se le indique el lugar, buscar el objeto y quemarlo.

Son indicaciones útiles. En la práctica, cuando se ha sufrido un maleficio comiendo o bebiendo alguna cosa de hechicería, casi siempre se verifica aquel particular mal de estómago a que hemos aludido repetidamente y que denota la necesidad de una liberación o por vía fisiológica o vomitando. Entonces se debe aconsejar el uso oral de agua bendita y de aceite y sal exorcizados, para favorecer la liberación. También es posible que ciertos objetos maléficos sean expulsados de forma misteriosa, como ya lo hemos dicho. Por ejemplo la persona puede notar de improviso un peso en el estómago como si tuviera una piedra, y luego encuentra en el suelo una piedra, y el mal cesa. Así pueden encontrarse hilos de colores, cuerditas entrelazadas, muchas otras cosas. Todos estos objetos deben rociarse con agua bendita (puede tomarla la misma persona), deben quemarse al aire libre y las cenizas, como también los objetos de hierro u otros que no pueden quemarse, deben arrojarse al agua corriente (río, caño...). No en el baño de la propia habitación; cuando se ha hecho esto, a menudo ha habido inconvenientes: se han atorado todos los lavamanos, se ha inundado la casa...

En muchos casos los objetos extraños hallados en almohadas, cojines y colchones se han encontrado, no interrogando al demonio, sino por indicación de carismáticos o sensitivos (de quienes hablaremos luego). El hallazgo ha sido el motivo por el cual se ha caído en la cuenta del maleficio y lo que ha hecho que se recurra al exorcista. También en estos casos hay que quemar fuera de casa los cojines, almohadas y colchones después de haberlos rociado con agua bendita; y las cenizas deben botarse como se dijo antes.

Es importante que la destrucción por el fuego de los objetos maleficiados se haga orando. Especialmente cuando se trata de hechizos descubiertos casualmente o por indicación del demonio, no se puede hacer a la ligera. Para instrucción mía me contó el P. Cándido un error suyo de "juventud", es decir, una ligereza que cometió en los primeros años de su ejercicio de exorcista.

Estaba entonces exorcizando a una muchacha junto con otro Padre pasionista autorizado como él por el obispo. Interrogando al demonio, llegaron a saber que la muchacha estaba afectada de un hechizo. Preguntaron de qué se trataba: una cajita de madera, del largo aproximado de una palma de la mano. Supieron dónde estaba

escondida: se encontraba sepultada a un metro de profundidad, junto a un árbol, cuya posición exacta se les indicó. Plenos de celo, armados de pala y pica, fueron a excavar en el lugar indicado. Encontraron la cajita de madera, como se les había dicho; lo rociaron y examinaron el contenido: una figura obscena en medio de otras fruslerías. De inmediato, con la ayuda de alcohol, procedieron a quemar todo cuidadosamente, de modo que sólo quedara un poquito de cenizas. Pero no procedieron a la bendición antes de quemar aquellos objetos; omitieron orar ininterrumpidamente durante la incineración invocando la protección de la sangre de Jesús; habían tocado repetidamente aquellos objetos sin proceder a lavarse de inmediato las manos con agua bendita. La conclusión fue que el P. Cándido hubo de permanecer por tres meses en cama a causa de fortísimos dolores de estómago; tales dolores se prolongaron con cierta fuerza por unos diez años y de vez en cuando se repetían en los años siguientes. Una dura lección; útil para mí y para cuantos tengan que encontrarse en situaciones análogas.

Pregunté al P. Cándido si, después de todo aquel esfuerzo y tanto sufrimiento, la joven había sido liberada. No, no tuvo ninguna mejora. Esto nos dice que los hechizos a veces logran todo su efecto sobre las personas en el momento en que se completan; encontrarlos y destruirlos no sirve para nada. Me han sucedido varios de estos casos en que entre los maleficios y el hallazgo de la hechicería habían transcurrido muchos años; la hechicería había cumplido su fin maléfico; cuando fue hallada y destruida, ya era ineficaz y su destrucción no reportó ningún beneficio a la persona afectada. Después fueron de ayuda los exorcismos, las oraciones, los sacramentos...

En otros casos, quemar la hechicería interrumpe el maleficio. He tenido ejemplos de casos de "hechicerías de muerte" por putrefacción, en que había sido sepultada carne maleficiada, la cual fue descubierta y destruida antes de que llegara a podrirse. Otras veces son sepultados vivos, aunque con un vacío alrededor, animales, especialmente sapos. También en este caso su encuentro antes de su muerte puede interrumpir el maleficio. Pero los remedios principales siguen siendo los exorcismos, la oración, los sacramentos, los sacramentales.

Nunca se insistirá lo suficiente sobre la importancia del recurso a los medios de Dios y no a los magos, aunque se tenga la impresión de que los medios de Dios son lentos para actuar. El Señor nos ha

dado la fuerza de su nombre, el poder de la oración (ya personal, ya comunitaria), la intercesión de la Iglesia. El recurso a los magos, al que oculta su propia actuación bajo el nombre equívoco de magia blanca (que es siempre un recurso al demonio), como también el que hace otro maleficio para quitar un maleficio ya hecho, no puede sino agravar el mal. El Evangelio nos habla de un demonio que sale de un alma para regresar en seguida con siete demonios peores que él (Mt 12, 43-45). Es lo que sucede con el recurso a los magos. Damos tres ejemplos significativos de esta situación, que he encontrado varias veces.

Primer ejemplo. Una persona comienza a sentir dolores físicos. Prueba con varios médicos y medicinas, pero el dolor aumenta en vez de desaparecer; no se descubre su causa. Entonces va a visitar a un mago, o a un cartomante dedicado a la magia y oye que le dice: “Usted tiene una hechicería. Si quiere, se la quito. Me basta un millón”. Este, primero piensa luego se decide y paga. Infortunadamente le pide la foto, una prenda íntima, un mechón de cabellos. Después de unos cuantos días la persona se siente del todo curada y está muy contenta de la forma como gastó su millón. Es el demonio quien se le ha ido. Después de un año comienzan a reaparecer los males. El pobrecito vuelve a empezar su peregrinación por médicos, pero las medicinas se muestran impotentes mientras el mal aumenta cada vez más. Es el demonio que ha regresado con otros siete peores que él. En el colmo del sufrimiento, el paciente piensa: “Aquel mago me hizo pagar un millón, pero me quitó el mal”; y así vuelve a verlo sin caer en la cuenta de que fue él quien le causó el mal agravado. Y oye que le dice: “Esta vez le han hecho una hechicería mucho más grande. Si quiere se la quito y le pido solamente cinco millones; a otro le pediría el doble”. Así se vuelve a empezar desde el principio. Si después la víctima va finalmente a ponerse en manos de un exorcista, además del pequeño mal inicial, hay que liberarlo del gran mal provocado por el mago.

Segundo ejemplo. Todo como el anterior. El enfermo paga, es tratado por el mago y queda curado. Pero en compensación su mal pasa a la mujer, a los hijos, a los padres, a los hermanos. Por tanto el daño resulta multiplicado (aunque bajo forma de obstinado ateísmo, de una vida de pecado, de incidentes automovilísticos, de infortunios, depresiones, etc...).

Tercer ejemplo. También aquí, todo como en los anteriores. La persona queda curada por el mago y la curación perdura. Pero aquel

mal había sido permitido por Dios para que aquella persona expiara sus pecados, para que volviera a una vida de oración y de participación en la Iglesia y en los sacramentos. El objetivo de aquel mal era obtener grandes frutos espirituales para la salvación de aquella alma. Con la curación realizada por la intervención del demonio, que conocía bien estos fines, el objetivo bueno ligado a aquel mal, se esfumó.

Debemos tener claro en la mente que Dios permite el mal para sacar el bien; permite la cruz para que sólo a través de ella alcancemos el cielo. Esta verdad es evidente, por ejemplo, en las personas revestidas de particulares carismas que con frecuencia son afectadas por sufrimientos, para la curación de los cuales no se debe orar. Todos recuerdan al P. Pío, quien durante 50 años soportó el dolor punzante de las cinco llagas, pero nadie pensó en orar al Señor para que se las quitase: era demasiado claro que aquello era obra de Dios, para grandes fines espirituales. El demonio es fino; ¡muy a gusto habría querido que el P. Pío no tuviera impresos en la carne los signos de la pasión! Naturalmente es diverso el caso cuando es el demonio quien provoca los estigmas y suscita falsos místicos.

ALGO MAS SOBRE LA MAGIA

Es un tema amplísimo, tratado en tantos volúmenes que bien podrían ocupar una biblioteca y cuya práctica se encuentra en toda la historia humana y en todos los pueblos. Aún hoy son muchos los que caen en las trampas de la magia. Aún muchos sacerdotes subvaloran sus peligros: confiados justamente en el poder salvífico de Cristo que se ha sacrificado para liberarnos de los lazos de Satanás, no tienen en consideración que nunca el Señor nos dijo que subvaloráramos el poder del mismo, nunca nos dijo que desafiáramos al demonio o dejáramos de combatirlo. En cambio dio el poder de expulsarlo y habló de la lucha incesante contra él, que nos somete a la prueba (el mismo Jesús se sometió a las tentaciones del maligno); nos dijo claramente que no se puede servir a dos señores.

La Biblia nos asombra por la frecuencia con que habla contra la magia y los magos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Así nos pone en guardia; porque uno de los modos más comunes que usa el demonio para atar a sí al hombre y para embrutecerlo es la magia, la superstición, todo aquello que rinde culto directo o indirecto a Satanás. Los que hacen magia creen poder manipular fuerzas superiores que en realidad los esclavizan.

Los brujos se creen dueños del bien y del mal. Los espiritistas y los médiums se prodigan en la invocación de los espíritus superiores o de los espíritus de los difuntos; en realidad se han entregado en cuerpo y alma a fuerzas demoníacas sin ni siquiera darse cuenta y son utilizados por ellas siempre para un fin destructivo aunque tal fin

no aparezca de inmediato. El hombre alejado de Dios es pobre e infeliz; no logra comprender el significado de la vida y mucho menos el de las dificultades, del dolor, de la muerte. Desea la felicidad como la propone el mundo: riqueza, poder, bienestar, amor, placer, admiración... Y parece que el demonio le dice: "Te daré todo esto, porque a mí me ha sido entregado, y se lo doy a quien quiero. Si me adoras, todo será tuyo" (Lc 4, 6-7).

He ahí, pues, jóvenes y viejos, mujeres, obreros, profesionales, políticos, actores, curiosos, en busca de la "verdad" sobre su futuro. Es una locura que pronto lleva a otra: magos, adivinos, astrólogos, cartomantes, pranoterapeutas, sensitivos (radiestésicos) o videntes de diverso tipo. A todos éstos se llega por casualidad, o por esperanza, o por desesperación, o por prueba; algunos quedan afectados, otros ligados, otros más entran en los círculos cerrados de las sectas.

Pero ¿qué hay detrás de todo esto? Los ignorantes piensan que es sólo superstición, curiosidad, ficción, engaño; en efecto allí hay entrelazado un gran conjunto de asuntos. Pero en la mayoría de los casos la realidad es otra. La magia no es solamente una vana creencia, algo privado de todo fundamento. Es un recurso a las fuerzas demoníacas para influir en el curso de los acontecimientos y para influir sobre los demás en provecho propio. Esta forma desviada de religiosidad, que era típica de los pueblos primitivos, se ha prolongado en el tiempo y convive con las diversas religiones de todos los países. Aunque en formas diversas, el resultado es idéntico: alejar de Dios al hombre y llevarlo al pecado, a la muerte interior.

La magia es de dos clases: imitativa y contagiosa. *La magia imitativa* se basa en el criterio de la semejanza en la forma y en el procedimiento, fundándose en el principio de que lo semejante genera una cosa semejante a sí. Un muñeco representará a la persona a quien se quiere dañar y, después de las apropiadas "oraciones de rito", al clavar agujas en el cuerpo del fanteoche, se dañará a la persona representada por el mismo: ésta tendrá dolores o enfermedades en los puntos del cuerpo atravesados por las agujas en el muñeco. *La magia contagiosa* se basa en el principio del contacto físico, o contagio. Para influir sobre una persona, el mago necesita de alguna cosa que le pertenezca a tal persona: cabellos, uñas, pelos, vestidos; inclusive una fotografía, mejor si es de cuerpo entero, pero siempre con la cara descubierta. Una parte hace por el todo; lo que se hace a esa parte influirá en todo el individuo. El mago realizará su trabajo

con fórmulas apropiadas o rituales, en tiempos determinados del año y del día, con la intervención de los espíritus que él invoca para hacer eficaz su obra. Hemos tratado estos temas hablando de las hechicerías; pero la magia abarca un campo mucho más amplio que el de las simples hechicerías y más amplio que el del maleficio.

En uno de los rituales de iniciación a la magia negra, usados por los magos de la isla de Cabo Verde, se afirma que el escogido se encontrará delante, en un cierto punto del rito, un espejo en que aparecerá Satanás para darle los "poderes" poniéndole en la mano las armas que deberá usar. Las armas que tiene el cristiano contra el "león rugiente" son la verdad, la justicia, la fe, la espada de doble filo de la Palabra de Dios. El mago en cambio tendrá una espada auténtica para herir a los hombres; tendrá poderes de destrucción, de maldición, de videncia, de providencia, de desdoblamiento, de curación e incluso otros, según el mal que es capaz de hacer, según como logre obstaculizar los planes de Dios, y según lo que es capaz de ofrecer al demonio: además de sí mismo, puede ofrecer sus hijos e inclusive otras personas, más o menos ignorantes, que tienen que ver con él. El resultado para la víctima es que, como mínimo, adquirirá una terrible aversión a todo lo que es sagrado (oraciones, iglesias, imágenes sagradas...), con la adición de otros males muy variables.

Esto puede suceder también a quien ha comisionado el trabajo al mago, una vez ofrecido el "sacrificio" representado por una ofrenda, aunque muy pequeña, y entregadas las cosas pedidas, quizá respetando ciertas reglas sugeridas: recorrido por siete iglesias, velas para encender en una forma determinada, polvos para esparcir, objetos que se han de llevar consigo o que han de colocarse junto a algún otro, y cosas parecidas. De esta manera se contrae con el demonio un vínculo más o menos pesado, con malas consecuencias para el alma y para el cuerpo. Muchas veces han venido a verme madres que anteriormente habían llevado sus niños a magos y les habían hecho llevar al cuello ciertas cosas que, para los inexpertos, podían parecer fruslerías, pero que, por sus consecuencias maléficas, habían mostrado ser verdaderos maleficios. Si nos colocamos en el terreno del enemigo caemos en su poder aunque se haya actuado "de buena fe". Y sólo la poderosa mano de Dios puede liberarnos de los vínculos contraídos.

Las operaciones de la así llamada *alta magia* la mayoría de las veces se clasifican en sacralizaciones, consagraciones, bendiciones,

destituciones, excomuniones, maldiciones. Se intenta así transformar los objetos o las personas en “símbolos sagrados” (consagrados a Satanás, naturalmente). El material mágico es “magnetizado” en determinados momentos, que son objeto de la astrología mágica. Cada mago lleva sobre sí, o prepara para otros, “pentáculos” o “pantáculos” (del griego panta-klea); en general se trata de medallas cuyos símbolos son “catalizadores de energías”. Ellos tienen, según el mago, una particular fuerza celeste. Otra cosa son los talismanes, que se refieren a las particularidades de la persona que quieren proteger.

La búsqueda de talismanes es una de las mayores atracciones de los pobres clientes que se sienten golpeados por la suerte adversa, desventura, incompreensión, falta de amor, pobreza; y pagan muy gustosos el precio, a veces muy elevado, de estos “portafortuna” que deberían liberarlos de todas sus desdichas. Por el contrario llevan al pecho una carga negativa tal que puede dañarlos no sólo a ellos, sino también a los miembros de su familia. Para preparar todos estos objetos, como para la mayor parte de las operaciones de magia, se hace amplio uso del incienso. Es un incienso ofrecido a Satanás en clara contraposición al incienso que se ofrece a Dios en el culto litúrgico.

Otras formas de magia conducen a la fabricación de filtros o mixturas que provocan sugestión o vejación diabólica en aquel que, mezclados con un alimento o bebida, consuma los brebajes preparados por el mago. El afectado tendrá dentro de su cuerpo no sólo algo desagradable, sino también los espíritus maléficó invocado para la preparación del maleficio. Es conocido el llamado “filtro de amor” que puede imponer un horrible vínculo (llamado “ligadura”), en virtud de poderes satánicos.

La Biblia nos habla por primera vez del demonio cuando tiente a nuestros primeros padres bajo la forma de serpiente. En la mitología, la serpiente está siempre relacionada con los emblemas del conocimiento. En Egipto la maga Isis es la que conoce los secretos de las piedras, de las plantas, de los animales; conoce los males y sus remedios, por lo cual puede reanimar el cadáver de Osiris. La serpiente es representada anudada sobre sí misma y con la cola en la boca, como emblema del ciclo eterno de la vida. Piénsese también en la serpiente boa emperadora de los Incas o en la boa divina de los Indios.

En el Vudú, la serpiente andrógina Danbhalah y Aida Wédo inspira a sus adeptos con una certeza y precisión que produce resultados impresionantes a cualquier hora del día o de la noche. Esta serpiente afirma conocer todos los secretos del Verbo creador

mediante la “lengua mágica”, magnificada por la música sagrada. Se trata de una magia haitiana, de origen africano, que, junto con la magia africana original y la importada en Suramérica (sobre todo en Brasil), con el nombre de “macumba”, tiene un gran poder maléficó. Ya he dicho que los maleficios más fuertes que he tenido ocasión de exorcizar provenían de Brasil o de Africa.

La civilización moderna ha transformado pero no cambiado ciertas costumbres; por esto cohabitan juntas ciencia y magia, religión y antiguas prácticas. Aún hoy, especialmente en nuestros campos, hay gente religiosísima que recurre a los *santones* (hombres o mujeres) para resolver sus dificultades más diversas: desde las enfermedades hasta el mal de ojo, desde la búsqueda de un trabajo hasta la búsqueda de un marido. Son personas santas “que van siempre a la iglesia”; aún hoy se encuentran mamás que, de buena fe, enseñan a las hijas los gestos y el rito para quitar el mal ojo en la noche de Navidad; que ligan al cuello de los hijos cadénitas con crucifijos o medallas benditas, y ponen junto con éstos “pelos de tejón”, o “dientes de lobo”, o “pequeños cuernos rojos”: objetos que, aunque no han sido “cargados” de negatividad con ritos mágicos, ligan al demonio por el pecado de superstición.

A la magia siempre la ha acompañado la adivinación: querer conocer nuestro futuro por caminos torcidos. Baste pensar en el tan extendido uso de leer las cartas, o sea, predecir el futuro por los tarots, que son el medio de adivinación prevalentemente usado por magos y adivinos. Parece que el origen de los tarots se remonta al siglo XIII, cuando los gitanos habrían condensado en este “juego” su poder de predecir el futuro. En la base está la doctrina esotérica que fija el esquema de correspondencia entre el hombre y el mundo divino. No me detendré; solamente digo que el ingenuo, atrapado porque se le ha revelado con exactitud su pasado, sale de allí con angustia y desconfianza o vanas esperanzas, a menudo con sospechas respecto a parientes o amigos, y sobre todo con una cierta forma de dependencia de quien le ha leído las cartas, que lo acompañará en adelante. Todo esto podrá causarle estados de miedo, rabia, incertidumbre; sentirá el deseo de recurrir a prácticas mágicas, o de proveerse de talismanes que le neutralicen aquel enemigo interior que él mismo se ha conseguido y que le causa enfermedades, infortunios...

La peor magia de origen africano está basada en la *brujería* (witchcraft), que es la práctica de quien quiere hacer el mal a los

demás por medio de vías mágicas; y en el *espiritismo*, mediante el cual se intenta poner en contacto con el espíritu de los difuntos o con los espíritus superiores. El espiritismo es conocido en todas las culturas y pueblos. El médium hace de intermediario entre los espíritus y los hombres, prestando su energía (voz, gestos, escritura...) al espíritu que quiere manifestarse. Puede suceder que estos espíritus evocados, que son siempre y solamente demonios, se posesionen de alguno de los presentes. La Iglesia siempre ha condenado las sesiones espiritistas y la participación en ellas. No es consultando a Satanás como se aprende alguna cosa útil.

¿Pero es del todo imposible evocar a los muertos? ¿Son siempre y solamente los demonios los que aparecen en las sesiones de los médiums? Sabemos bien que esta duda para los creyentes depende de una sola excepción. La Biblia nos cuenta un único caso, cuando Saúl se dirigió a una médium y le exigió: “Adivíname por un muerto y evócame el que yo te diga” (1S 28, 8). Efectivamente compareció Samuel, que había muerto no mucho antes. Dios permitió esta excepción, pero nótese el grito de estupor de la médium y más aún el duro reproche de Samuel: “¿Por qué me perturbas evocándome?” (1S 28, 15). Los muertos deben respetarse y no molestarse. Siendo el único caso en toda la Biblia, notemos su carácter excepcional. Comparto expresamente cuanto escribe un psiquiatra y exorcista protestante: “Es puro egoísmo y crueldad tratar de seguir aferrados a nuestros difuntos o querer llamarlos nuevamente a nosotros. Lo que ellos necesitan es la liberación eterna, y no ser envueltos de nuevo entre las cosas y la gente de este mundo” (Kenneth McAll, *Fino alle radici*, Ed. Ancora, p. 141).

Muchos son engañados por su falta de fe y por su ignorancia. El uso de ciertas danzas, cantos, costumbres, velas, animales, que son necesarios en varios rituales de magia Vudú o macumba, desde el punto de vista étnico y folclórico puede parecer interesantes. Cuatro velas en los cuatro ángulos de una calle, o un triángulo de velas, una de ellas con la punta vuelta hacia abajo, pueden parecer un juego o una superstición inocua. Es hora de abrir los ojos. Invito sobre todo a los sacerdotes. Son evocaciones de espíritus malignos que podrán perturbar a éste o a aquél, pero tienen siempre como fin último el apartar de Dios a la víctima, conducirla al pecado, a la angustia, a la alienación, a la desesperación.

Me han preguntado si, mediante la magia, se puede afectar también a comunidades de personas. Mi respuesta es sí; pero este asunto

por sí solo merecería un estudio aparte. También aquí, como en todo mi libro, me contento con mencionar las cosas. Es posible que el demonio se sirva de una persona para golpear a grupos, inclusive numerosísimos, que pueden hasta llegar a tomar en sus manos el poder de una nación, o influir en muchas naciones. Creo que, en nuestros tiempos, es el caso de hombres como Carlos Marx, Hitler, Stalin. Las atrocidades cometidas por los nazis, los horrores del comunismo, los destrozos de Stalin, por ejemplo, alcanzaron una perfidia verdaderamente diabólica. Fuera del campo político, no dudo en ver como un vehículo de Satanás a ciertas músicas y ciertos cantantes, que envuelven a plazas enteras llenas en un frenesí que puede llegar a puntos de extrema violencia o voluntad destructiva.

Pero también hay otros casos más fácilmente controlables y más fácilmente curables (aunque las posesiones colectivas son siempre mucho más duras de remediar), en que han sido afectadas instituciones escolares, grupos de diverso género, comunidades diversas, por ejemplo, comunidades religiosas. Es increíble la habilidad del demonio para lograr engañar, hacer penetrar los peores errores en grupos enteros. Hay quien sostiene que es más fácil engañar a una turba que engañar a una sola persona. Es cierto que el demonio puede afectar a grupos incluso muy numerosos; pero notamos casi siempre en estos hechos un consenso humano, una culpa humana de libre adhesión a la obra satánica: por interés, por vicio, por ambición, por muchos posibles motivos.

La influencia del demonio sobre colectividades es una de las más dañinas, de las más potentes. Por eso insisten en ello de manera especial los últimos pontífices. Me refiero al discurso de Pablo VI del 15/XI/72 y al de Juan pablo II del 20/VIII/86.

Satanás es nuestro peor enemigo y seguirá siéndolo hasta el final de los tiempos, porque usa su inteligencia y sus poderes para obstaculizar los planes de Dios, que quiere la salvación de todos nosotros. Nuestra fuerza es la Cruz de Cristo, su sangre, sus llagas, la obediencia a sus palabras y a su institución, que es la Iglesia.

¿QUIEN PUEDE ARROJAR A LOS DEMONIOS?

Me parece haber dicho con bastante claridad que Jesús dio el poder de expulsar a los demonios a todos los que creen en El y actúan con la fuerza de su nombre. En estos casos se trata de oraciones privadas que podemos llamarlas todas con el nombre de “oraciones de liberación”. Además, se ha dado un poder especial a los exorcistas, es decir, a aquellos sacerdotes que reciben expresamente tal encargo de parte de su obispo: éstos, al usar las fórmulas apropiadas sugeridas por el Ritual, realizan un sacramental que, a diferencia de la oración privada, conlleva la intercesión de la Iglesia.

Pero siempre es necesaria mucha fe, mucha oración y ayuno: sea de parte de quien ora, sea de parte de la persona sobre quien se ora. Lo mejor de todo sería que siempre, simultáneamente con el exorcismo que requiere reserva, hubiera un grupo de personas reunidas para orar. También añadido que tienen un especial poder todos los sacerdotes, aun los no exorcistas, que se deriva precisamente de su sacerdocio ministerial, que no es un honor para la persona, sino un servicio para las exigencias espirituales de los fieles. Y entre estas exigencias ciertamente está también la de liberar de los influjos maléficos. Además todos pueden ayudarse con medios sagrados, sea con las oraciones de liberación, sea con los exorcismos: por ejemplo, poniendo sobre la cabeza del interesado el crucifijo, el rosario, o alguna reliquia: es efficacísima la de la Santa Cruz porque con la cruz fue como Jesús venció el reino de Satanás; pero son eficaces las reliquias de los santos hacia quienes se tenga una especial devoción.

A menudo son útiles también las simples imágenes benditas, como la de san Miguel arcángel, a quien los demonios tienen especial terror.

Pero creo que traicionaría la expectativa de los lectores si no mencionara también el ejército cada vez más numeroso de *carismáticos, videntes, sensitivos, pranoterapeutas, curanderos* y también de *gitanos*: es una turba tan numerosa como la de los obispos y el clero, que con una ligereza que va de la ignorancia a la verdadera incredulidad, han abandonado este terreno pastoral que les es propio. Dedicaremos un capítulo también a esto. Mientras tanto digamos algo sobre las personas mencionadas.

Una premisa. Hablo de categorías de personas que pueden (o pretenden) influir para la liberación, pero más ordinariamente actúan por la curación. Es difícil hacer una distinción clara. El demonio está en la raíz de todo el problema del mal, del dolor, de la muerte, que son consecuencias del pecado. Hay también males generados directamente por el maligno; el Evangelio mismo nos presenta algunos casos: la mujer encorvada desde hacía 18 años (¿parálisis?) y un sordomudo. En ambos casos existía una presencia satánica que causaba aquellos males, por lo cual el Señor realizó la curación arrojando al demonio. En general, vale la regla que hemos dado: si un mal es de origen maléfico, los fármacos no producen efecto, mientras que las oraciones de curación y los exorcismos sí lo obtienen. También es cierto que a menudo una prolongada presencia diabólica crea en la persona males sobre todo psíquicos, por lo cual, inclusive lograda la liberación, el curado puede necesitar de adecuados tratamientos médicos.

Advierto también que toco un campo en que se requieren competencias específicas que no puede tener un exorcista. Un exorcista debe conocer las enfermedades mentales lo suficiente para recurrir a la intervención de un psiquiatra si es necesario; pero no se puede pretender que un exorcista esté tan instruido en este campo como un psiquiatra. Así, un exorcista debe tener conocimientos de parapsicología y de poderes paranormales; pero no es posible que sepa lo mismo que un especialista en la materia. Su campo específico sigue siendo el sobrenatural, con un exacto conocimiento de los fenómenos que de él dependen y de las curas de carácter sobrenatural. Es una premisa necesaria porque estamos tocando un campo que tiene que ver al mismo tiempo con lo sobrenatural y lo paranormal, lo preternatural o diabólico.

Los carismáticos. El Espíritu Santo, con divina libertad distribuye a quien quiere y como quiere sus carismas, que son dados no para gloria o utilidad de la persona, sino para el servicio de los hermanos. Entre estos carismas está también el don de la liberación de los espíritus malignos y de la curación. Se trata de dones que pueden ser dados a individuos pero también a comunidades. De por sí no dependen de la santidad personal, sino de la libre decisión de Dios. Pero la experiencia nos dice que, normalmente, Dios concede estos dones a personas rectas, de oración asidua, de vida cristiana ejemplar (¡esto no significa ausencia de defectos!), de segura humildad. He oído de carismáticos a quienes acuden turbas de personas que sufren; hay una inflación. ¿Cómo distinguir los verdaderos de los falsos? De por sí tal discernimiento corresponde a la autoridad eclesiástica, que puede valerse de todas aquellas ayudas que juzgue oportunas para su discernimiento.

De hecho conocemos algunos casos en los que la autoridad eclesiástica ha intervenido para poner en guardia contra embusteros y falsos carismáticos; no conocemos casos de carismáticos oficialmente reconocidos. Es un problema complicado y de hecho nada fácil. También porque los carismas pueden cesar; y es posible que la persona antes escogida se vuelva indigna: ningún ser viviente está confirmado en gracia. Podemos fijar cuatro normas orientadoras: 1) que el individuo (o la comunidad) viva profundamente según el Evangelio; 2) que sea del todo desinteresado (ni siquiera se deben aceptar ofrendas; con las ofrendas libres se puede llegar a ser millonario); 3) que use los medios comúnmente admitidos por la Iglesia, sin rarezas o supersticiones (que use oraciones y no fórmulas mágicas; signos de la cruz, imposición de las manos, sin nada que ofenda el pudor; que use agua bendita, incienso, reliquias, sin nada que sea extraño al normal uso eclesiástico); que ore en el nombre de Jesús; 4) que los frutos sean buenos. Esta regla evangélica, “por sus frutos se conoce el árbol” (Mt 12, 33) sigue siendo el criterio que corona a los demás.

Añadimos otras características que son típicas de las curaciones obtenidas por vía carismática: actúan sobre todas las enfermedades, inclusive sobre las maléficas, o sea las provocadas por el demonio; no se fundan en habilidad o fuerza humana, sino en la oración hecha con fe, en la fuerza del nombre de Jesús, en la intercesión de la Virgen y de los santos; el carismático no pierde tanta energía como para tener que recargarse con un período de reposo (como sucede a los curanderos, a los rdomantes y semejantes), no sufre reacciones

físicas, sino que simplemente es un puente activo de la gracia. Las curaciones carismáticas no tienden a glorificar al carismático, sino a generar la alabanza a Dios, la fe y la oración.

También sentimos el deber de decir algo, ya que éste es un campo del cual habló el Vaticano II pero no se ha aplicado lo que afirmó. El racionalismo y el naturalismo lo han invadido todo; las manifestaciones extraordinarias, los milagros, la presencia de los santos, las apariciones... no son acogidas con gratitud, sino con desconfianza, con condenas sin examen, o por lo menos con tremendas molestias. En ninguna iglesia se repite ya la oración de los primeros cristianos: “Señor, concede a tus siervos que puedan predicar tu palabra con toda valentía, extendiendo tu mano para que realicen curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús” (Hch 4, 29-30). Hoy parece que estos dones sólo dan fastidio.

El Vaticano II afirma que el Espíritu Santo “distribuye entre los fieles de toda condición gracias especiales... Estos carismas extraordinarios al igual que los más comunes y difundidos, se deben acoger con gratitud y devoción”. El documento continúa recordando que los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente. En cuanto al juicio sobre su autenticidad y uso ordenado “compete a la autoridad eclesiástica, a la cual corresponde *sobre todo* no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno” (LG 12). Las carencias en la aplicación de estas directrices son evidentes y casi generales. Por esto es inútil que el Concilio afirme que quien recibe los carismas del Espíritu Santo, aún cuando se trate de laicos, tiene *el derecho y el deber* de ejercerlos (AA 3) bajo la guía y el discernimiento de los obispos. Veo con alegría el surgir de obras que se ofrecen para ayudar a los obispos en este trabajo de discernimiento; por ejemplo, el Movimiento Carismático de Asís. Es un campo abierto que debe ser activado.

Videntes y sensitivos. Los trato juntos porque en esencia tienen las mismas características: los primeros *ven* y los otros *sienten*; ambos expresan sobre lo que han sentido en contacto con objetos o personas. Para no ensanchar mucho el terreno a que se presta este tema, me limito a considerarlo con relación a mi campo específico, o sea el campo de las influencias malélicas sobre personas, objetos, casas. Muchas veces he estado en contacto con estas personas; a veces las he interpelado directamente o las he invitado a asistir en oración a mis exorcismos, para darme cuenta después de qué habían visto y oído. Y advertía que las respuestas dependían del espíritu de sabiduría.

Algunos, en cuanto ven o se encuentran junto a personas poseídas o infestadas, advierten de inmediato tal inconveniente; a veces se sienten mal cuando están junto a tales personas; otras veces ven la negatividad que los afecta y la describen. Basta darles en la mano una fotografía, o una carta, o un objeto perteneciente a una persona sobre la cual existen sospechas, para tener una respuesta: si no hay nada, si es víctima de un maleficio, si es una persona peligrosa porque hace maleficios contra los demás. Puede bastarles oír su voz. Por ejemplo, personas que dudan si han recibido o no algún influjo malélico, llaman por teléfono a una de estas personas y sienten que les dan la respuesta. Invitados a ir a casas sobre las que se sospechan maleficios, por las cosas extrañas que suceden, perciben si existe o no el maleficio; indican objetos hechizados que hay que quemar; perciben, por ejemplo, si hay que abrir una almohada o un colchón determinados, y entonces se encuentran aquellas cosas extrañas que ya habían señalado. Pueden equivocarse; sus sensaciones deben, pues, ser controladas. Pero a veces perciben la vida de una persona precisando con sorprendente claridad a qué edad recibió un maleficio, en qué momento y con qué finalidad le fue hecho, los disturbios que ha provocado. A veces señalan también el autor.

Un día, cuando apenas había introducido en el locutorio a un hombre que me pedía ser bendecido, me acordé de que a aquella hora debía llamar a un sensitivo. Corrí al teléfono y oí que me decían: “Usted está listo para bendecir a un hombre de unos cincuenta años. A los 16 años le hicieron una hechicería por odio a su padre; le ofrecieron a beber vino maleficiado y escondieron una hechicería en el fondo de un pozo. Desde entonces el muchacho comenzó a sentirse mal cada vez más y todos los tratamientos han sido inútiles. Después de un año murió su padre y él sintió una súbita mejoría. Pero siguió afectado del cerebro hasta el punto de no poder aplicarse a ningún trabajo. Ensaye bendiciéndolo, pero es un mal arraigado desde hace demasiado tiempo y creo que no obtendrá nada”. Las cosas estaban exactamente como me las había dicho. Otras veces, mientras exorcizaba a personas en presencia de sensitivos, éstos me indicaban qué partes del cuerpo debía bendecir con la estola o ungir con óleo, porque estaban especialmente afectadas; y al final el interesado afirmaba la exactitud de los puntos en que sentía más fuerte el dolor.

Podría extenderme con ejemplos sobre esto. Puedo decir que las personas que escogí (entre los muchísimos que me fueron presentados como sensitivos), eran personas de mucha oración, desinteresadas, ricas en bondad y caridad, sobre todo humildes: si yo

no hubiera descubierto casualmente o por información recibida de otros su talento, ellos nunca me lo habrían dicho. ¿De qué se trata? ¿De carisma? ¿De una facultad paranormal? Yo me inclinaría a pensar que se trata de un don paranormal, que la persona usa para hacer el bien. Pero no excluyo que tal poder pueda unirse al carisma. No he visto en estas personas señales de cansancio, como si sufrieran una pérdida de energías. Pero he visto un progresivo fortalecimiento de sus dotes a través del uso; esto hace pensar que, en la base, pueda existir una facultad paranormal. Añado, además, que estas personas quizás me han sido de ayuda para el diagnóstico, pero poco para la curación, salvo la contribución de su oración y de los sabios consejos que daban a las personas afectadas.

Curanderos. Me propongo hablar de aquellas curaciones que tienen lugar comunicando una energía particular, generalmente a través de la imposición de las manos. Aquí estamos en pleno campo de lo paranormal, que en Italia encuentra un valiente estudioso en el profesor Emilio Servadio. Me limito a decir, sin profundizar en un tema que no es de mi competencia, que los curanderos no tienen ninguna influencia sobre males de naturaleza maléfica; como, sobre estos males, no tiene ninguna influencia la medicina y la ciencia humana.

Pranoterapeutas. También éstos, como los curanderos, en los últimos años se han multiplicado desmedidamente. No es competencia mía dar explicaciones sobre la teoría del *prana* o del *bio-plasma*. Es un campo que la ciencia oficial estudia sin aceptarlo todavía. Me limito a reportar las conclusiones a que llega el P. La Grua en su libro *La preghiera di guarigione*. “Si las curaciones suceden por una energía que comunica el curandero sobre el enfermo, o por una carga psíquica, o por la estimulación de energías de reserva, se puede concluir que estas curaciones no tienen nada que ver con las curaciones carismáticas. Además, existe el peligro de una infiltración espiritista. He aquí por qué se exige extrema prudencia”.

Conocí a un pranoterapeuta verdaderamente desinteresado, de fe, que pone sus cualidades al servicio de los demás con espíritu de verdadera caridad. Pero se trata de “moscas blancas” (“dos entre mil”, me decía el conocido exorcista de Venecia don Peregrino Ernetti). Esto no exime de la cautela con que nosotros los creyentes miramos la pranoterapia. Es posible tener “dones” del demonio, aún inconscientemente.

Los magos. Ya hemos hablado suficientemente de ellos. Bástenos recordar cómo pueden darse curaciones por obra del demonio,

aunque bajo el nombre de entidades extaterrestres o de almas-guía. Jesús mismo nos pone en guardia: “Porque surgirán falsos cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos” (Mt 24, 24). Algo muy distinto del poder diabólico es la plétora de falsos magos, simples charlatanes y embaucadores, que engañan a la gente dando talismanes, cintas, saquitos. He quemado una hoja de papel de cuaderno con palabras incomprensibles escritas, que envolvía una cuerda enrollada: ¡Este talismán costó doce millones! vino a verme también un hombre que, para tener un pequeño saquito de fruslerías que habría debido liberarlo de un montón de males, ¡pagó veinte millones!

Los gitanos. Creo útil decir una palabra también sobre ellos, porque siempre los encontramos en nuestras calles. Recuerdo lo ya dicho sobre los cartomantes y los embaucadores. Me interesa otro aspecto particular, y prefiero introducir el discurso con hechos. Exorcicé a una señora poseída del demonio; desde mucho tiempo atrás sufría de varios disturbios, pero no pensaba que la causa pudiera ser aquella. Una vez, habiendo hecho un favor a una gitana, ésta le dijo: “Señora, usted está mal porque le han hecho una hechicería. Tráigame un huevo fresco”. Ella se lo llevó y la gitana puso el huevo sobre el pecho de la señora, recitó una breve oración en una lengua desconocida (¿en *rom*?) y luego abrió el huevo. De él salió una culebrita. Después de algunos meses la misma señora tuvo la ocasión de ayudar a otra gitanilla, de distinta proveniencia que la primera. También ésta repitió casi las mismas palabras: “Señora, usted sufre mucho y desde hace muchos años porque le hicieron una hechicería. Tiene que hacérsela quitar. Tráigame un huevo fresco”. Esta vez la señora volvió en compañía del marido. La gitanilla puso el huevo sobre el pecho de la señora, recitó una breve fórmula que parecía una oración y luego abrió el huevo. Salió de él un mechón de cabellos.

Un médico amigo mío en Roma, saliendo de la basílica de San Juan, fue abordado por una gitana que pedía limosna. En aquel lugar nunca faltan los gitanos. Metió la mano en el portafolios con la intención de darle mil liras; no las tenía, tenía sólo billetes de diez mil. Paciencia; le dio uno. Aquella gitana lo miró y le dijo: “Usted ha sido muy generoso conmigo; también yo quiero hacerle bien”. Le dijo al instante los disturbios de salud que tenía y que debía curarse (el médico conocía bien tales disturbios, pero... como médico, los descuidaba). Además le habló de una estafa que algunos estaban preparando en perjuicio suyo si no tomaba precauciones.

¿Cómo explicar estos hechos? No es fácil. Algunos gitanos parece que tienen poderes paranormales que se transmiten de generación en generación, de antigua data. Pero se trata de casos excepcionales; comúnmente entre los gitanos es muy practicada la magia y todas las formas de superstición. Lo llevan en la sangre desde siglos atrás y la transmiten de madres a hijas (siempre son las mujeres quienes la practican).

Añado, al margen de estas fugaces alusiones, que existe siempre al acecho una tentación: para los carismáticos, para los sensitivos y para los mismos exorcistas (tanto más para los otros): la de buscar los caminos más rápidos hacia la curación, fuera de los medios sagrados usuales, y de caer más o menos involuntariamente en la magia. Se comienza por ver, digamos por ejemplo, que con un platillo lleno de agua, derramando en él gotas de aceite y pronunciando nombres, se obtienen respuestas, y así se da comienzo a una cadena de prácticas mágicas. He visto carismáticos pasar de prácticas de magia y luego retirarse; pero no todos son capaces de volver atrás. Y he visto también sacerdotes no exorcistas utilizar ciertos métodos exitosos sin caer en la cuenta de que hacen auténtica magia. El demonio es pícaro: ¡Siempre está dispuesto a prometer los reinos de la tierra si nos postramos a adorarlo!

LA CENICIENTA DEL RITUAL

Desde fines del Concilio Vaticano II hasta hoy ya han pasado bastantes años; las diversas partes del Ritual han sido revisadas según las *directrices conciliares*; la única parte que todavía está marcada con la indicación “Trabajos en proceso” es la parte que se refiere a los exorcismos. Es verdad que está toda la doctrina de la Sagrada Escritura, de la teología, del Magisterio de la Iglesia; en otra parte hemos reportado algunos textos del Vaticano II; están los tres discursos de Pablo VI y los catorce de Juan Pablo II. Cito por lo menos una frase de Pablo VI, tomada del discurso del 15 de noviembre de 1972: “Se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica quien se niega a reconocer su existencia (de la realidad demoníaca); igualmente quien hace de ella un principio que subsiste por sí, que no tendría su origen en Dios, como cualquier otra criatura; o quien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas ignoradas de nuestras calamidades”. Y más adelante añade: “Este capítulo sobre el demonio y el influjo que él puede ejercer sobre las personas individuales, lo mismo que sobre comunidades, sobre sociedades enteras o sobre los acontecimientos, sería un capítulo muy importante de la doctrina católica que habría que estudiar nuevamente; y en realidad poco se lo estudia”.

En la práctica, para muchos eclesiásticos de hoy, son palabras lanzadas al viento: las de la Biblia, las de la tradición, las del Magisterio. Justamente escribe monseñor Balducci: “¡Es bueno que el público sepa qué crisis, por lo menos doctrinal, está atravesando hoy la Iglesia!” (*El Diablo*, Ed. San Pablo, p. 163). Se me ha dicho que en

muchos artículos me he manifestado polémico respecto a ciertos teólogos, a ciertos obispos, a ciertos exorcistas. No se trata de polémica; se trata de poner en claro la verdad. Porque la crisis no es sólo doctrinal, sino sobre todo pastoral, es decir, abarca a obispos que no nombran exorcistas y a los sacerdotes que ya no creen en esto. No pretendo generalizar, pero hoy el demonio está activísimo para atormentar a las personas; y cuando éstas buscan un exorcista, se encuentran ante el acostumbrado aviso: “Trabajos en trámite”.

Comienzo por los teólogos. Cito a Luigi Sartori, uno de los más conocidos y valorados. Escribe: “Es probable que algunas curaciones realizadas por Jesús se refieran a enfermedades nerviosas más que a verdaderos endemoniados”. Esta insinuación es pésima y falsa. El Evangelio distingue siempre claramente entre curaciones de enfermedades y liberaciones del demonio, entre el poder que Jesús concede de expulsar a los demonios y el poder que concede de curar a los enfermos. Los evangelistas podrán no indicar las enfermedades con el nombre técnico moderno, pero saben distinguir muy bien cuando se trata de enfermedad y cuando se trata de posesión diabólica. Quien no sabe hacer esta distinción es Luigi Sartori, no los evangelistas. Y hemos visto qué importancia fundamental tiene en la obra de Cristo la expulsión de los demonios. Cuando los setenta y dos discípulos quisieron resumir los resultados de su ministerio para el que Jesús los había enviado a predicar de dos en dos, dijeron una sola cosa, llenos de alegría: “Hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Y Jesús respondió: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc 10, 17-18). No es de admirar que Sartori concluya su artículo afirmando: “Jesús taumaturgo expresaba sobre todo la fuerza del amor, construía relaciones de mutua simpatía; por eso realizaba milagros, y *no porque dispusiera de fuerzas sagradas y secretas* como de mago” (Famiglia Cristiana n.19, 10 de mayo 1989). No, querido teólogo; Jesús no buscaba la simpatía y no tenía las fuerzas secretas de un mago. Tenía la omnipotencia de Dios y mostraba con sus obras que era Dios. Pero éstas son sutilezas a las que no hacen caso ciertos teólogos modernos.

Tomemos otro teólogo, Luigi Lorenzetti. El admite, bondad suya, que “el creyente no puede excluir en absoluto la interpretación demoníaca de ciertos hechos”; pero luego se atreve a añadir que “es difícil, más bien *imposible* asegurar con certeza tal presencia en un caso concreto”. Si es *imposible*, las liberaciones realizadas por Cristo no deben creerse, ni tampoco las realizadas por los apóstoles; es inútil el poder de expulsar a los demonios que Jesús dio a su Iglesia;

son inútiles las disposiciones eclesiásticas sobre los exorcismos y son inútiles los exorcistas. No, mi querido teólogo; es imposible para ti y para los teólogos como tú, distinguir en los casos concretos si existe o no la presencia del demonio, porque en este campo no tenéis ninguna experiencia. Por eso es muy cómodo concluir: “En la generalidad de los casos no nos equivocamos si, a la interpretación mágico-demoníaca de los hechos, sustituimos la científico-natural” (Famiglia Cristiana n. 39, 5 octubre 1988). Esto equivale a decir: creo en el demonio en teoría, para no pasar por hereje, pero no creo en él en la práctica, porque en la práctica me fío solamente de la ciencia natural.

Si así piensan los teólogos de prestigio, ¿qué pensarán los simples sacerdotes? A diario me encuentro con personas que no creen en los males demoníacos. Quizás los echan en un mismo saco con los embustes y embrollos de los que especulan con la credulidad popular para ganar dinero con poco trabajo. Es ejemplar la figura de un párroco de Palermo, P. Salvatore Caione, por petición de la revista Famiglia Cristiana, n. 6, 8 febrero 1989. Con el título de: “Las hechicerías no existen”, juzga que todo es un embuste; naturalmente hace de toda clase de hierbas un solo manojo, de hechiceros, cartomantes y exorcistas (no importa que hayan sido nombrados por el obispo según las normas eclesiásticas), todos puestos en el mismo nivel. Está fuera de duda que mucha gente se deja engañar. Pero es cierto que con el error no es como se enseña la verdad. Son sutilezas que escapan al P. Salvatore y a quien publica sus ideas sin darse cuenta de los errores garrafales que contienen.

Mezclando el error con la verdad es lógico que luego haya poquísimos exorcistas y la gente se dirija a magos, hechiceros y cartomantes, cuyo número crece desmesuradamente. Y el creyente no es instruido por nadie. Exorcicé a una religiosa reducida a pésimas condiciones por una posesión diabólica que desde hacía diez años empeoraba progresivamente. Llamé a su superiora general y le dije que no se llama al médico cuando uno está moribundo, sino cuando tiene los primeros síntomas del mal. Esa superiora me respondió: “Usted tiene razón, pero estas cosas nunca nos las ha enseñado ningún sacerdote”. También me habló de la cantidad de eclesiásticos que habían escuchado a la hermana (por no hablar de los médicos), sin que a ninguno se le ocurriera cuál podía ser la verdadera causa de sus males, resistentes a todo tratamiento.

Es verdad, en mis artículos la he emprendido también con algunos exorcistas. He dicho que “se ha perdido la escuela”, es decir, ya no

hay en las diócesis aquella sucesión que hacía posible que un exorcista práctico adiestrara al neo-exorcista. Y por tanto sucede que hay exorcistas que no saben ni siquiera las cosas más elementales. Me las hube con monseñor Giuseppe Ruata, canónigo de la catedral y coordinador de los exorcistas de Turín. Franca Zambonini lo entrevistó para *Famiglia Cristiana* (30 marzo 1988), orientada hacia él por el cardenal Ballestrero. Cuando uno afirma que “la posesión diabólica es limitada en el tiempo y dura pocas horas o pocos días”, quiere decir que está privado de la más elemental experiencia. De hecho afirma poco después, que en todas las personas que se han dirigido a él “nunca he encontrado signos de que haya que recurrir a un exorcismo”. Yo, en cuatro años de trabajo abrumador (tanto que ahora me he visto obligado a reducir el ritmo), he exorcizado a más de ocho mil personas; tengo anotados los nombres de los poseídos: hasta ahora sesenta y uno, y todos en tal estado desde decenas de años. Hay personas que vienen siendo bendecidas desde hace diez, quince años o más, y todavía no han sido liberadas.

También he criticado fuertemente a monseñor Giuseppe Vignini, penitenciario del duomo de Florencia y exorcista, por cuatro artículos publicados en “*Toscana oggi*” (octubre-noviembre 1988; enero 1989). Cuando un exorcista escribe que la magia, las misas negras, las hechicerías, etc., son “artificios inocuos y fruto de fantasías de la sugestión”; cuando afirma que el exorcismo no es un sacramento sino una simple invocación, ignorando que es un sacramental; cuando concluye sus sinrazones afirmando que, en la práctica, *los exorcismos no deben hacerse nunca*; se hace necesario decirle, con todo el respeto posible: “Hijito, infórmate o cambia de oficio”.

Conozco algunos exorcistas que ni siquiera tienen Ritual; no conocen ni las normas que se han de seguir ni las preces indicadas para recitar; solamente tienen el exorcismo de León XIII, en una traducción italiana que no es ni buena ni completa, y se limitan a recitar eso. En la prensa mundial causó impacto el caso de Anneliese Michel, de Klingenberg (Alemania), una muchacha de 24 años, muerta en el verano de 1976 después de una larga serie de exorcismos. La noticia despertó quejas inclusive porque los dos sacerdotes que administraron los exorcismos fueron denunciados y sometidos a procedimiento penal. Los datos que salieron entonces en los diarios y en otros medios impresos (como el libro de Kasper y Lehmann, *Diavoli demoni possessione*, Ed. Queriniana, 1983), hacían sospechar que con demasiada facilidad los dos sacerdotes pensaron que estaban frente a un caso de posesión diabólica. Parecía

también que los exorcistas, aunque siempre actuaron en la presencia y con el consentimiento de los padres de la muchacha, se dejaron llevar un tanto por lo que la misma muchacha señalaba como útil para su liberación.

Después salió un libro en donde tales hechos se estudiaron en profundidad: *Anneliese Michel*, de Kaspar Bullinger (Ed. Ruhland, Altötting, 1983). Se trata de un estudio en que en esencia se excusaban enteramente los dos exorcistas, se demostraba cuán serio había sido el empeño del obispo que había autorizado los exorcismos por parte de los dos sacerdotes; y se precisaban las causas de la muerte de la muchacha, independientes del sacramental administrado. En todo caso el episodio contribuyó a desalentar a los sacerdotes para la aceptación del oficio de exorcistas.

Ahora finalmente vayamos a los obispos. Es verdad que también con ellos he tenido que enfrentarme, porque los amo y deseo su salvación. El Derecho Canónico no tiene en cuenta el relato de omisión de actos de oficio; pero la página del juicio universal según aparece en el capítulo 25 de Mateo, nos presenta la gravedad incurable del pecado de omisión.

Tengo todavía en mi mente la infortunada intervención de un conocido arzobispo, el 25 de noviembre de 1988, en un programa de televisión de grandísima audiencia, dirigido por Zavoli. Parecía gloriarse de no haber tenido que hacer nunca exorcismos y de nunca haber nombrado exorcistas. Por fortuna estaba presente el diputado Formigoni, del partido Comunión y Liberación, para ilustrar el punto de vista cristiano. He anotado luego una serie de respuestas de obispos que, sin querer generalizar, no les hacen honor al episcopado italiano. Me han contado personas venidas un poco de todas las partes de Italia, a las cuales, antes de concederles una cita, les he dicho que se dirigieran a su obispo. He aquí las respuestas más comunes:

“Yo por principio no nombro exorcistas”; “Yo creo sólo en la parapsicología”; “¿Usted cree todavía en esas cosas?”; “No he encontrado ningún sacerdote dispuesto a aceptar este encargo. Busquen en otra parte”; “No nombro exorcistas y no hago exorcismos porque me da miedo. Si el demonio se echa contra mí, ¿qué hago?”; “Dígame quién le metió en la cabeza esas estupideces”... Yo podría continuar. Detrás de cada respuesta hay un gran sufrimiento de parte de quien la recibe; no sé si se da el mismo sufrimiento de parte de quien la da. En la mayor parte de los casos se trataba de personas que advertían al obispo que habían recibido bendiciones del P. Cándido y que él

había sido quien les había indicado que necesitaban más bendiciones. Por eso en la práctica el diagnóstico del mal ya estaba hecho por un exorcista muy competente y muy conocido.

Ciertamente no quiero generalizar. Si yo soy exorcista lo debo a la sensibilidad y a la iniciativa del cardenal Poletti; creo que todo exorcista debe atestiguar con igual reconocimiento respecto a su obispo. Pero la escasez de exorcistas denota claramente una escasez de interés en este campo.

Si paso a hablar de otras naciones europeas, la situación se presenta peor que en Italia. He exorcizado personas venidas de Alemania, de Austria, de Francia, de Suiza, de Inglaterra, de España. Todas personas venidas expresamente, atraídas por la fama del P. Cándido y luego resignadas a dirigirse a su alumno. Pero todas igualmente personas que afirmaban no haber encontrado un exorcista en su nación. Un profesional suizo me aseguraba haber llamado por teléfono a todos los obispos católicos y haber obtenido de todos respuesta negativa. No quiero decir que en estas naciones no existan exorcistas, pero indudablemente es difícil localizarlos. Venir a Roma expresamente para un exorcismo no es ninguna diversión.

Insisto: en el exterior la situación es peor que la de Italia. Doy un ejemplo significativo. Mis cohermanos de los Estados Unidos han querido traducir el libro de Balducci, *Il diavolo*. Para poder obtener el Imprimatur, se han visto obligados por el revisor diocesano a eliminar los casos en que se hablaba de posesión diabólica. Nótese la incoherencia de tal disposición: además de ser hechos históricos documentados, se trataba de la aplicación práctica de los principios expuestos en el libro. Es el error acostumbrado: no negar en absoluto la presencia del demonio, para no pasar por herejes, y en cambio negarla decididamente en todo caso concreto.

No están así las cosas en ciertas confesiones protestantes. También en Roma hay las que se toman muy en serio el problema, que estudian los casos y que, cuando con su discernimiento llegan a descubrir la presencia del maligno, exorcizan con una eficacia que alguna vez yo mismo he comprobado. Es claro que todos aquellos que creen en Cristo, y no sólo los católicos, tienen el poder de expulsar a los demonios en su nombre. No debemos tener ningún celo, sino mirar el Evangelio. Cuando Juan dijo a Jesús: “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y no anda con nosotros y tratamos de impedirselo porque no venía con nosotros”, el Señor reprochó a los apóstoles (Mc 9, 38-40).

Este es el descubrimiento que han hecho los miembros de la Renovación y que los ha puesto en el camino de las *oraciones de liberación*. Oraciones que deben ser reglamentadas con criterios precisos, pero que son eficacísimas. Precisamente para regular estas oraciones el cardenal Suenens escribió un libro, *Renovación y poder de las tinieblas* (Ediciones Paulinas, 1982), con presentación del cardenal Ratzinger. El escribe: “Inicialmente muchos católicos ligados a la Renovación han descubierto la práctica de la liberación entre los cristianos de otras tradiciones, pertenecientes la mayoría de las veces a los ambientes de las Free Churches o Pentecostales; y los libros que leyeron —o leen todavía— provienen en gran parte de tales ambientes. Entre ellos se encuentra una literatura abundantísima sobre el diablo y sus acólitos, sobre su estrategia y sobre los medios de acción, y así por el estilo. En la Iglesia católica este campo ha permanecido en gran parte inculto y nuestra pastoral específica no ha dado directrices aptas para nuestros tiempos” (pp. 79-80).

Es una lamentación sobre la que nos detendremos en el próximo capítulo; pero es justo aprender de quien mejor sigue el Evangelio. También sobre este punto, como sobre el estudio y la divulgación de la Biblia, nosotros los católicos nos hemos quedado muy atrás respecto a ciertas confesiones del protestantismo. No me canso de repetirlo: el racionalismo, el materialismo, han envenenado a una parte de teólogos con influencias profundas sobre obispos y sacerdotes. Y quien paga los costos es el Pueblo de Dios. En Italia, obispos que sean exorcistas conozco sólo al africano monseñor Milingo, combatido de mil maneras. Y sé de por lo menos dos exorcistas nombrados por el Papa. No conozco otros casos; me alegraría que me los indicaran.

Concluyo afirmando que uno de los objetivos que me he propuesto con este libro es contribuir para que en la Iglesia católica se restablezca la pastoral del exorcismo. Es un expreso mandato del Señor y es una laguna imperdonable que no se cumpla. Este será el tema del capítulo siguiente.

APENDICES

El pensamiento de san Ireneo

*P*ara instrucción de los teólogos modernos presentamos el pensamiento de uno de los teólogos más antiguos, san Ireneo. Lo transcribimos de la revista mensual “Il segno del soprannaturale”, septiembre 1989, firmado con la sigla ALPE, que oculta a un gran estudioso.

Ireneo, nacido hacia el 140 en Asia Menor, obispo de Lyon, fue el fundador de la Iglesia en la Galia (Francia); murió hacia el año 202, al parecer, mártir. Su obra fundamental es su libro *Adversus haereses* (Contra los herejes), en el cual refuta en bloque la tesis de los herejes gnósticos que afirmaban que el mundo había sido originado por un creador malvado. El verdadero creador es el Logos, es decir, el Verbo del Dios bueno. Los ángeles son parte del cosmos creado por Dios; y el diablo, como los demás ángeles, también es un ángel creado bueno, criatura entera y eternamente inferior y subordinada a Dios; pero “cometió la apostasía” y por eso fue precipitado del cielo. Por eso Satanás es *el apóstata por antonomasia*, y también *el engañador* del universo, que “quiere engañar nuestras mentes, oscurecer nuestros corazones e intentar persuadirnos para adorarlo en vez del verdadero Dios”.

Pero sus poderes sobre nosotros son limitados porque es solamente un *usurpador de la autoridad*, que legítima y fundamentalmente pertenece a Dios; y “no puede forzarnos a pecar”.

Ireneo afirma que Satanás perdió la gracia angelical porque tuvo envidia contra Dios, deseando “ser adorado como El”; y también tuvo envidia contra el hombre como imagen y semejanza de Dios. El objeto de su envidia somos principalmente nosotros. Por eso entró en el Edén con el corazón corrompido por el deseo de llevar a la ruina a nuestros progenitores. Ireneo es el primer teólogo cristiano que elabora y desarrolla consecuentemente una teología del pecado original: Dios creó a Adán y Eva y los colocó en el Paraíso para que vivieran felices, en estrecha relación con El. Pero Satanás, conociendo la debilidad de ellos, entró en el jardín y, asumiendo la semejanza de la serpiente, los tentó.

La maldad de Satanás habría podido quedar sin efecto si Dios no hubiera dado a la humanidad la libertad de escoger entre el bien y el mal. Satanás “no forzó” al primer hombre y a la primera mujer a pecar; “ellos lo decidieron libremente porque Dios precisamente los había creado con el don supremo del libre albedrío. Satanás es el único tentador, pero verdaderamente tenaz porque está envidioso del estado original de los primeros padres”.

Con esto, todos los seres humanos participan del pecado de Adán y Eva. Desde aquel momento nos hemos convertido en esclavos del demonio y, peor aún, nos sentimos impotentes para liberarnos de él, por nuestra libre elección. Sujetos a Satanás, destruimos la imagen y semejanza divina, y así nos condenamos a muerte. La felicidad del Edén fue quebrantada. Dado que habíamos dado la espalda a Dios por nuestra libre voluntad, hemos sido entregados en manos de Satanás; y por tanto es justo que Satanás nos haya tenido en su poder hasta que fuéramos redimidos. “Desde el punto de vista de la justicia, en sentido estricto, Dios habría podido dejarnos en las manos de Satanás para siempre; pero su misericordia hizo que enviara a su Hijo para salvarnos”.

La obra salvífica de Cristo comienza con las tentaciones de Satanás contra el segundo Adán de parte del diablo, como “recapitulación” de la tentación del primer Adán. Pero esta vez el diablo perdió y fue irreparablemente derrotado por Cristo. La tradición cristiana tiene tres interpretaciones principales sobre la obra salvífica de la Pasión de Cristo.

a) La primera interpretación afirma que la naturaleza humana fue santificada, ennoblecida, transformada y salvada por Cristo al hacerse hombre.

b) La segunda: Cristo fue un sacrificio ofrecido a Dios para reconciliarlo con el hombre.

c) La tercera, la *teoría del rescate*, de la cual Ireneo fue el primer decidido defensor, se funda en las siguientes bases: “Puesto que Satanás tenía aprisionada legítimamente a la raza humana, Dios se ofreció a rescatar consigo mismo nuestra libertad; el precio podía pagarlo solamente él; sólo Dios podía someterse libremente; una elección libre no habría sido posible a ningún otro, porque el pecado original nos había privado a todos de nuestra libertad. Dios Padre entregó a su Hijo Jesús para liberarnos a nosotros, que éramos rehenes del demonio. Los sufrimientos de Cristo paralizaron al diablo y nos liberaron de la muerte y de la condenación”.

La teoría del *sacrificio*, la principal teoría alternativa de los tiempos de Ireneo, sostenía que Cristo, hombre y Dios a un mismo tiempo, había asumido sobre sí todos los pecados de la humanidad y al entregarse a la muerte por su propia y libre voluntad, ofreció a Dios una compensación adecuada. La *teoría del rescate*, por cuanto a veces es expresada en forma tosca, reflejaba el acento puesto por los padres apostólicos en la *batalla cósmica* entre Cristo y Satanás, y en conjunto se correspondía bastante bien con el moderado dualismo asumido por el cristianismo de los orígenes. Para Ireneo, Cristo es el segundo Adán, que quitó las cadenas de la muerte que nos había impuesto la debilidad del primer Adán. La noción de *recapitulación* (Cristo, el segundo Hombre, anula el daño hecho por el primer Hombre) estaba en el centro de la cristología de Ireneo.

“Satanás, derrotado por Cristo, no por esto deja de obstaculizar la salvación con toda su energía. Alienta al paganismo, la idolatría, la brujería, la impiedad y especialmente la herejía y la apostasía. Los herejes y los cismáticos, que no siguen a la verdadera Iglesia de Cristo, son miembros del ejército de Satanás, sus agentes en la guerra cósmica contra Cristo”.

Ireneo sostiene que la defensa de los cristianos contra el diablo es Cristo. El diablo huye cuando se recitan las oraciones cristianas y cuando se pronuncia el nombre de Cristo. Sin embargo, la batalla no se ha terminado, porque los demonios continuarán probando a los bautizados, con el permiso del Creador, “bien sea para castigarlos por sus pecados, o bien para purificarlos mejor, o para amaestrarlos en la caridad fraterna”, de mutuo sostén en las necesidades espirituales, con el fortalecimiento recíproco y soportándonos unos a otros; pero sobre todo para mantenerlos “siempre vigilantes y fuertes en la fe”.

No se piense que yo sea el único que haya caído en cuenta de las tonterías de ciertos teólogos. Parece que muchos de ellos han aceptado como un nuevo Padre de la Iglesia a Rudolf Bultmann, quien escribió entre otras cosas: "No puede uno estar sirviéndose de la luz eléctrica y de la radio, o recurrir en caso de enfermedad a los modernos descubrimientos médicos y clínicos, y al mismo tiempo creer en el mundo de los espíritus y de los milagros que nos propone el Nuevo Testamento" (*Nuovo Testamento e Mitologia*, Queriniana, 1969, 110). Asumir el progreso técnico como prueba indiscutible de que la Palabra de Dios está superada, significa solamente decir sinrazones. Pero muchos teólogos y biblistas creen que no están "al día" si no siguen estas consignas. Interesante, en el libro de Lehmann ya citado, una estadística de los teólogos católicos: dos tercios de ellos aceptan en teoría los datos tradicionales sobre el demonio, pero rehúsan aceptarlos cuando se trata de aplicarlos a la práctica pastoral; es decir, no quieren enfrentarse formalmente con la Iglesia, pero en la práctica no aceptan sus enseñanzas (p. 115). También es interesante otro dato estadístico: los teólogos católicos muestran tener un conocimiento demasiado superficial sobre la posesión diabólica y sobre los exorcismos (p. 27). Es lo que yo he afirmado.

Consciente de esta situación, la Congregación para la Doctrina de la Fe pidió a un experto que estudiara el asunto y sacó un documento que fue publicado en *L'Osservatore Romano* el 26 de junio de 1975, bajo el título "*Fe cristiana y demonología*"; este estudio fue luego insertado entre los documentos oficiales de la Santa Sede (*Enchiridion Vaticanum*, Vol. V, n. 38). Presentamos una parte. El objetivo principal es instruir a los fieles y más aún a los teólogos descarriados que evitan la existencia de Satanás en sus estudios y enseñanzas, cuando Cristo "se manifestó para deshacer las obras del diablo" (1Jn 3, 8). Al suprimir la existencia del demonio destruimos la redención; quien no cree en el demonio no cree en el Evangelio.

En el transcurso de los siglos la Iglesia siempre ha reprobado las diversas formas de superstición, la preocupación obsesiva con Satanás y los demonios, los diversos tipos de culto y de morboso apego a estos espíritus. Por eso sería injusto afirmar que el cristianismo, olvidando el señorío universal de Cristo, haya hecho de Satanás el tema preferido de su predicación, y haya transformado la buena noticia del Señor resucitado en un mensaje de terror... Pero en realidad sería un funesto error comportarse como si, considerando resuelta la

historia, la redención hubiera cumplido todos sus efectos sin que ya sea necesario empeñarse en la lucha de que hablan el Nuevo Testamento y los maestros de la vida espiritual.

Pero con mucha frecuencia esta existencia (de Satanás) es puesta en duda abiertamente. Ciertos críticos, afirmando poder identificar la posición propia de Jesús, pretenden que ninguna palabra suya garantizaría la realidad del mundo demoníaco, mientras que la afirmación de su existencia reflejaría más bien, donde se presenta, las ideas de escritos judíos, o bien, dependería de tradiciones neotestamentarias y no de Cristo; puesto que ella no haría parte del mensaje evangélico central, no comprometería ya hoy nuestra fe y estaríamos libres para abandonarla.

Otros, más objetivos y más radicales, aceptan las afirmaciones de la Sagrada Escritura sobre los demonios en su sentido obvio; pero de inmediato añaden que, en el mundo de hoy, tales afirmaciones no serían aceptables ni siquiera para los cristianos. Por tanto, también ellos las eliminan. Para algunos, finalmente, la idea de Satanás, sea cual sea su origen, no tendría ya importancia y, el detenerse a justificarla haría perder crédito a nuestra enseñanza y ensombrecería el discurso sobre Dios, el único que merece nuestro interés.

Para los unos y para los otros, finalmente, los nombres de Satanás y del diablo no serían más que personificaciones míticas y funcionales, cuyo significado sería solamente el de subrayar dramáticamente el influjo del mal y del pecado sobre la humanidad. Por tanto, puro lenguaje que nuestra época debería descifrar para encontrar un modo diverso de inculcar a los cristianos el deber de luchar contra todas las fuerzas del mal en el mundo.

Estas tomas de posición, repetidas con lujo de erudición y difundidas por revistas y ciertos *diccionarios teológicos*, no pueden dejar de turbar los espíritus: los fieles, habituados a tomar en serio las advertencias de Cristo y de los escritos apostólicos, tienen la impresión de que este tipo de discursos buscan en este campo imprimir un vuelco a la opinión pública y los que, entre ellos, tienen un conocimiento de las ciencias bíblicas y religiosas, se preguntan a dónde llevará el proceso de desmitificación impulsado en nombre de una cierta hermenéutica...

Asimismo las principales curaciones de obsesos fueron realizadas por Cristo en momentos que resultaban decisivos en las narraciones de su ministerio. Sus exorcismos planteaban y orientaban el problema de su misión y de su persona, como prueban suficientemente las

reacciones que suscitaron. Sin poner nunca a Satanás en el centro del Evangelio, sin embargo, Jesús habló de él sólo en momentos evidentemente cruciales y con declaraciones importantes.

Ante todo dio comienzo a su ministerio público aceptando ser tentado por el diablo en el desierto: la narración de Marcos, precisamente por causa de su sobriedad, es decisiva lo mismo que la de Mateo y la de Lucas. Contra este adversario Él puso en guardia, en el sermón del monte y en la oración que enseñó a los suyos, el *Padrenuestro*, como admiten hoy muchos exegetas, apoyados en el testimonio de muchas liturgias.

El Apocalipsis es sobre todo el grandioso fresco en donde brilla el poderío de Cristo resucitado en los testimonios de su Evangelio: proclama el triunfo del Cordero inmolado; pero nos engañaríamos del todo sobre la naturaleza de esta victoria si no viéramos el término de una prolongada lucha en que intervienen, mediante las potencias humanas que se oponen al Señor Jesús, Satanás y sus ángeles, distintos los unos de los otros, como también sus agentes históricos. En efecto, es el Apocalipsis el que, subrayando el enigma de los diversos nombres y símbolos de Satanás en la Sagrada Escritura, desmascara definitivamente su identidad. Su acción se desenvuelve en todos los siglos de la historia humana, bajo la mirada de Dios.

Evidentemente la mayoría de los padres, abandonando con Orígenes la idea de un pecado carnal de los ángeles caídos, vieron en su orgullo —es decir, en el deseo de elevarse por encima de su condición, de afirmar su independencia, de hacerse pasar como Dios— el principio de su caída; pero, junto a este orgullo, muchos subrayaron también su maldad respecto al hombre. Para san Ireneo, la apostasía del diablo habría comenzado cuando él tuvo celos de la creación del hombre y trató de hacerlo rebelarse contra su autor. Según Tertuliano, Satanás, para contrarrestar el plan del Señor, habría plagiado en los misterios paganos los sacramentos instituidos por Cristo. Por tanto la enseñanza patrística le hizo eco, de una manera sustancialmente fiel, de la doctrina y las orientaciones del Nuevo Testamento.

UNA PASTORAL QUE HA DE SER RECONSTRUIDA

“Aquellos que creerán en mi nombre expulsarán los demonios”: esta sencilla afirmación de Cristo que leemos al final del Evangelio de Marcos, bastó para una completa pastoral de liberación en los primeros siglos cristianos. Cada cristiano era exorcista, es decir, tenía este poder, basado en la fe y en la fuerza del nombre de Jesús. Tenemos al respecto testimonios de Justino, Tertuliano, Orígenes. Luego comenzaron a multiplicarse las fórmulas de exorcismo y las colecciones de tales fórmulas. Entretanto las autoridades eclesíásticas comenzaron a regular el exorcistado, reservando las formas más graves a personas cualificadas y multiplicando los sacramentales, al alcance de todos, para las formas menos graves.

Pero hasta nuestros últimos tiempos, aun cuando el exorcismo más grave estaba reservado a los obispos o a los sacerdotes por ellos delegados (como es la disciplina actual), cada diócesis disponía de un adecuado número de exorcistas; no existía la crisis actual de incredulidad, por lo menos práctica, sobre la existencia del demonio, por lo cual hoy ni siquiera los obispos afrontan este problema pastoral (que debería hacer parte de la pastoral ordinaria de cada diócesis), ni los sacerdotes están dispuestos ni preparados para asumir este encargo. El Derecho Canónico compromete en particular a los párrocos a estar cerca de las familias y de cada persona, especialmente en sus sufrimientos; a asistir a los pobres, a los enfermos, a los afligidos, a los que se encuentran en dificultades especiales (Can. 529). No hay duda que entre estos casos de dolor y de especiales necesidades deben contarse los afectados por el maligno. Pero ¿quién les cree?

Entonces se multiplica el recurso a los magos, a los cartomantes, a las hechiceras. Son pocos los casos de personas que se dirigen a un exorcista antes de haber recibido las deletéreas curas de las personas mencionadas arriba. Se cumple a la letra cuanto nos dice la Escritura del rey Ocozías. Encontrándose gravemente enfermo, envió mensajeros a consultar a Baal-Zebub (el príncipe de los demonios), dios de Ecrón, para conocer su futuro. El profeta Elías les salió al encuentro a aquellos mensajeros y dijo: “¿Acaso porque no hay Dios en Israel vais vosotros a consultar a Baal-Zebub, dios de Ecrón?” (2R 1, 1-4). Hoy la Iglesia católica ha abdicado de esta misión específica suya, y la gente ya no se dirige más a Dios, sino a Satanás.

“¿Cuáles son hoy las más grandes necesidades de la Iglesia? Que nadie se asombre considerando simplista o inclusive supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las más grandes necesidades es la defensa de aquel mal que llamamos demonio” (Pablo VI 15/XI/72). Ciertamente las palabras del Papa tienen un contenido más amplio que el campo restringido de los exorcismos; pero también es cierto que este campo también está comprendido allí.

La comisión que trabaja en la revisión del Ritual se encuentra frente a todo un complejo de tareas. No se trata solamente de revisar las normas iniciales y las oraciones de exorcismo. Tiene que esclarecer toda la pastoral sobre la materia.

Actualmente el Ritual considera directamente sólo el caso de posesión diabólica, o sea el caso más grave y más raro. Los exorcistas, en la práctica, nos ocupamos de todos los casos en que descubrimos intervención diabólica: los casos de vejación diabólica (que son mucho más numerosos que los casos de posesión), los casos de obsesión, los casos de infestación de las casas y también otros casos en que hemos visto la eficacia de nuestras oraciones. Diría que también en este campo vale el principio de que “*natura non facit saltus*” (la naturaleza no da saltos, sino que procede por lentas evoluciones). Por ejemplo, no es claro el límite entre posesos y vejados. Tampoco es claro el límite entre vejados y otros males: males físicos que pueden ser causados por el maligno; males morales (estados habituales de pecado, especialmente en las formas más graves) en que ciertamente el maligno ha hecho su parte. Por ejemplo, vi alguna vez los buenos resultados de un breve exorcismo, además de la oración por los enfermos, a personas sobre las que tenía motivo de sospecha acerca del origen de su mal. Como también he obtenido buenos

resultados utilizando breves exorcismos en ayuda del sacramento de la confesión, con personas endurecidas en ciertos pecados, como los homosexuales. San Alfonso, el doctor de la Iglesia para la teología moral, hablando para los confesores, dice que *antes que nada* el sacerdote debe exorcizar privadamente cuando se encuentra frente a alguna cosa que cree ser posible manifestación demoníaca.

Pero nótese que, según las normas vigentes, en estricto rigor competen al exorcista sólo los casos de posesión diabólica. Todos los demás casos pueden ser resueltos de otra manera: oración, sacramentos, uso de los sacramentales, oraciones de liberación hechas por grupos, etc. Pero es un campo demasiado extenso como para ser dejado a la libre iniciativa, sin ninguna disposición precisa. En apéndice presentamos la carta que la Congregación de la Doctrina de la Fe envió a los obispos el 29 de septiembre de 1985. En síntesis, allí se recuerdan las disposiciones vigentes sin resolver el complejo problema que se refiere a la comisión especial. No sé si en estos años los obispos se han apurado por hacer llegar a dicha comisión oportunas sugerencias. Mucho lo dudo, dada la general despreocupación en este sector. Me limito a alguna alusión.

Uno de los prelados más sensibles a este tema es sin duda el cardenal Suenens, quien lo vive continuamente a través de las oraciones de liberación que se hacen en los grupos de la Renovación. En un breve capítulo de su libro ya citado, afirma: “La práctica de la liberación de los demonios que se hace sin mandato, por medio de exorcismos directos, plantea problemas fronterizos que es preciso identificar y esclarecer. A primera vista la línea de demarcación parece clara: los exorcismos están reservados exclusivamente al obispo o a su delegado, en caso de presunta posesión diabólica; los casos que están por fuera de la posesión genuina son un campo libre, no reglamentado y por lo tanto accesible a todos”. Pero el cardenal sabe bien que los casos de verdadera posesión son pocos, y además exigen un estudio específico y competente para ser identificados. Por eso añade: “Todo lo que está por fuera de la posesión en sentido estricto es como un campo cuyos confines están poco delimitados, donde reinan la confusión y la ambigüedad. La misma complejidad de la nomenclatura no ayuda a simplificar las cosas; no existe una terminología común, y bajo una misma etiqueta se encuentran contenidos diferentes” (*op. cit.*, p. 95).

Más adelante, para dar sugerencias prácticas, el cardenal escribe: “Para llevar a cabo una útil puesta al día es preciso, aparte de lo

demás, fijar la terminología y establecer con claridad la distinción entre *oración de liberación* y *exorcismo de liberación*, con apóstrofe dirigido al demonio. *El exorcismo de liberación* está reservado al discernimiento exclusivo del obispo en los casos de posesión; pero falta una línea de demarcación entre las formas de exorcismo que se colocan fuera de la posesión” (*op. cit.*, pp. 119-120). A decir verdad, yo veo clara la línea de demarcación, por lo menos en los términos, teniendo en cuenta que el exorcismo en sentido estricto, reservado al obispo o a un delegado suyo, es un *sacramental*, y compromete la intercesión de la Iglesia; todas las otras formas son *oraciones privadas* aunque se hagan en grupos. No sé por qué el cardenal Suenens nunca habló del exorcismo como de un sacramental y como el único al que debe reservarse el nombre de exorcismo; aunque dedica un corto capítulo a los sacramentales, cita algunos, pero no cita como tal al exorcismo. Me parece que sería ya un punto claro. El cardenal me perdonará esta anotación.

Pasando a las propuestas claras, el cardenal Suenens sugiere: “Yo propongo reservar al obispo no sólo los casos de posesión diabólica, según el antiguo derecho, sino toda la zona en que se puede sospechar un influjo específicamente demoníaco. Observaré además, que si el exorcistado desapareció como orden menor, nada impide que una conferencia episcopal pida a Roma su restauración” (*op. cit.*, pp. 121-122). Y el cardenal propone que, para los casos menos graves, el exorcistado pueda también darse a laicos cualificados.

Encuentro otras propuestas en el óptimo libro varias veces citado del P. La Grua. Después de recordar las propuestas del cardenal Suenens, aparecen propuestas que podrían ser aplicadas de inmediato, en espera de las decisiones de arriba. Son propuestas prácticas, posibles y cuya realización podría también ofrecer elementos de decisión para la comisión que está revisando esta parte del Ritual.

“En cada diócesis el obispo debería establecer, además del exorcista, un *grupo de discernimiento*, compuesto por tres o cuatro personas, entre ellas un médico y un psicólogo. Todos los casos *sospechosos* deberían ser llevados a este grupo, el cual, después de un conveniente examen, enviaría el paciente al médico o al exorcista, o al grupo orante.

El *grupo orante* o los *grupos orantes*, si acaso son muchos, deberían estar constituidos por personas expertas y preparadas, y deberían intervenir en los llamados *casos menores*, y dejar al exorcista el tratamiento de los casos más importantes. En el grupo orante nunca debería faltar la presencia del sacerdote.

La liberación entraría así en el plano normal de la *pastoral de los enfermos*. Una *terapia* bien ubicada debería articularse en los siguientes puntos: evangelización, práctica guiada de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, ejercicios ascéticos, participación en grupos de oración. Es superfluo decir que, en los casos menores, no se pueden hacer *conjuros* sobre las personas, sino sólo *oraciones*, a menos que esté el sacerdote autorizado” (*op. cit.*, pp. 113-114).

Como se ve, el problema no es sólo el de aumentar el número de exorcistas y darles modo de prepararse para cumplir rectamente este ministerio. También hay otras temáticas abiertas que hay que resolver, para que este sector no siga siendo un campo cerrado, con la etiqueta de “trabajos en curso”. El demonio nunca cesa en su actividad, mientras los siervos del Señor *duermen*, como dice la parábola de la buena semilla y la cizaña. Pero el primer paso, el *paso fundamental*, es devolver a los obispos y a los sacerdotes la sensibilidad hacia este problema, sobre la base de la doctrina sana que la Escritura, la Tradición y el Magisterio siempre han transmitido, así como a través del Vaticano II y la enseñanza de los últimos pontífices.

Precisamente para contribuir a este fin específico me he resuelto a escribir estas páginas. Y sólo si se logra este objetivo quedaré satisfecho de haber logrado mi objetivo, sin dejarme alucinar por los elogios de la crítica y por la rápida divulgación de mi libro.

APENDICES

Un documento de la Congregación
para la Doctrina de la Fe

Se trata de una carta enviada a todos los Ordinarios para recordar las normas vigentes respecto a los exorcismos. Realmente no sé por qué algunos diarios hablaron de “nuevas restricciones”; novedades, no las hay; es importante la exhortación final. Podría ser una novedad lo que se afirma en el n. 2, en cuanto que se repite que los fieles no pueden usar el exorcismo de León XIII, pero ya no se dice que los sacerdotes necesitan el permiso del obispo; no es claro si esta variante está en la voluntad de la Congregación. Veo de dudosa interpretación el n. 3. La carta es del 29 de septiembre de 1985. Presentamos una traducción nuestra.

Excelentísimo Señor: de algunos años para acá, entre algunos grupos eclesiales, se van multiplicando *encuentros* de oración con la finalidad de obtener la liberación de los influjos maléficos, aunque no se trate de exorcismos en sentido estricto; estos encuentros se desarrollan bajo la dirección de laicos, aunque en presencia de un sacerdote. Puesto que se ha preguntado a la Congregación de la Doctrina de la Fe sobre qué ha de pensarse de estos hechos, este dicasterio juzga necesario informar a todos los Ordinarios de las siguientes respuestas:

1. El canon 1172 del Código de Derecho Canónico establece que ninguno puede legítimamente pronunciar los exorcismos sobre los endemoniados si no ha obtenido licencia específica y expresa del

Ordinario del lugar (Par. 1), y precisa que la licencia de parte del Ordinario del lugar se dé sólo a un sacerdote que esté dotado de piedad, ciencia, prudencia e integridad de vida (Par. 2). Por tanto los obispos son fuertemente invitados a atenerse estrictamente a la observancia de estas prescripciones.

2. De tales prescripciones también se sigue que a los fieles no les es lícito usar la fórmula del exorcismo contra Satanás y los ángeles rebeldes tomada de la que vino a ser de derecho público por disposición del sumo pontífice León XIII; y mucho menos pueden usar el texto completo de tal exorcismo. Los obispos deben advertir a los fieles de tal disposición si es necesario.

3. Finalmente, por los mismos motivos, a los obispos se les pide vigilar para que —también en los casos en que, aunque no se trate de genuina posesión diabólica, sin embargo, parece que se manifiesta algún influjo diabólico— los que no tienen la debida licencia, no dirijan las reuniones en que se emplean oraciones para obtener la liberación, en el curso de las cuales se habla directamente a los demonios y se hacen esfuerzos por conocer sus nombres.

El haber recordado estas normas, sin embargo, no debe en manera alguna impedir a los fieles el orar a fin de que, como Jesús nos ha enseñado, ellos sean liberados del mal (Cf. Mt 6, 13). Además, los pastores pueden servirse de esta ocasión que se les ofrece para recordar lo que la tradición de la Iglesia enseña respecto a la función que es propia de los sacramentos, de la intercesión de la Santísima Virgen María, de los ángeles y de los santos, también en la lucha espiritual de los cristianos contra los espíritus malignos.

(La carta está firmada por el prefecto, cardenal Ratzinger y por el secretario, monseñor Bovone).

Es peligroso para los incompetentes atacar al demonio

La carta citada pone en guardia a quien no tiene la facultad requerida, para que no se dirija directamente al demonio ni pretenda conocer su nombre. Es una norma dictada también como salvaguardia de las personas que quieren hacer lo que no les compete. A este propósito los Hechos (19, 11-20) nos refieren un agradable episodio:

“Dios obraba por medio de Pablo milagros extraordinarios, de forma que bastaba aplicar a los enfermos los pañuelos o mandiles que había usado y se alejaban de ellos las enfermedades y salían los

espíritus malos. Algunos exorcistas judíos ambulantes intentaron también invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, y decían: ‘Os conjuro por Jesús a quien predica Pablo’. Eran siete hijos de un tal Esceva, sumo sacerdote judío, los que hacían esto. Pero el espíritu malo les respondió: ‘A Jesús lo conozco y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?’. Y arrojándose sobre ellos el hombre poseído del mal espíritu, dominó a unos y otros y pudo con ellos de forma que tuvieron que huir de aquella casa desnudos y cubiertos de heridas. Llegaron a enterarse de esto todos los habitantes de Efeso, tanto judíos como griegos. El temor se apoderó de todos ellos y fue glorificado el nombre del Señor Jesús.

No pocos de los que habían creído venían a confesar y declarar sus prácticas. Bastantes de los que habían practicado la magia reunieron los libros y los quemaron delante de todos. Calcularon el precio de los libros y hallaron que subía a cincuenta mil monedas de plata. De esta forma la Palabra del Señor crecía y se robustecía poderosamente” (Hch 19, 11-20).

Nótese también, además de la mala suerte de estos siete hermanos, cómo la gente se convertía dejando la magia (el culto a Satanás) para abrazar la palabra del Señor (el culto a Dios).

Muy distinto es lo que le sucedió al P. Cándido, autorizado por la Iglesia para este ministerio. Un día estaba exorcizando a una robusta señora, que solía enfurecerse. Estaba presente también un psiquiatra. En un cierto momento la señora se levantó de la silla, giró sobre sí misma como hacen los lanzadores de disco para coger fuerza al lanzar el disco, y lanzó con todas sus fuerzas un puño que golpeó al exorcista en el temporal derecho. El ruido del golpe resonó en la amplia sacristía; el médico acudió preocupadísimo. Pero el P. Cándido prosiguió impertérrito su exorcismo, sonriendo como de costumbre. Al final dijo que había sentido como si un guante de terciopelo le hubiera acariciado el temporal. Evidentemente había sido protegido por el cielo, y no dudo en decirlo, de forma extraordinaria.

CONCLUSION

Al llegar al final, me parece haber dicho demasiado poco en comparación de lo que podría haber dicho; pero he querido escribir con una finalidad práctica los frutos de una experiencia directa, como hoy no he encontrado ningún otro libro. Espero haber prestado un servicio a cuantos se interesan en este tema; sobre todo he tenido presentes a los sacerdotes, que deberían tener todos por lo menos un mínimo de conocimientos para saber, en los casos concretos, cuándo se debe enviar una persona al exorcista porque existen motivos para sospechar una presencia maléfica, y cuándo por el contrario sería inútil tal recurso. Ya lo he dicho, mas debo repetirlo: es muy importante.

Como mi experiencia personal debo agradecer al cardenal Poletti por haberme dado este encargo tomándome de improviso, encargo que he aceptado con los ojos cerrados. Ahora veo en esta facultad que se me concedió sin ningún mérito mío, un complemento de mi sacerdocio: así como celebro misa, predico, confieso, cuando es necesario hago exorcismos. Tengo la posibilidad de ayudar a muchas personas que sufren, a quienes a menudo les basta una palabra de comprensión. Me sentiría sacerdote a medias si no tuviera esta posibilidad que, aunque de uso excepcional respecto a las demás formas de ministerio sacerdotal, hace parte de la pastoral eclesiástica ordinaria. Por lo menos así debería ser.

Diré también que he tenido grandes provechos desde el punto de vista espiritual. Provecho para la fe, porque se toca de cerca el

mundo invisible; provecho para la vida de oración y para la humildad, porque se nota continuamente nuestra absoluta impotencia frente a estos males: por cuanto ha de procurarse orar con fe y con todo empeño, somos “siervos inútiles”, y si no es el Señor quien interviene para hacerlo todo, el resultado de nuestros esfuerzos y de nuestra habilidad adquirida con la experiencia es cero; cuando digo que es cero en realidad no exagero; diría san Pablo: “Es Dios quien hace crecer” (1Co 3, 6).

También quisiera desarraigar una creencia que, no sé por qué, se ha infiltrado en buena parte del clero: la idea de que el demonio se desquita con los que ejercen el exorcismo. Mi maestro, el P. Cándido, quien desde hace 36 años exorciza de tiempo completo, ha sido afectado por varios disturbios de salud, debidos también a la edad, pero no debidos al demonio. Don Peregrino Ernetti, benedictino de Venecia, exorciza desde hace 33 años y su salud no ha mejorado ni empeorado. Vuelvo a decir, y pido que se me crea: el demonio hace ya a cada uno de nosotros todo el mal que puede. Es falso pensar: si yo lo dejo en paz, también él me deja en paz. Es falso y es una traición a nuestra misión sacerdotal, enteramente comprometida en guiar las almas a Dios librándolas, cuando es el caso, del poder de Satanás: por medio de la evangelización, que tiene la primerísima importancia, y luego por medio de los sacramentos, y finalmente de los sacramentales, entre los cuales también está el exorcismo. Un sacerdote que tiene miedo de las represalias del demonio es como un pastor que tiene miedo del lobo. Pero es un temor sin fundamento.

Sería tonto el sobrevalorar una venganza que lleva a cabo el diablo para desalentar a los exorcistas. Son casos raros y cuento uno. Un día, un sacerdote ayudaba al P. Cándido. Estaba exorcizando a un jovencito a quien, en cierto momento, se le encendieron los vestidos. De la combustión salió un acre olor de azufre y el demonio se dirigió al sacerdote ayudante prometiéndole que la pagaría cara.

Un buen día, ese sacerdote regresaba de Nápoles a Roma en automóvil. Se sentía escoltado por unas luces laterales que no podía explicarse, por lo cual pensó en detenerse en una estación de servicio. Cuando estaba llegando, el auto se incendió. El sacerdote alcanzó a detenerse, a quitar las llaves y a escapar. Acudieron algunos automovilistas que gritaban: “¡Hay alguien dentro! ¡Se ve una persona!”. Aquel sacerdote en vano aseguraba que iba solo. En un momento dado, se sintió que aceleraban el motor y la máquina comenzó a avanzar lentamente, como una bola de fuego, hacia las bombas de gasolina.

Al mismo tiempo se hizo sentir en el aire un acre olor de azufre. El sacerdote reconoció el mismo olor que había percibido durante el exorcismo y se puso a orar. Súbitamente el auto se detuvo, pero continuó quemándose hasta su total destrucción.

He referido este caso por afán de integridad, pero sería un error generalizarlo; fue un caso excepcional. Que el ministerio sacerdotal exponga a afrontar riesgos y molestias lo saben todos los sacerdotes, aun sin ser exorcistas. San Pedro diría: “Alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria”(1P 4, 13). Para el bien de las almas bien vale cualquier sacrificio.

El sacerdote debe creer en su sacerdocio; debe creer en los poderes que el Señor le ha dado; debe caminar según el ejemplo de los apóstoles y de los sacerdotes santos. Juan XXIII, al comienzo de su pontificado, volvió a proponer a todos la figura del santo cura de Ars. Es verdad, este santo le arrebatava las almas a Satanás y tuvo que sufrir mucho a causa del demonio. Y no era exorcista ni hacía exorcismos. Quien manda es el Señor, y él nunca nos da pruebas sin darnos al mismo tiempo la fuerza para superarlas. Pero, ¡ay de nosotros si por cobardía nos echamos para atrás y omitimos nuestro deber!

Tenemos el don del Espíritu, la Eucaristía, la Palabra de Dios, la fuerza del nombre de Jesús, la protección de la Virgen, la intercesión de los ángeles y de los santos... ¿No es una tontería tener miedo a un vencido?

Ruego a la Inmaculada, enemiga de Satanás y victoriosa sobre él desde el primer anuncio de la redención, que nos ilumine a todos, nos proteja, nos sostenga en el combate terreno hasta que alcancemos el premio eterno. En especial ruego por todo el episcopado católico, que *tiene la obligación* de hacerse cargo de cuantos sufren a causa del demonio, a fin de que provea de acuerdo con las leyes y la tradición de la Iglesia.

¡María Inmaculada! Es bello terminar pensando en ti, que tienes para con el demonio una enemistad querida por Dios mismo: “Enemistad pondré entre ti y la mujer” (Gn 3, 15). Por eso eres *Inmaculada*, porque no tuviste nunca ni la culpa original ni las culpas actuales, es decir, nunca cediste a Satanás. Eres *siempre Virgen* porque siempre has pertenecido a Dios, aun con el cuerpo del cual el Verbo tomó su propio cuerpo. Pensemos en el valor de la Encarnación a los ojos del demonio: él, que no tiene cuerpo por ser puro espíritu, y que

quería seguir siendo el centro de todas las cosas creadas, ve en cambio que el centro de lo creado es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre; y ve que con la Encarnación comienza su derrota. He ahí por qué busca por cualquier medio hacer que el cuerpo humano llegue a ser ocasión de pecado; busca humillar el cuerpo, enfangarlo, como rabiosa reacción a la Encarnación del Verbo que, con su cuerpo sacrificado por nosotros, nos redimió. Allí se ve la importancia de este dogma mariano, María siempre Virgen, en oposición a Satanás y como instrumento de los planes de Dios.

María se declaró sierva del Señor y llegó a ser la Madre de Dios, logrando una intimidad enteramente única con la Santísima Trinidad. Pensemos la oposición que hay en esto respecto a Satanás, que se separó de Dios y se hizo la criatura más distante de El. *María Asunta al cielo* nos muestra la gloriosa conclusión del plan de Dios, que nos ha creado para gozar eternamente con El; y nos señala el total fracaso de Satanás, precipitado de la bienaventuranza celestial al eterno suplicio.

María Madre nuestra, Madre de la Iglesia, Medianera universal de gracias, nos muestra en su continuo dinamismo la obra de la Virgen, a quien Cristo quiso asociar a sí en la santificación de las almas. Y nos señala su clara oposición a toda la obra de Satanás que está dirigida a oponerse a la realización de los planes de Dios sobre los hombres, por lo cual nos persigue, nos tienta de mil maneras y, no contento con estar en la raíz del mal, del pecado, del dolor, de la muerte, busca hacernos caer en la condenación eterna.

Con estos pensamientos apenas mencionados, pongo punto final. Después de haber escrito cuatro libros sobre la Virgen María no quise escribir el quinto ahora, cuando es tiempo de terminar. Manzoni, con su sentido común, nos advierte que en cuestión de libros, basta uno solo a la vez, si no es demasiado.

Indice

| | |
|--|----|
| <i>Presentación</i> | 5 |
| <i>Introducción</i> | 9 |
| Centralidad de Cristo | 13 |
| El poder de Satanás | 17 |
| <i>Apéndice</i> | 27 |
| La visión diabólica de León XIII | 27 |
| Los dones de Satanás | 29 |
| Los exorcismos | 33 |
| Los afligidos por el maligno | 41 |
| <i>Apéndice</i> | 49 |
| ¿Miedo al diablo? Responde santa Teresa de Jesús | 49 |
| El punto de partida | 51 |
| Las primeras "bendiciones" | 59 |
| Como se comporta el demonio | 69 |
| El testimonio de un afectado | 77 |
| Efectos del exorcismo | 85 |
| Agua, aceite, sal | 91 |
| Exorcismos a las casas | 95 |

| | |
|---|-----|
| El maleficio | 99 |
| Algo más sobre la magia | 111 |
| ¿Quién puede arrojar a los demonios? | 119 |
| La cenicienta del ritual | 127 |
| <i>Apéndices</i> | 135 |
| El pensamiento de san Ireneo | 135 |
| Un documento vaticano sobre la demonología | 138 |
| | |
| Una pastoral que ha de ser reconstruida | 141 |
| <i>Apéndices</i> | 147 |
| Un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe | 147 |
| Es peligroso para los incompetentes atacar al demonio | 148 |
| | |
| <i>Conclusión</i> | 151 |